

“MAPAS CURVOS DEL SER EN EL TERRITORIO”.

Cartografías curvas del encuentro con la comunidad de la I.E. Policarpa Fernández en la vereda El Turco, del municipio de Santander de Quilichao.



Universidad
del Cauca

Jesús Orlando Cedeño Dorado

Universidad del Cauca

Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación

Maestría en Educación Popular

Popayán

2024

“MAPAS CURVOS DEL SER EN EL TERRITORIO”.

Cartografías curvas del encuentro con la comunidad de la I.E. Policarpa Fernández en la vereda El Turco, del municipio de Santander de Quilichao.

Trabajo de Grado para Optar Al Título De Magister En Educación Popular

Línea De Investigación – Educación Popular e investigaciones Otras

Jesús Orlando Cedeño Dorado

Director:

Mg. Alfonso María Guzmán Hoyos

Universidad del Cauca

Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación

Maestría en Educación Popular

Popayán

2024

Nota de aceptación

Director: _____

Mg. Alfonso María Guzmán Hoyos



Jurado: _____

Doc. Elizabeth Garavito Hoyos

Jurado 2: _____

Mg. Langen Lozada Olaya

Lugar y fecha de sustentación: 26 de septiembre de 2024

A los caminantes

Vasija de agua para el camino.

Hoy saludo a cada persona que decidió caminar este proyecto:

A ti Dios por permitirnos sentir y pensar,

A ti esposa que supiste aguantar,

A ti hijo que respiro brindaste,

A ti estudiante que decidiste respirar libertad,

A ti maestro que te permitiste escuchar y soñar,

A ti I.E. Policarpa Fernández que te atreviste a creerme,

A ti compañero de maestría que supiste escucharme,

A ti asesor que viste más allá de mi mirada,

A ti Universidad del Cauca

Gracias totales.

Ruta para la lectura sensible

Lee a ritmo pausado,
con contemplación en cada pisada
y de vez en cuando,
vuelve sobre las mismas

Ruta para la lectura académica

A continuación, se presenta un relato real, contado en las lógicas de una ficción narrativa de bitácora de viaje con el fin de sumergir al lector en las sensibilidades que trae consigo conocer desde la caminata. En este recorrido se presentan las reflexiones generadas en la praxis de miembros de la comunidad educativa de la I.E. Policarpa Fernández que decidieron durante los años 2021 y 2022, andar a pie y recorrer algunas veredas de su territorio en el municipio de Santander de Quilichao como apuesta pedagógica.

A lo largo de tres diarios de caminata, se invita a la comprensión de las lecturas del “ser” en el territorio desde su reescritura, que emergen a partir del diálogo de saberes en la construcción de cartografías curvas, una propuesta fundamentada metodológicamente en la postura del mapeo Curvo que propone Mario Valencia (2015a, 2015b) y con el acompañamiento reflexivo de maestros del andar a pie como Paulo Freire (1997, 2005), Frédéric Gros (2014) y Fernando González (2016).

El primer diario presenta un recorrido fugaz sin caminata, que presenta el contexto de la comunidad educativa de la I.E. Policarpa Fernández desde una reflexión sobre la docencia en la educación rural. Su rápida presentación busca además adecuar el cuerpo del lector a las lógicas narrativas con las que se encontrará en los dos siguientes diarios de la bitácora.

El segundo diario presenta las reflexiones que emergen del andar a pie como práctica pedagógica de docentes forasteros, una reflexión presentada a lo largo de 5 narraciones que contienen el eje problemático de una educación escolar rural descontextualizada sobre el cuál que gira la propuesta y la justificación de la necesidad de caminar como principio de emancipación.

Y finalmente, el tercer diario presenta las relecturas de ser en los territorios, que emergen en algunos miembros de la I.E. Policarpa Fernández, que se permitieron vivir desde el diálogo de saberes con la alteridad un recorrido sensible sobre algunas veredas de Santander de Quilichao como lugares de enunciación. En este diario se presenta la estructura de un trabajo de investigación a lo largo de 12 narraciones que toman forma cuando el lector se ha permitido leer los dos primeros diarios.

Andar a pie es un acto sensible desde la simplicidad de poner un pie en la tierra pero desde la complejidad de hacer conciencia en la pisada, por esta razón la escritura se realizó en primera persona, para que el total de 18 narraciones también puedan ser leídas sin ninguna intención académica, por miembros de la comunidad educativa para el disfrute mismo de reflexionar sobre sus propias pisadas.

Índice

	Pág.
1. Diario I: El más fugaz.....	14
1.1. Polifer, Polifer, Polifer	14
2. Diario II: Praxis: caminar para reflexionar	22
2.1. Las botas y las guías	22
2.2. A la sombra de ese árbol.....	29
2.3. Praxis en nuestro lugar seguro	41
2.4. De regreso, un taponamiento más.....	46
2.5. El árbol del Parque Caldas.....	54
3. Diario III: Praxis: Reflexionar para caminar	62
3.1. Antes de andar a píe	62
3.2. Cruzando el portón.....	70
3.3. Esmeralditis.....	78
3.4. El salón de noveno	88
3.5. Lula	98
3.6. La bandera del colegio	103
3.7. Andar a pie	107
3.8. Caminando	118
3.9. La contemplación en la cruz de Oscar	133
3.10. Compartiendo helado	137
3.11. Más lejos	143
3.12. La casa de ventanas pintadas	148
4. Referencias	156

Índice de Figuras

	Pág.
Figura 1. Nuestro color terracota.....	15
Figura 2. Nuestros verdes, amarillos y azulados	16
Figura 3. Nuestro café	17
Figura 4. Nuestro azul y blanco.....	18
Figura 5. Línea de distancia.....	20
Figura 6. La mesa	22
Figura 7. Las oficinas	23
Figura 8. El vacío	24
Figura 9. Botas y guías	26
Figura 10. Las guías	28
Figura 11. El tapabocas en territorio	29
Figura 12. Paisaje quilichagüeño.....	30
Figura 13. La tienda de doña Janeth.....	33
Figura 14. Postales de la primera caminata	35
Figura 15. Hacia la montaña.....	35
Figura 16. Todo bien	37
Figura 17. El gris de la muerte	38
Figura 18. Huellas de dolor	39
Figura 19. Lugar seguro	41
Figura 20. Donde ellos viven.....	43
Figura 21. Llegando de afuera.....	44
Figura 22. Travesía en el taponamiento	48
Figura 23. Camino a la Salvajina	49
Figura 24. La noche cae en el parque Caldas	54
Figura 25. El árbol del Turco	55
Figura 26. Contemplación	56
Figura 27. Poseer.....	56

Figura 28. Estar en el colegio	58
Figura 29. Caminando la palabra.....	60
Figura 30. Alejandra, rápida y furiosa.....	63
Figura 31. Al volante.....	64
Figura 32. Ilusión de velocidad	65
Figura 33. Por el cruce de Tres Quebradas	67
Figura 34. La velocidad y una de sus consecuencias	68
Figura 35. Llegar temprano	70
Figura 36. Peña el histórico	71
Figura 37. La llave roja	73
Figura 38. El portón cerrado.....	74
Figura 39. Una fuente fiel.....	76
Figura 40. Alejado del portón.....	77
Figura 41. La sala de profesores.....	78
Figura 42. Caminar como práctica pedagógica	80
Figura 43. Mapear curvamente.....	79
Figura 44. Esmeralda en diálogo	82
Figura 45. El parque como alguien.....	85
Figura 46. Sus realidades representadas	86
Figura 47. El salón de noveno en 2022	88
Figura 48. El muro de los lamentos.....	89
Figura 49. Habitando el salón.....	90
Figura 50. El patio de la casa de doña Janeth y don Celio	92
Figura 51. Trazando recorridos	93
Figura 52. Documentando la caminata	94
Figura 54. Las notas también valen.....	94
Figura 53. Encuentros de diálogo	95
Figura 55. Construcciones simbólicas.....	95
Figura 56. El panorama general.....	96
Figura 57. En clase	98

Figura 58. Coexistencia.....	100
Figura 59. Conciencia de las huertas.....	101
Figura 60. Las abejas.....	101
Figura 61. También otros espacios.....	102
Figura 62. ¿Basura somos?.....	102
Figura 63. Sin asta.....	103
Figura 64. Concurso de cometas.....	105
Figura 65. Caminar para habituarse a la caminata.....	107
Figura 66. Pies en la tierra Pies en la tierra.....	109
Figura 67. El cuerpo plataforma de viaje.....	110
Figura 68. El descanso.....	112
Figura 69. Paso a paso.....	114
Figura 70. La chicharra.....	115
Figura 71 Las pisadas.....	116
Figura 72. Nuestra alteridad.....	118
Figura 73. La iglesia de la vereda El Turco.....	119
Figura 74. Limpieza.....	122
Figura 75. Sentirse cercano.....	124
Figura 76. Chirringuan.....	127
Figura 77. Disco bar.....	128
Figura 78. No armas.....	131
Figura 79. La cruz en el camino.....	133
Figura 80. Narrativa sensible.....	134
Figura 81. Parte del paisaje.....	135
Figura 82. Liberación mental.....	137
Figura 83. La tienda de helados.....	139
Figura 84. Lo disfrutado.....	142
Figura 85. Moras y Frambuesas.....	143
Figura 86. Bandera en territorio.....	144
Figura 87. En la cima de la montaña.....	145

Figura 88. Fútbol	147
Figura 89. Con otros ojos	148
Figura 90. Diálogo cotidiano.....	148
Figura 91. La casa de ventanas pintadas	149
Figura 92. La chiva.....	150
Figura 93. Con la naturaleza.....	151
Figura 94. Encuentro con el territorio	150
Figura 95. Somos con las plantas	152
Figura 96. Es un problema.....	152
Figura 97. Con la tierra.....	153
Figura 98. Un acto político.....	153
Figura 99. En la finca	154
Figura 100. Caminar para luego guiar	155

1. Diario I: El más fugaz

*Del contexto y la problematización
sobre “estar cerca”*

1.1. Polifer, Polifer, Polifer

V
*Que sublime misión nos espera
 La niñez con amor a educar,
 En la mente la ciencia que es lumbre
 Y en los labios un claro cantar,
 Y en los labios un claro cantar.*
 (fragmento Himno I.E. Policarpa Fernández)

El 09 de junio de 2018, emprendí mi viaje hacia la Institución Educativa (I.E.) Policarpa Fernández en la vereda El Turco del municipio de Santander de Quilichao, con el ánimo de conocer la ubicación de este plantel y poder tomar la decisión de trabajar ahí como docente de educación artística – danzas, plaza que se ofertaba en el concurso docente de la Comisión Nacional del Servicio Civil para el año 2016. Tenía 4 opciones para escoger mi lugar de trabajo, en el municipio de la Vega, la vereda la Playa de Puracé, el municipio de Inzá o la vereda El Turco de Santander de Quilichao, y esta última era la más cercana a mi ciudad natal, Popayán.

Eran las 9:00 a.m. de aquel sábado y salí en el Nissan de mi papá, un automóvil modelo 2018 que conducía mi tío Jesús, acompañado también de mis padres, quienes querían conocer el lugar donde posiblemente trabajaría. Avanzamos unos 64 kilómetros en una hora y diez de viaje, hasta llegar al corregimiento de Mondomo (Santander de Quilichao), y en ese punto nos desviamos en el cruce de Tres Quebradas, avanzando por una vía una pavimentada en muy buen estado. La primera impresión del desvío fue determinante, recuerdo que incluso mi tío dijo que esa era la mejor plaza para elegir, un consejo que seguramente lo apoyaba en su conocimiento de las otras vías que conducen a los municipios del Cauca que tenía como elección.

III
*Avancemos altivos y fuertes
Hacia el templo del bien y el saber,
Que por Dios y la Patria y las letras
Con el alma cumplir el deber,
Con el alma cumplir el deber.*
(Fragmento Himno I.E. Policarpa
Fernández)

Al tomar el desvío, el camino me transportó a las carreteras quindianas que recorrí casi un año en el 2016, sentía el bochorno y la humedad de los platanales y de las matas de café en mi cuerpo, eventualmente, divisaba fincas de servicios turísticos y curva tras curva parecía que empezábamos un ascenso hacia las montañas. Sin embargo, a diferencia de las montañas que recuerdo del Quindío, estas en su intervención para hacer la carretera, reflejaban un terracota-amarillento casi cerca de un naranja y se acompañaba de muy pocos tonos de verdes, incluso el poco verde que se divisaba se tornaba amarillento también.

Figura 1

Nuestro color terracota



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en septiembre de 2022. El color de las montañas cortadas para abrir caminos.

Llegamos a una escuela pequeña que quedaba sobre la vía y pensamos encontrar nuestro destino, pero al preguntar a unos hombres que estaban cerca, nos indicaron que la escuela estaba una media hora más adentro sobre la vía, así que seguimos avanzando pero no tardó mucho para que la vía pavimentada empezara a desaparecer haciendo una transición hacia los terracota-grisáceos de la grava, estábamos recorriendo una trocha de grandes cúmulos de balastro y nos deparaba casi media hora de carretera, o eso esperábamos.

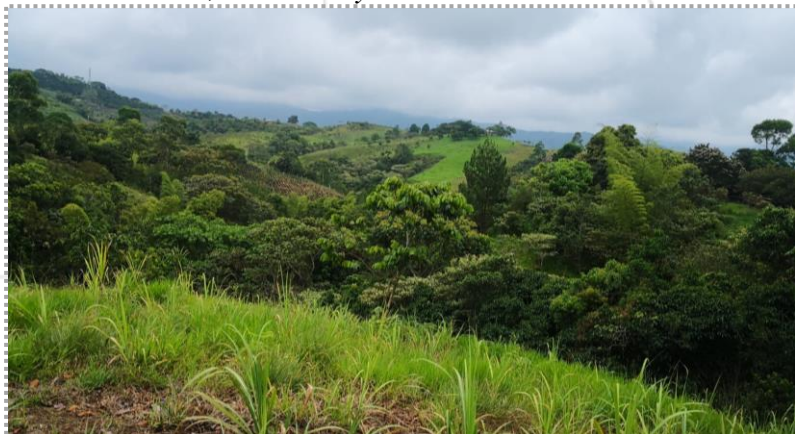
Picos de grandes piedras empezaron a salir en el camino, mientras sorteábamos atravesar los huecos ocasionados por la tierra desplazada de las lluvias en un aire lleno de polvo naranja-café que se generaba al paso espontáneo de motocicletas que cruzaban a gran velocidad. A un lado y al otro de la vía principal, observábamos multitudinarias ramificaciones que conducían a caminos más angostos incluso, pero aquellos hombres nos habían indicado que siguiéramos derecho hasta encontrar la institución educativa.

La velocidad con la que había avanzado el Nissan unos minutos atrás había cambiado, pasó de tocar los 80 km/h para desplazarnos apenas alcanzando los 20 km/h. Mi padre se olvidó

del paisaje y solo miraba al frente indicando al conductor por dónde meterse para no estropear su carro, mi madre empezó a mostrar angustia en su rostro guardando silencio y tomando su dinero como

Figura 2

Nuestros verdes, amarillos y azulados



Nota. Recuerdo la fotografía tomada por Francisco en septiembre de 2022. Azules y amarillos que se funden en los verdes camino hacia la vereda El Turco.

acostumbra cuando empieza a orar en secreto, y mi tío había cambiado de parecer diciéndome que mejor escogiera la Vega. Por mi parte, solo miraba el paisaje, ya no aquel que me había transportado al Quindío, sino la inmensidad de verdes y amarillos de las montañas al contraste de un cielo azul que mostraba a lo lejos el Cerro Munchique.

II
*En las faldas del cerro Munchique
 Se levanta mi bello plantel,
 Rodeado de verdes paisajes
 Con olor y aroma a café
 Con olor y aroma a café*
 (Fragmento Himno I.E. Policarpa
 Fernández)

Camino a las faldas del Cerro Munchique, con cautela mi tío empezó a conducir y ya llevábamos 40 minutos de trocha sin encontrar el punto de llegada. Habíamos pasado por fincas distantes entre ellas, una que otra cancha de fútbol y grupos espontáneos de casas, pero no encontrábamos ninguna señal de la I.E. en el camino. El paisaje nos estaba mostrando un territorio donde la agricultura desempeña un papel importante porque encontramos cultivos de café, maíz, cabuya, frutas y fríjol.

Figura 3

Nuestro café



Nota. Recuerdo la fotografía tomada por Francisco en marzo de 2022. El café que es más que un color en nuestro territorio.

Luego de varios minutos más en carretera, pensamos estar perdidos y decidimos parar en una tienda a preguntar por el colegio. Ahí nos atendió una mujer de la cuál recuerdo muy bien su

respuesta: – “A la vueltica ya está” – Su respuesta nos había llenado de nuevo de aliento para continuar, era la esperanza de cruzar y encontrar nuestro destino, sin embargo, la “vueltica” se convirtió en veinte minutos más de trocha.

De repente volvimos a entrar en una carretera pavimentada y pasamos un cementerio, para unos metros más adelante encontramos con un caserío que tenía un parque principal, el primero que veíamos en todo el recorrido y a su lado, las inconfundibles marcas de la escuela colombiana, una extensa pared con mallas en su parte superior. Así que nos detuvimos ahí, nos acercamos a una tienda donde conocí a doña Janeth, a quien preguntamos si el colegio que quedaba al lado de su negocio era la I.E. Policarpa Fernández y nos dijo que sí.

Al escuchar la afirmación, mi cuerpo sintió el alivio de concluir el propósito de nuestro

Figura 4

Nuestro azul y blanco



Nota. Recuerdo la fotografía tomada por Luis Ángel en junio de 2021. Aquí la I.E. Policarpa Fernández, pintada de blanco y azul, colores que nunca encontraron respuesta histórica en nuestra caminata, pero que entendimos que terminaron siendo colores de identidad simbólica para la vereda El Turco, incluso su parque principal está pintado con estos colores, porque como contaba Laura, “... el parque lo pintan con los colores del colegio, porque es lo único bueno que hay en El Turco” (Comunicación personal, 04 de octubre de 2022).

viaje, estaba en El Turco y me sentía cerca de mi ciudad natal.

Me senté en una banca que estaba afuera de la tienda y sin meditarlo mucho había tomado la decisión, ese sería mi lugar de trabajo sobre todo porque en dos horas podría estar de nuevo en casa. Para descansar del viaje, pedimos unas gaseosas frías para refrescarnos por el calor que anunciaba la llegada del medio día.

Mientras se servía la mesa, doña Janeth nos contó que la escuela llevaba muchos años de existencia hasta que se convirtió en colegio, y por eso empezaron a llegar muchos profesores, incluso desde Popayán. Además, nos contó que al colegio venían estudiantes de muchas veredas aledañas porque era el único bachillerato cerca.

Tomando nuestras bebidas nos percatamos que esta vereda, además, cuenta con un puesto de salud de atención primaria, con dos canchas de fútbol, otras dos tiendas más y un centro de congregación religioso de la iglesia católica, que se levantaba sobre una colina al lado de una edificación que entendimos también hacia parte del colegio, por la pintura de sus paredes con los colores del colegio. A primera vista era el lugar más poblado que habíamos encontrado desde que tomamos el cruce.

I
*Del colegio su himno cantemos,
 Al unísono son del clarín
 Y marchemos unidos por él,
 Hasta el más apartado con fin,
 Hasta el más apartado con fin.*
 (Fragmento Himno I.E. Policarpa
 Fernández)

No era un apartado con fin para mí, más porque a mi tío le tomó menos tiempo recorrer el camino, casi una hora y media de regreso, lo que alentaba más mi elección al ser la plaza que más cerca estaba de Popayán, e incluso podría me permitía considerar vivir en Mondomo si no deseaba viajar todos los días. Por eso, la I.E. Policarpa Fernández se había convertido en la mejor opción a elegir en un concurso donde solo habíamos pasado 4 profesionales de 52 aspirantes.

– “*Aprovechá que podés elegir primero y escogé una cerca*” – Recordaba las palabras de mi prima July, una maestra que por concurso había elegido su plaza en Santa Rita

municipio de La Vega (Cauca), a más de 4 horas de Popayán, quedando tercera en el concurso docente de 2013.

Al recordar mis pisadas luego de estos 5 años de haber tomado mi decisión de trabajar en la I.E. Policarpa Fernández, comprendo que no fue mi sentir docente quien tomó este camino, sino que la herida causada por la idea de desarrollo me condujo a ello. Muchos docentes encuentran en el concurso docente una opción de estabilidad económica en nuestro país, y elegir una plaza cerca de la vida en la ciudad, es el apreciado botín de quienes quedan de primeros en

Figura 5

Línea de distancia



Nota. Fragmento de Google Maps - junio de 2024. Recuperado de <https://acortar.link/HgkTIK>. La sensación de cercanía no se mide en kilómetros ni en tiempo.

las listas de elegibles.

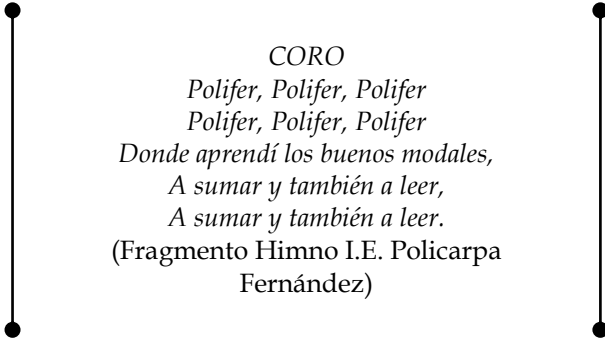
- “¿Cerca de qué?” – me pregunto en mis diarios de campo luego de recordar aquel día de junio. – “Acumulo más de cuatro horas de viaje diarias para estar en Popayán, cuando pudiera trabajar a 5 minutos de casa si viviera en El Turco”.

Seguir esa falsa idea de desarrollo, me llevó a elegir la opción que decantó en la rutina extenuante que llevo hoy, donde acumulo más de 4 horas diarias de viaje en carretera, para convivir solo 6 horas o menos con el contexto rural y la comunidad educativa de la I.E. Policarpa Fernández, pensando ilusamente que así se puede desempeñar una labor de la mejor manera. Todo porque para

tomar la decisión no me pensé como docente rural, sino como un ganador del concurso que podía

elegir estar cerca a Popayán. Pero nunca elegí estar cerca de mi colegio, sino a más de 76 km de él.

Así somos muchos de los que hacemos parte de esta comunidad educativa, elegimos a diario bajo la idea de desarrollo, y a pesar de tener características diversas, ya sea como afronortecaucanos, indígenas nasa, campesinos, habitantes rurales o habitantes de cabeceras municipales, presentamos una perspectiva unificada que ve la ciudad como medio de realización del ser, siendo este el vestigio de la colonialidad del poder y resultado de la modernidad, presentándonos como sujetos optimistas que vemos en la ciudad el camino para ser civilizados.



CORO
Polifer, Polifer, Polifer
Polifer, Polifer, Polifer
Donde aprendí los buenos modales,
A sumar y también a leer,
A sumar y también a leer.
(Fragmento Himno I.E. Policarpa
Fernández)

2. Diario II: Praxis: caminar para reflexionar

Problematización sobre las prácticas pedagógicas en contexto

2.1.Las botas y las guías

El 07 de julio de 2021 traía consigo mi reencuentro con la vereda El Turco y la I.E. Policarpa Fernández, luego de más de un año sin estar ahí a raíz del periodo de contingencia y cuarentena que determinó el Gobierno Nacional de Colombia desde marzo del 2020 frente a la pandemia global ocasionada por el COVID 19. Esta decisión de gobierno propuso una educación escolar en la distancia, que terminó resignificando nuestros lugares de habitación, convirtiéndolos además en lugares para nuestro trabajo o estudio escolar.

Figura 6

La mesa



Nota. Recuerdo la fotografía enviada por un estudiante de grado 6° a mi WhatsApp en noviembre del 2020. La miré justo cuando almorzaba con mi esposa y comprendí que estábamos viviendo entre la cotidianidad del hogar y el trabajo escolar.

En aquellos tiempos, la idea de casa concebida para la convivencia familiar y donde se realizan labores hogareñas, se entrecruzaba con la realización de deberes escolares. Algunos espacios de realización o planeación de guías, servían a la vez para el cuidado de nuestros hijos, y otros lugares pensados para el trabajo de la tierra, a la vez involucraban el desarrollo de las actividades escolares. Incluso podíamos estar en la preparación del almuerzo y al mismo tiempo explicar guías escolares a estudiantes por WhatsApp.

Sin embargo, aquel día al llegar al colegio me encontré con un panorama desalentador, los docentes debíamos asistir a la planta física de la institución para validar nuestro horario laboral, pero sin realizar prácticas pedagógicas ahí porque los estudiantes seguían en casa resolviendo guías escolares en medio de sus prácticas hogareñas diarias.

Al cruzar el portón de entrada, me encontré con un patio principal completamente cambiado de hábito, en el estaban las mesas del restaurante escolar dispuestas como escritorios de oficina. Continué caminando por el colegio y encontré todos los salones cerrados apilando sus pupitres, la sala de profesores

como zona de almacenamiento de miles de guías impresas que los estudiantes habían entregado para su calificación, los baños completamente clausurados y el restaurante escolar sellado por la proliferación de ratas y murciélagos que se habían alimentado de los restos de comida que quedaron en marzo del 2020.

Figura 7

Las oficinas



Nota. Recuerdo la fotografía tomada por Luis Ángel en agosto de 2021. La I.E. se había reinterpretado por quienes asistíamos a ella, utilizando los espacios desde la acción oficinista entremezclada con el diálogo anecdótico entre docentes mientras pasaba el tiempo.

Luego de mi recorrido sentía el vacío del colegio en mi cuerpo y la desolación se había convertido en impotencia. Al parecer lo único que podía hacer, era buscar un puesto en el patio, el único lugar con personas en ese momento y empezar a calificar aquellas guías que los estudiantes habían entregado los primeros meses del año. Me ubiqué cerca de la profesora Diana

Mina y traté de aliviar mi frustración con algo de conversa, así que le pregunté de qué lugar venía.

- *“Vengo desde Puerto Tejada”, – me respondió Diana mostrando en su rostro el anhelo de quien quiere estar en su hogar – “llego acá al colegio, laboro mis 6 horas que tengo que laborar... y pues nos toca irnos nuevamente”*

(Comunicación personal, 28 de septiembre del 2021).

Figura 8

El vacío



Nota. Recuerdo la fotografía enviada por Luis Ángel en octubre de 2021. Los salones llenos de materia, pero vacíos de prácticas pedagógicas

- *“¡Difícil!” – le dije – “En mi caso, venir desde Popayán para sentarme acá en el patio 6 horas está duro, esto lo puedo hacer en mi casa”.*

Nuestra conversación estaba cargada de la frustración que traía realizar un largo recorrido, no realizar nuestras prácticas pedagógicas con estudiantes, y esperar que el tiempo pase.

Habíamos convertido el colegio en un espacio vacío y asistencial, que solo se llenaba del anhelo por volver a nuestro lugar de habitación.

En mi reflexión, comprendía que la educación postpandemia traía consigo una resignificación de espacios y con ello prácticas espaciales que se arraigaron en nosotros por más de dos años, durante el aislamiento preventivo. Por ende, como docentes nos enfrentábamos a ver las aulas como espacios concedidos para la educación escolarizada, pero desde la mirada de la resignificación en las prácticas corporales que habíamos adquirido. Esta situación me recordaba

mi conversación con Xavier Laborda (2006), gracias a la cuál comprendí que los lugares se hacen a partir de las interpretaciones espaciales que les damos y aunque estos tengan hábitos por sí mismos desde su concepción espacial, como aprendí de mis diálogos con el profesor Alfonso (2021), también llegan a caracterizarse con nuevos hábitos a partir de las prácticas espaciales de quienes los habitamos.

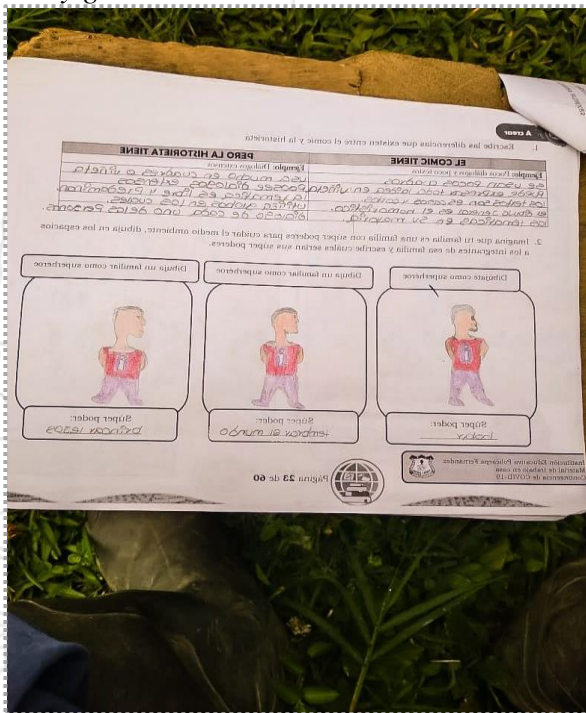
Seguí conversando con Diana y al poco tiempo se acercaron algunos compañeros de Popayán y de Santander de Quilichao con los que no había compartido desde el aislamiento, aunque nuestros rostros estaban cubiertos con tapabocas y el sistema nos había arrebatado el abrazo con distanciamiento social obligatorio dentro de las instituciones educativas, nuestros ojos mostraban la alegría de volver a encontrarnos y con movimientos de brazos hacia nuestro pecho, nos abrazábamos a la distancia.

El sentir de desazón no solo era mío o de Diana, estaba en el ambiente y en las palabras de nuestros compañeros, empezamos a hablar de la incoherencia que tenía esa idea de presencialidad para docentes en una virtualidad para estudiantes, impartida desde un lugar donde ni siquiera señal de internet se tenía. Esta situación me recordó una imagen que había recibido durante el aislamiento en 2020, así que saqué mi celular y mostré la fotografía a todos los que estábamos reunidos en la mesa. Fernando, o “Fercho” como le suelo decir, fue el primero en comentar, él es el profesor de humanidades con más de 20 años de docencia en la institución o el que “siempre cae parado” por su fama de buena suerte y a quien recibí como un padre consejero en el camino de la docencia.

“¡Hombre Yesus! Obviamente estaba trabajando”– dijo Fercho acercándose a mí y señalando la fotografía en mi celular – *“...a mí también me mandaron muchas así. Los pastos*

Figura 9

Botas y guías



Nota. Recuerdo la fotografía enviada por un estudiante de grado 8° en octubre de 2020. La imagen detonante de una gran praxis pedagógica.

recién cortados y las botas... estaba desyerbando” (Comunicación personal, 27 de septiembre del 2021).

- *“Pero me parece una foto muy simbólica” – les dije a todos – “Así es la educación acá, pensamos que con guías los educamos, pero nada de lo que está en esas guías es su realidad”.*

- *“Tenés razón” – Dijo Zully – “...yo me encontré un exalumno, el salió de aquí en el 2013 y bueno conversamos un rato y le pregunto qué hizo de él, entonces él me dijo yo estoy trabajando diario, jornaleando, ya*

tengo dos hijos”. – Zully, guardó silencio un momento, miró hacia el portón como recordando aquel egresado y continuó – *“... ¿qué pasa después de todo lo que uno hizo con ellos en el colegio, a pesar de que uno les habló? De cierta manera, uno se da cuenta que las cosas les quedan sonando... lo que uno les dice, pero que físicamente mira, no lo consiguen (Comunicación personal, 27 de septiembre del 2021).*

- *“Pero, ¿qué se puede hacer?” – le pregunté a Zully – “Uno puede pasarse todo el tiempo diciéndoles cosas que les suenan, pero hasta ahí no más”.*
- *“Aprovechar el contexto” – Me respondió Zully animosamente – “...porque él me dice, profe, es que por acá no hay nada más que hacer que jornalear, entonces ahí es donde*

uno dice: nuestro trabajo, al conocer eso es, mire, ¡listo! jornaleando para otro, pero ¿por qué usted no siembra maíz, aunque sea, ¡que la tierra sirve!, yuca, ¡que la tierra sirve!; pero no lo hacen” (Comunicación personal, 27 de septiembre del 2021). – En ese momento volvió a ver el portón y guardó silencio unos segundos.

Mientras escuchaba a Zully, recordaba para mí la reflexión de Xavier Laborda (2006) sobre las ideas tópicas y las interpretaciones de los lugares. Él consideraba que los sujetos son los garantes de las ideas sean tópicas, es decir que las utopías tengan un lugar, siendo nosotros los encargados de la territorialización de lo ideal. La invitación de aprovechar el contexto no era una utopía, comprendía que como docentes éramos los primeros que debíamos pensar en darle lugar a una educación escolar rural contextualizada en la I.E. Policarpa Fernández. Y al parecer no era el único invitado a dicha conciencia pues las palabras de Zully así lo demostraban.

- *“No sé si es porque nosotros en realidad no les estamos inculcando esa fuerza y ese empoderamiento para que ellos mismos lo hagan, ¿no?”* – continuo Zully, ahora dirigiéndose a todos los que estábamos ahí – *“...porque en últimas podría hacerlo, tiene la fuerza, tiene la tierra y nosotros no vamos tampoco tras eso, ósea que ellos aprovechen lo que tienen y que nosotros sabemos que lo tienen, porque tierra es lo que hay de aquí para arriba”* (Comunicación personal, 27 de septiembre del 2021).

Todos guardamos silencio, era una reflexión que había invitado a la praxis docente a quienes habíamos escuchado a Zully. Ella es la profesora de química o la naturalista cósmica de El Turco como solía percibirla, por su pasión por el cosmos y el empeño de volver a educar desde la tierra a pesar de que muchas energías cósmicas turqueñas no se alineen a sus intereses. En ese momento, ella era la voz de la fotografía que nos había reunido, el simbolismo de trabajar la tierra en las botas de nuestro estudiante, la reconfiguración de los guacales ahora utilizados como mesas de estudio y las guías blancas sobre madera en un espacio abierto, nos pedía a gritos pensarnos otra forma de hacer educación escolar en lo rural.

Figura 10

Las guías



Nota. Recuerdo la fotografía tomada por Maicol en abril de 2022.

El silencio de nuestras reflexiones internas nos había llevado a acabar la conversación, nuestros cuerpos se habían dispuesto de nuevo en el espacio oficinista y decidimos mejor calificar las guías que reposaban en las mesas del restaurante escolar, pero ahora como un acto de “mea culpa” personal.

2.2.A la sombra de ese árbol

Con el pasar de las hojas que se calificaban, también transcurrían los minutos de la mañana, y sin darnos cuenta ya llevábamos más de un mes calificando guías, hasta que el timbre anunció la orden para el descanso. Eran las 10:00 a.m. de aquel 25 de agosto de 2021 y, habitualmente, a esta hora, algunos docentes salíamos a la tienda de doña Janeth a compartir el café de la mañana, pero este día no sería así, se había detectado un caso de Covid en la zona y el miedo que había traído la pandemia nos tenía distantes unos a los otros y portando un tapabocas que nadie se atrevía a quitar, no por temor a contagiarnos, sino porque éramos vistos como los docentes forasteros que podríamos traer el virus a estas veredas.

El miedo a la muerte es algo que cambia tu corporalidad, recuerdo el excesivo uso de alcohol de algunos colegas que impregnaban sus ropas de este líquido para experimentar la sensación de estar limpios,

algunos cubrían cada parte de su cuerpo incluyendo el uso de gafas protectoras, limitando al máximo la exposición de su piel al medio en el que podrían contaminarse. Por otro lado, estaban las corporalidades de estudiantes y acudientes que estaban aprendiendo a vivir con la práctica del uso del tapabocas,

Figura 11

El tapabocas en territorio



Nota. Recuerdo la fotografía tomada por Luis Ángel en julio de 2021. Los cuerpos de los docentes forasteros que coexisten con los cuerpos de acudientes y estudiantes foráneos en un espacio institucional que evidencia la diferencia en sus prácticas.

no por miedo a la muerte sino por cumplir un requisito para ser atendidos en la I.E. Policarpa Fernández.

Mi cuerpo me pedía descansar de la dinámica de calificar guías, no pensaba quedarme más tiempo sentado en las mesas de trabajo ubicadas en el patio, así que decidí caminar hacia la colina donde se encuentran los salones de primaria, y busqué el árbol que acostumbraba a visitar antes de la pandemia para tomar la sombra y contemplar el paisaje quilichagüeño. Había pasado ya más de un año desde la última vez que estuve ahí, porque mi rutina era entonces reducida a estar encerrado en un apartamento que no superaba los 36 mts cuadrados, desplazarme en un vehículo hacia la I.E., calificar guías en un patio y retornar de nuevo al encierro en la tarde.

Por eso, subir a la colina y estar a la sombra de aquel árbol me invitaba a romper la rutina, tomar un respiro de la cotidianidad y contemplar los caminos que unen las veredas de la zona. Al empezar mi ascenso recordaba las palabras de Zully en nuestra conversación sobre la educación escolar rural. Su reflexión rondaba mi cabeza, y con el pasar del tiempo y las circunstancias, se había convertido en un motivo de meditación en el que buscaba respuestas para la educación

Figura 12

Paisaje quilichagüeño



Nota. Recuerdo la fotografía tomada por Francisco en abril de 2023.

escolar en la I.E. Policarpa Fernández, donde evidenciaba la falta de espacios para la reflexión del ser, cerrando la posibilidad de encuentros dialógicos que conlleven a pensarnos como sujetos y nos reconozca en nuestras prácticas sociales, políticas y culturales. Buscar calidad educativa llevó a la homogenización y descontextualización de la educación escolarizada y esto se hacía

evidente en el colegio Policarpa Fernández, centrándose en el conocimiento académico, pero desconociendo el territorio donde nos encontrábamos.

Mientras subía la colina sentí que me ahogaba, hace mucho no hacía un esfuerzo físico significativo y el ascenso llevando un tapabocas puesto me hizo consciente de mi respiración, inmediatamente me desprendí de él para respirar mejor, pero la presencia de una silueta a lo lejos que también estaba cerca al árbol, me hizo detenerme y de nuevo acomodar mi tapabocas. Seguí avanzando y estando más cerca, me percaté que era el profesor Nelson Maldonado (2007) quien estaba ahí, así que aproveché su presencia para acercarme a respuestas en relación a lo que estábamos viviendo en la I.E. Luego de saludarle y contarle de las reflexiones que se habían suscitado con mis colegas un mes atrás sobre la educación escolar rural descontextualizada, la homogenización temática y el desconocimiento de los territorios, le pregunté:

- “*¿Cómo podemos cambiar esta situación?*” – le dije mientras me acomodaba al pie del árbol para contemplar el paisaje quilichagüeño.

- “El giro decolonial implica fundamentalmente, primero, un cambio de actitud en el sujeto práctico y de conocimiento”, - respondió Nelson (2007, p.159).

- “*¡Buscar un giro decolonial!*” – repliqué – “*¿cómo así?*”.

- “La colonialidad se refiere a un patrón de poder que emergió como resultado del colonialismo moderno”, – Me dijo Nelson (2007) sentándose a mi lado para acompañarme en la contemplación. Y agregó:

- “...pero que, en vez de estar limitado a una relación formal de poder entre dos pueblos o naciones, más bien se refiere a la forma como el trabajo, el conocimiento, la autoridad y

las relaciones intersubjetivas se articulan entre sí, a través del mercado capitalista mundial y de la idea de raza” (Nelson , 2007, p.131).

- “*Comprendo*” – le dije – “... *en nuestro caso la colonialidad está en esas relaciones que vinculan al conocimiento con nuestro trabajo como docentes, la búsqueda de aprendizaje de estudiantes y las ideas del mundo capitalista que permean la educación escolar en este país. Entonces un giro decolonial, en nuestro caso sería...*”.

- “Un cambio de perspectiva y actitud que se encuentra en las prácticas y formas de conocimiento de sujetos colonizados” – Me interrumpió Nelson (2007, p.160) para concluir la reflexión.

Nelson (2007), me había llevado a pensar en la necesidad de este principio para repensar la educación escolar rural como un encuentro con el otro en la construcción de identidades, donde se propicien espacios de reflexión con el ánimo de desarrollar conciencia crítica frente a la identificación de los imaginarios colectivos impuestos y enfrentarlos al sentimiento identitario presente en nuestra comunidad educativa. Sin embargo, no hubo más tiempo para la reflexión porque el timbre sonó nuevamente, eran las 10:30 a.m. y se anunciaba el fin del descanso, así que invité a Nelson (2007) a seguir la reflexión en el patio del colegio, pero él decidió quedarse contemplando el paisaje.

Luego de despedirme y mientras descendía la colina, me percaté que se acercaba un grupo de colegas. – “¡*Profe Jesús!*” – me gritó a lo lejos la profesora Carmenza – “...*camine que vamos a darnos una vuelta*”. – Aún no sabía que había suscitado en mis compañeros la caminata, pero el patio se había convertido en un lugar de carga laboral y necesitaba pensar en otras cosas, por lo que decidí acompañarlos, pero antes de arrancar, me acerqué a la tienda de doña Janeth por una

botella con agua y me encontré con la grata sorpresa que Mario Valencia nos había visitado aquel día, por lo que no dudé en invitarle a caminar.

Mario era un filósofo que me había presentado el profesor Alfonso (2021), y entre los tres habíamos reflexionado sobre la práctica de andar a pie como praxis de liberación mental, por lo que su presencia en la caminata espontánea que había surgido era un regalo pedagógico en ese momento. Así que luego de recibir mi agua y despedirnos de doña Janeth emprendimos caminata para alcanzar a los compañeros que ya nos habían tomado distancia.

Ya en camino, le conté a Mario las reflexiones que había suscitado entre nosotros los profesores todo este tiempo de pandemia, especialmente la idea de pensarnos la educación escolar rural, pero desde lo propios territorios, porque nos dábamos cuenta que no aparecían en nuestras prácticas pedagógicas. Mario escuchaba atentamente mientras miraba donde pisar por la vía principal de la vereda El Turco que recorríamos, para él la idea de prácticas pedagógicas pensadas desde los territorios era una utopía y por ello al terminar de contarle nuestras reflexiones me dijo:

Figura 13

La tienda de doña Janeth



Nota. Recuerdo la fotografía tomada por Frank en abril de 2022.

- “Una utopía devenida dis-topía que da cuenta del territorio como realización de la subjetividad humana cultural y socialmente determinada como mapa curvo de la esperanza”. – apuntó Mario Valencia (2015b, p. 18).

- “¿*Mapa Curvo?*” – le pregunté un poco extrañado del concepto

- “Una/otra forma de re-presentación” – me explicó Mario (2015a) – “... que permite dis-rumpir, por un lado, con la lógica protocategorial helenocentrada y por otro, con la cartografía plana que excluye componentes políticos, sociales, raciales, culturales, emocionales y de género de la representación” (Mario, 2015, p.305).

- “*Sería como una unidad de análisis*” – le dije intentando asimilar el concepto – “...*con el mapa curvo se puede hacer una lectura crítica de los territorios construyendo cartografías en la comunidad que incluyan sus aspectos emocionales, políticos, étnicos y socioeconómicos*”.

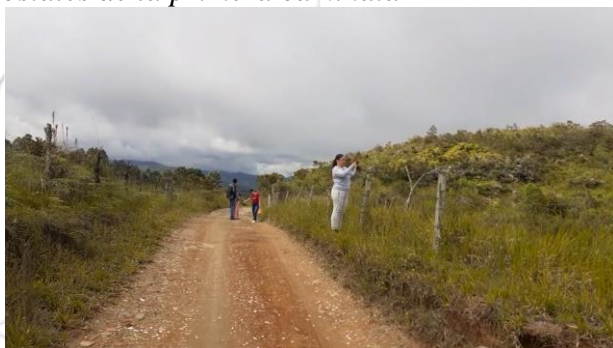
- “Y de otras dimensiones” – me aclaró Mario (2015a) apurando la marcha para alcanzar a nuestros compañeros – “... capaces de dar cuenta de una manera no logo-centrada del lugar de enunciación y del pensamiento crítico propio, obliterado históricamente por la lógica conceptual-visual del lenguaje que domina conciente e inconscientemente los discursos presentados de manera objetivamente plana” (Mario, 2015a, p.194).

Había comprendido el concepto que Mario (2015a, 2015b) proponía, y al referirse a un mapa curvo de la esperanza, nos hacía un llamado a asumir la reflexión sobre el acto pedagógico precisamente desde el ser en los territorios, considerando una visión más completa de las realidades localizadas, brindando a nuestra comunidad, una lectura emancipadora y de pensamiento crítico propio. Si bien la idea de mapa curvo había quedado sembrada en mi mente, el recorrido asentaba el concepto en lo experiencial. ¿Hasta dónde íbamos?, no sabíamos aún,

pero teníamos claro que caminaríamos un poco más allá de la institución hacia la montaña y empezamos a mapear, de manera curva y de forma inconsciente, aquel recorrido.

Figura 15

Postales de la primera caminata



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en agosto de 2021.

Figura 14

Hacia la montaña



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en agosto de 2021.

Luego de alcanzar a mis compañeros y llevar unos minutos de recorrido, empezamos a percibir que nuestros cuerpos avanzaban desde la motivación que traía consigo el acto mismo de realizar una acción diferente a calificar guías. Era un simple paseo sin ninguna pretensión más que liberarnos de las cargas laborales por un momento, por lo que nuestros pasos llevaban un ritmo constante, concentrándonos un poco más en las conversaciones entre nosotros, que en admirar nuestro alrededor. Nuestras conversaciones generaban risas espontáneas al recordar anécdotas de compañeros en el pasado, pero también conversábamos sobre los cambios que necesitábamos en el colegio, porque considerábamos insostenible seguir educando desde la virtualidad. No nos deteníamos mucho en el paisaje, todo porque el paisaje que llevábamos recorrido no era desconocido, ya que habíamos pasado por estos lugares cuando íbamos de camino a la vereda Tres Quebradas.

Realmente nuestra intención de caminata estaba siendo una liberación inclusive de los tapabocas con los que debíamos cubrir nuestros rostros en el patio del colegio, la idea de estar al aire libre nos había alejado de la idea de contagiarnos por el Covid, extramente pasear y respirar por los caminos rurales de las veredas aledañas a nuestra institución, nos había quitado el miedo de contagiarnos por alguno de nuestros compañeros de trabajo.

Al llegar a la “Y” que nos conduce por un lado a Tres Quebradas y por otro a veredas que no conocíamos aún, Katherine preguntó – “¿*Qué será por allá?*” Y Oscar le respondió – “*Las Vueltas*”. Él trabajaba en la sede Tres Quebradas de la I.E. y era quien había asumido la guioniza del grupo, porque de todos los que emprendimos la caminata era quien conocía mejor la zona. Él nos aconsejó conocer esta nueva ruta y avanzar por unos minutos más, para luego devolvemos y alcanzar a llegar antes de la una de la tarde al colegio. Siguiendo su consejo, avanzamos por la vía desconocida y con el tiempo nuestro cuerpo se fue habituado a la caminata, deteniéndonos por momentos para apreciar el paisaje sacar nuestro celular y tomar alguna postal de recuerdo, este ánimo por conocer nuevas vías nos había regalado un ritmo pausado. Percatándome de cómo había cambiado nuestro ritmo de caminata ante los nuevos paisajes le pregunté a Mario (2015b):

- “*Esto que estamos haciendo*” – le dije – “*es una práctica de sensibilidad corpórea en el territorio, ¿no?*”.
- “El caminante utiliza como plataforma de viaje su cuerpo”, – me respondió Mario (2015b) mientras observaba con detenimiento una plata de cabuya que había en el camino – “...el cuerpo está impulsado por el ánimo, entendido como su clima interior mental, y ambos están integrados al espacio físico, al ambiente y al territorio” (Mario, 2015b, p. 84).

Efectivamente, el ánimo motivaba nuestro ritmo corporal, y nuestro cuerpo se estaba integrando al paisaje quilichagüeño extendiendo consigo el tiempo de recorrido, llevábamos más de 40 minutos de exploración, lo asumíamos así porque llegamos a ubicaciones que no estaban dibujadas en nuestras representaciones mentales del territorio. Nuestros celulares estaban con sus cámaras dispuestas a disparar para capturar el mejor recuerdo posible del paisaje que observábamos y teníamos distancias unos de otros, creando grupos de 2 o 3 personas para llevar la caminata, aunque en ocasiones nos deteníamos todos y nos reuníamos para admirar el paisaje y de paso aprovechar para hacer una que otra broma:

- “*Profe Carmenza*” – dije – “*Ya se tomó la foto para el examen de evaluación docente*”
- “*Aquí, aquí*” – me respondió posando al borde de carretera y colocando sus pulgares a arriba aludiendo a este simbolismo para comunicarnos que todo iba.

El ánimo seguía impulsando nuestro caminar y junto al paisaje quilichagüeño, nos estábamos acercando a la comprensión de la práctica diaria de muchos de nuestros estudiantes, aquella de caminar sobre las vías interveredales. Aunque empezábamos a sentir agotamiento, teníamos todos el ánimo para continuar unos minutos más y conocer un poco más. Sin embargo, luego de un tiempo

Figura 16

Todo bien



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en agosto de 2021. La profesora Carmenza bromeando con el concurso docente mientras el profesor Oscar nos explicaba que veredas se encontraban en el horizonte.

empezamos a percatarnos de cambios en nuestro cuerpo, no era cansancio, era la incertidumbre que sentíamos como forasteros y empezábamos a limitarnos.

- “*Guarda el celular*” – recuerdo que dijo Katherine – “...*por acá tan lejos no nos conocen*”.

Efectivamente, nuestros cuerpos pedían guardar las cámaras, no eran espacios para disparar y nuestros cuerpos ya no estaban de paseo, habían activado una tensión que nos hacía sentir el aire más difícil de respirar. Estábamos lejos de los espacios conocidos y ya no encontrábamos rostros familiares que respondieran a nuestro saludo al cruzar por las fincas o casas que quedaban sobre la vía. Tanta tensión nos llevó a parar y hacer la que sería nuestra última contemplación de la caminata:

Figura 17

El gris de la muerte



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en agosto de 2021. El paisaje quilichagüeño se tintaba del gris de la muerte, ese que traen los cultivos de coca destinados para la elaboración de cocaína.

- “*¿Y allá abajo están qué?*”

– preguntó Katherine –

“*¿sembrando?*”.

- “*Coca*” – le respondió sin dudarlo Oscar.

- “*¡Ay, no!*” – se estremeció

Katherine con la respuesta –

“*¡No diga eso!*”.

- “*¡Mírala ahí!*” – insistió

Oscar señalando una cubierta de plásticos negros.

- “*¿Eso es coca?*” – preguntó Katherine con desconfianza.

- “*Profes*” – dijo Carmenza – “...*mejor nos devolvemos, ya casi es la una*”.

Carmenza es una de las profesoras de Lengua Castellana del Colegio, pero la recuerdo por su sabiduría y liderazgo, siempre leyendo muy bien las situaciones a su paso y tomando decisiones acertadas, como en aquel momento, invitándonos a devolvemos de manera muy sutil. En ese momento el miedo rompió la contemplación, y con ella la exploración. Habíamos despertado todos los miedos que se han construido a partir del imaginario colectivo e histórico que como colombianos tenemos en relación al conflicto armado, nuestra conciencia de trabajar en un territorio donde operan grupos armados al margen de la ley tomó más fuerza, aquellos que varios miembros de nuestra comunidad conocen como “los muchachos”, evitando asociarlos a una denominación específica por cuanto en algunas zonas del territorio operan las disidencias de las FARC y en otras miembros del ELN.

Figura 18

Huellas de dolor



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Zully en septiembre de 2022 En aquella casa a lo lejos se evidencia la marca de territorialización que dejan a su paso los miembros de un grupo armado para anunciar su presencia en el territorio a los lugareños y a quienes transitamos por ahí. Una marca que estremece los cuerpos, llena de silencio el paso por estos caminos y de incertidumbre el avanzar por los mismos.

Así, nuestra motivación por conocer más el territorio en el que trabajamos como docentes, terminó siendo suprimida por un miedo que nos sacó del mismo. Las carpas negras al pie de la montaña por donde salía humo en abundancia crearon en nosotros una imagen que valió para crear frontera, una memoria de nuestro pasado que se hacía presente en ese instante. Por ello, apuramos la marcha para regresar al colegio, pero la imagen y sobre todo el humo saliendo de las carpas había quedado en mi cabeza, y en cada paso que daba de regreso, la imagen se convertía en botas negras que me recordaron la fotografía del estudiante que me había enviado sus guías luego de trabajar la tierra, la misma que propició la gran reflexión de Zully días atrás y que inconscientemente nos llevó a caminar hasta ese punto, aquella fotografía de aquel estudiante que aún no ha regresado a clase luego de terminado el confinamiento.

Mi tierra es la coexistencia dramática de tiempos diferentes confundiendo -en un mismo espacio geográfico- atraso, miseria, pobreza, hambre, tradicionalismo, conciencia mágica, autoritarismo, democracia, modernidad y postmodernidad. El profesor que en la universidad discute sobre la educación y la postmodernidad es el mismo que convive con la dura realidad de decenas de millones de hombres y de mujeres que mueren de hambre.
(Paulo, 1997, p.30)

2.3. Praxis en nuestro lugar seguro

Al volver a la I.E. nos sentimos en un lugar seguro, al parecer las paredes con mallas que delimitan el territorio de la institucionalidad escolar nos daban la idea de estar protegidos y a la

Figura 19

Lugar seguro



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Luis Peña en octubre de 2021.

vez aislados de las realidades que circundaban nuestra institución. El alivio al volver al colegio lo sentimos todos, nuestro cuerpo había experimentado un regreso muy diferente al ritmo y animo experimentado de camino a lo desconocido, éramos cuerpos tensos, voces silenciosas y pasos apresurados, sintiéndonos más que nunca docentes forasteros con dolor por la tierra de nuestros estudiantes.

- “¿Cómo les fue?” – preguntó Diana Banguera al percatarse de nuestra llegada

Su pregunta fue el desahogo que necesitábamos, nos ubicamos en las mesas y empezamos a contar a quienes estaban cerca lo que habíamos vivido. Aunque nada tenían las paredes del colegio que nos libraban de las realidades territoriales, nuestra humanidad se dejaba engañar en el imaginario que el conflicto armado respeta la educación.

- “A uno de profe no le hacen nada” – dijo Javier Gironza al escuchar nuestros relatos –
“...uno viene a hacer lo que le toca y no se anda metiendo en esas cosas”.

“No meterse en esas cosas” implica preguntar poco, abstenerse de conocer de dónde vienen los miembros de tu comunidad y abordar conceptos universales que no enfrenten las realidades territoriales. Cruzar el portón a diario, estar bajo su amparo las 6 horas que dura la jornada laboral, y “hacer lo que nos toca” es la forma de cuidar nuestros hogares y volver a nuestros lugares.

Sin embargo, luego de un tiempo de debatir entre colegas sobre lo que nos corresponde hacer como docentes en los contextos donde laboramos, aquellos que habíamos sido marcados por la caminata empezamos a encontrar la esperanza de mejorar nuestras prácticas pedagógicas a partir de conocer nuestros contextos. Andar a pie, así fuera como foráneos constituyó una reflexión importante en relación a ser en el territorio, en este caso ser docente en la vereda El Turco, empezando por entender que caminar los territorios donde laboramos permite re-pensar y re-escribir nuestras prácticas pedagógicas.

- *“Uno acá deduce e infiere pues que los estudiantes tienen unos contextos de vida y digamos que incluso situaciones familiares complejas”* – comentaba Diana Banguera sobre su experiencia en la caminata – *“... sí, uno le infiere, pero una cosa es inferir y ya yo acercarme un poquito más a ese contexto porque realmente el acercamiento que tuvimos fue poco, pero es a veces mucho más complejo de lo que uno se imagina acá en la institución”* (Comunicación personal, 28 de septiembre del 2022).

- *“Sería bueno para nosotros mismos”* – animosa continuó la reflexión Diana Mina al escuchar las palabras de Diana Banguera – *“... porque conoceríamos más acerca de ese contexto y de verdad que podríamos hacer prácticas con los muchachos, teniendo en cuenta realmente el contexto donde ellos viven”* (Comunicación personal, 28 de septiembre del 2022).

Figura 20*Donde ellos viven*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Francisco Gironza en marzo de 2022

- *“Yo creo que primero para acercar los contextos debemos conocerlos” –*

respondió Diana Banguera a la propuesta de su “tocaya” –*“... porque nosotros desconocemos esos contextos, los estilos de vida”* (Comunicación personal, 28 de septiembre del 2022).

- *“Nosotros ¿quiénes?”* – le pregunté a Diana.

- *“Los docentes”* – me respondió – *“...porque nosotros no hacemos visitas, no vamos, o sea puede ser que yo visualice el trayecto en el que yo vengo al colegio, pero digamos que aquí al colegio hacia allá no paso”* – y señaló el portón hacia el parque de la vereda – *“...entonces, es como importante visualizarlo y acercarnos nosotros los docentes a esos espacios para digamos que tener otras perspectivas acá, otras exigencias”*. (Comunicación personal, 28 de septiembre del 2022)

- *“En este sentido, esta realidad, en sí misma, es funcionalmente domesticadora”* – entró en conversación Paulo Freire (2005), quien nos había estado escuchando desde hace ya un rato, mientras tomaba un café a un costado del patio,

- *“Liberarse de su fuerza exige, indiscutiblemente, la emersión de ella, la vuelta sobre ella. Es por esto por lo que sólo es posible hacerlo a través de la praxis auténtica; que no es ni activismo ni verbalismo sino acción y reflexión”* (Paulo, 2005, p.32).

Paulo Freire, era un hombre de educación que conocí en el 2020, el gusto por el fútbol, la tradición cristiana que aprendimos de nuestros padres y la pasión por la pedagogía, nos había

reunido en largas tertulias hasta que empezamos a frecuentarnos casi a diario. Por eso, desde que regresamos a la presencialidad en mi colegio, me acompañaba por el sencillo goce de la reflexión pedagógica misma. Estaba presente en mis planeaciones, en mis prácticas y en mis evaluaciones y ahora participaba también en las reflexiones que teníamos como maestros.

En esta ocasión, Paulo hacía un claro llamado a la praxis, provocando que naciera una fuerte intención en nosotros por conocer nuestros contextos de trabajo, y caminar los territorios era una idea que empezaba forjarse como parte de nuestra práctica pedagógica siendo un elemento crucial para transformar nuestra perspectiva de la educación escolar en la ruralidad.

Sin buscarlo, nuestro ser docente estaba encontrando sentido en ser en el territorio, empezando por comprendernos como forasteros que necesitan ver su Institución Educativa y el

Figura 21

Llegando de afuera



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Francisco en marzo de 2022. La postal de Francisco retrata la van de su padre que a diario transporta a más de 8 profesores desde Santander hasta la vereda El Turco, atravesando el paisaje veredal quilichagüeño.

territorio donde se ubica, como un espacio-tiempo vital de toda la comunidad, incluyéndonos en dicha comunidad, es decir, comprendernos como docentes que necesitamos entrar en interrelación con el mundo natural y sensible que circundamos a diario en nuestro trabajo.

La reflexión pedagógica provocada al recorrer las vías que llevaban a muchos de nuestros estudiantes hacia el colegio se siguió extendiendo a lo largo de la mañana hasta escuchar el timbre que anunciaba nuestro regreso a casa. Era la 1:30 p.m. y

nuestra jornada laboral había terminado, como siempre el calor de la tarde quilichagüeña había acabado por agotar nuestros cuerpos, el sofoco de trabajar con tapabocas en un clima cálido llenaba nuestros rostros de gotas de sudor, pero luego de mucho tiempo, muchos de nosotros empezábamos a sentir esperanza en el cambio, encontrábamos sentido al viaje hacia El Turco aquel día, el dolor de la tierra nos había llamado a la reflexión de nuestro ser docente, una praxis auténtica, como nos decía Paulo (2005).

2.4. De regreso, un taponamiento más

Al salir del colegio, ese 01 de septiembre de 2021, como ya era costumbre, aquellos que viajábamos hacia Popayán nos empezamos a organizar en los carros. Conmigo viajaban las profesoras Yalila, Ana Eliada y Olga, quienes orientaban en primaria y no habían realizado caminatas con los profesores de Bachillerato. Pero también de regreso viajaron con nosotros Mario y Paulo, pues habían sido invitados al encuentro que tenía a las 4:00 p.m. con mis compañeros de maestría en educación popular, el profesor Alfonso, Diego y Ana María.

No habíamos avanzado ni siquiera 5 minutos en la trocha y me percaté que las profesoras ya estaban dormidas descansando, el día se presentaba muy caluroso y sus cuerpos se notaban cansados por el bochorno del clima sumado a las labores que habían realizado en la mañana. El sueño se fue apoderando también de Mario y de Paulo, por lo que a la altura del río ovejas, en el municipio de Caldon, ya estaban dormidos también. Por ello empecé a sintonizar la radio en busca de alguna conversación interesante o una canción que levantara mis ánimos, para que el cansancio tampoco me hiciera dormir a mí, pero no lograba detenerme en ninguna frecuencia, hasta que en la 97.5 FM sonó “Plantación adentro” de los míticos Rubén y Willie.

*Dentro del follaje
Y de la espesura
Donde todo viaje
Lleva la amargura
Es donde se sabe camará
Es donde se aprende la verdad*
(Fragmento “Plantación adentro”,
Rubén y Willie, 1977)

Mi cuerpo se estremeció al escuchar esta estrofa, podía contar con los dedos las veces que había escuchado esta canción en radio y recordé que en una ocasión la bailé con la energía que trae consigo el timbal de fondo, pero por primera vez cobraba un sentido diferente aquella pieza.

Plantación adentro había decidido ir con mis colegas de bachillerato, eran casi 7 caminatas las que acumulábamos y empezábamos a comprender que caminando hacia dentro del territorio es donde se aprende la verdad.

A pesar del ánimo que traía consigo el miércoles de regreso a casa, decidí subir el volumen de la radio para darme energías. Era la mitad de la semana y ya estábamos acumulando 3 días viajando ida y regreso de Popayán a Santander de Quilichao, por lo que cargaba con el cansancio de ese trajín a sabiendas que faltaban otros dos días más.

La salsa había logrado despejar un poco mi cuerpo y en ese momento me percaté de la vía extrañamente vacía y recordé que desde Mondomo había adelantado algunos vehículos de carga larga pero no la cantidad habitual. Baje la velocidad con que avanzaba y todo cobró sentido cuando al terminar de sonar la canción en la radio, el locutor del “Sol” nos anunciaba el cierre en la vía panamericana, a la altura del municipio de Piendamó. Se estaban presentando disturbios porque meses atrás las comunidades habían derrumbado el puesto de peaje en Tunía y el Ministerio de Transporte quería reanudar los cobros.

Así lo expresaron algunos medios de comunicación:

-“Comunidades indígenas, campesinas, organizaciones sociales y el sector transportador protestan en la mañana de este miércoles en el peaje de Tunía en el municipio de Piendamó, Cauca. Allí, además, incineraron la infraestructura que quedaba en ese lugar” (El Tiempo, 2021).

- “Las manifestaciones iniciaron luego que el Ministerio de Transporte iniciara labores para reanudar los cobros en este punto de la carretera internacional” (Caracol Radio, 2021).

Los taponamientos en la vía panamericana hacen parte de nuestras lógicas políticas como colombianos. En un país de descontentos continuos y violaciones a los derechos fundamentales, la toma de vías por comunidades o gremios de trabajadores, son una opción para visibilizar sus problemáticas y hacerse escuchar del gobierno. Sin embargo, los docentes que trabajamos viajando a diario por esta carretera, debemos sortear la posibilidad de encontrarnos con algún taponamiento, como parte de nuestra decisión de viaje diario.

Figura 22

Travesía en el taponamiento



Nota. Recuerdo la fotografía que tome en septiembre de 2019. Filas y filas de carros que bloquean nuestro camino al colegio o nuestro regreso a casa. No es algo que suceda después de pandemia o en un determinado gobierno, la toma de la vía panamericana ya se ha constituido en una práctica política de lucha.

Ante el anuncio de taponamiento de aquel día, tuve que detenerme en la bomba de gasolina de Pescador, hasta ahí llegaba la fila de carros que estaban esperando el paso por Tunía, así que paré a tomar un café muy cargado con el fin de tener fuerzas para continuar el largo viaje que nos esperaba. La parada había despertado a las profesoras y a los filósofos, y luego de contextualizarles lo sucedido, empezamos a hablar de la caminata que habíamos realizado en la mañana.

- “¿Hasta dónde fueron profe Jesús?” – me preguntó Ana
- “Camino a Naranjal” – le contesté – “... pero no alcanzamos a llegar hasta allá

- *Naranjal los polos dirá*” – me corrigió – “...*Pero eso queda ya muy lejos, no iban y volvían solo en la mañana*”
- “*¿Usted conoce?*” – le pregunté:
- “*No he estado ahí*” – me contestó Ana – “... *pero sí nos tocó pasar por ahí una vez que bloquearon Mondomo y tuvimos que salir por Mandivá. Eso fue toda una travesía*” (Comunicación personal, 01 de septiembre del 2022).

La profesora Ana, es docente de primaria para la sede principal y lleva más de 10 años en la institución, había vivido unos años en la vereda Caloteño, y con el tiempo había aprendido a leer muy bien el contexto en el cuál trabaja, por lo que conocía muchas personas de la región, y en diferentes ocasiones había tomado vías alternas para llegar a Popayán cuando la carretera principal era bloqueada, así que conocía muchas de las rutas veredales que conducían hacia las cabeceras municipales de Santander, Silvia y Caldone, entre otras.

Ella empezó a contarnos varias anécdotas de profesores que tuvieron que atravesar vías alternas para volver a sus casas, ya fuera en Santander de Quilichao o en Popayán. Y durante las casi 2 horas que estuvimos detenidos, pudimos conocer cómo estaban conectadas varias rutas veredales con la vía panamericana, y que se habían explorado solo por el deseo de llegar a casa. Pero aquel día no tenía la voluntad de tomar una vía

Figura 23

Camino a la Salvajina



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Adriana en septiembre de 2023. En varias ocasiones, por los taponamientos, tuvimos que rodear la vía panamericana, avanzar más de 140 km pasando por Suárez y Morales, municipios que no acostumbramos a cruzar, en más de 5 horas de viaje, solo por regresar a casa.

alterna, mi cuerpo estaba muy cansado para asumir la travesía de una trocha o de un camino desconocido y ninguno de mis acompañantes sabía conducir el carro, por lo que tuvimos que esperar.

La conversación me recordó aquellas travesías en las cuales había participado en los dos años que llevaba viajando, se pueden contar más de 8 o 9 por año, cada vez que por algún motivo las vías principales se cerraban. Ya era costumbre que cuando había taponamientos, llegáramos a las 9:00 p.m., 10:00 p.m. o incluso 12 de la noche a nuestras casas, para al otro día realizar el mismo viaje a la espera de encontrar normalidad en la vía.

- *“¿Por qué será que siempre las travesías las hacemos de regreso no?”* – pregunté a quienes íbamos en el carro
- *“Cómo van a ser camino al Turco”* – respondió Yalila – *“Tomar una vía alterna nos toma 4 o 5 horas, ¡cuando llegemos ya se acabó la jornada!”*.

La respuesta de Yalila, me volvió a cuestionar sobre la distancia entre mi casa y mi lugar de trabajo, y recordé esta vez desde la autocrítica, que mi elección había sido estar lejos del Turco y las dinámicas de la vía me alejaban más de ahí. Sin embargo, esta vez estaba esperando en calma, no tenía el afán de llegar a casa, aunque me esperaran compromisos en Popayán. Decidí informar a mi familia que demoraba en llegar y había cancelado mi participación en el encuentro con mis compañeros de la maestría. Esta vez me permití esperar a que se abriera el camino y disfrutar la calma que trae consigo, diferente al conflicto que carga sobre mis hombros cada vez que busco abrirme camino en vías no conocidas. Aquel día pensaba que cada minuto que estuviese ahí era una de las consecuencias de mi elección de ser docente de afuera.

Pero como si Mario leyera mis reflexiones internas, me invitó a bajarme del carro por un momento, y caminar hasta la caseta de papas aborrajadas en Pescador, aquellas que me gustan

tanto porque me recuerdan a mi mamá, y donde venden las bolitas de arroz que tanto les gustan, a los profesores de Popayán que viajan el carro de Fercho, quienes hacen su parada casi a diario para consumir este manjar. Paulo también se nos unió y juntos empezaron una corta, pero muy sustanciosa reflexión.

- “En el diálogo entre caminantes” – Dijo Mario (2015b) con una sonrisa entre frases, abriendo sus brazos y mirando asombrado la cantidad de carros que estaban al costado de la vía esperando llegar a casa – “... abandonados a la lentitud del tiempo, una a una, son evacuadas las elucubraciones” (Mario, 2015, p.93).
- *Tienes razón* – le respondí – acumular las caminatas con ustedes ha traído una mirada más consciente de mi realidad como docente del Policarpa Fernández. Y no soy el único que está viviendo esta autocrítica, varios colegas me han dicho que sido una experiencia sensibilizadora de su quehacer en la institución. A veces siento que este es el comienzo en El Turco, de esa educación problematizadora de la que tanto me has hablado, Paulo.
- “La educación problematizadora se hace, así, un esfuerzo permanente a través del cual los hombres van percibiendo, críticamente, cómo están siendo en el mundo, en el que y con el que están”. – Me respondió Paulo (2005, p.64)
- “Ese es el centramiento posterior al descentramiento de la vida ordinaria que activa el caminante”. – Apuntó Mario (2015b) para cerrar la reflexión – “Al final del camino, el viajero llega a casa con plácido cansancio y con claridad mental” (Mario, 2015b, p.93).

Al llegar a la caseta compramos tres papas para uno y las acompañamos de café, continuando la reflexión sobre la conciencia del ser en el caminante, y sin buscarlo, terminamos

configurando conceptualmente la propuesta que habíamos empezado a caminar desde la reflexión aquella que trajo a nosotros la fotografía del estudiante en botas presentando su cartilla.

Las caminatas que se habían motivado en nosotros como profesores del Policarpa Fernández durante el confinamiento de nuestros estudiantes habían cobrado sentido en mis conversaciones con el profesor Alfonso (2021), quien me había motivado a caminar los territorios desde un mapa personal y colectivo. Y Mario (2015a, 2015b) me había permitido comprender que por un lado un mapa individual, lleva a la conciencia de cómo el recorrido se realiza al ritmo de emociones individuales, por otro lado, un mapa colectivo se constituye no solo por ser un recorrido acompañado sino por la misma interacción con el territorio, donde se hace conciencia de una forma de sentirlo colectivamente. Sus reflexiones también me habían enseñado que el efecto individual de las cartografías curvas, es fortalecer el carácter personal y el efecto colectivo es afirmar lo que él llama autoestima cultural de los pueblos andinos.

Toda esta praxis llegaba a nosotros al calor de un tinto bien cargado con papa aborrajada, y al terminarla pedimos otras más para llevar a nuestras compañeras del carro porque nos percatamos que el tráfico empezaba a circular de nuevo. Volvimos al carro y empezamos a avanzar, pero la reflexión también seguía su curso, Paulo (1997) había tomado la palabra y nos invitaba a pensar el reconocimiento de los territorios, en este caso de la vereda El Turco, pero también desde y con quienes habitamos ahí. Él nos decía que un proceso de reconocimiento territorial debe tener en cuenta una relectura de los territorios más crítica y menos ingenua, es decir una relectura desde, como les llamó: los “no-yo personales”, que en primera instancia son padres, madres o hermanos, pero que se extiende a todas las personas con las que coexistimos en los territorios y quienes también son importantes en la construcción de la identidad territorial.

Luego de escuchar a Paulo (1997) y recordar las caminatas que hasta ahora acumulábamos entre profesores, comprendía que caminar el territorio de la I.E. Policarpa Fernández es una apuesta para la apertura al diálogo de saberes, entendiendo que cada integrante de nuestra comunidad posee sentires propios, y bajo esta idea del encuentro en la lectura de los territorios, se entiende que los sentidos de pertenencia y de referencia territorial de cada persona resultan fundamentales en la configuración de la identidad. Luego de unas horas, a lo lejos divisé Popayán y, aunque había sido un día trajinado, como decía Mario (2015b) sobre el caminante, regresé con un plácido cansancio, pero sobre todo con una gran claridad mental.

2.5.El árbol del Parque Caldas.

Caía la noche en la ciudad blanca, como conocen a la capital del departamento del Cauca, y sus gentes se movían en diferentes ritmos atravesando el parque Caldas, mientras tanto otros como yo, nos sentábamos en las bancas o cualquier otro lugar donde pudiéramos descansar.

Aquel día, venía a pasos lentos desde la facultad de educación de la Universidad del Cauca rumbo a mi casa en el suroccidente de la ciudad, y busqué tomar un descanso ahí, no porque fuera obligatorio, pero la magia del parque Caldas me atrapa cada vez que paso, está en sus árboles, luces, y diseño arquitectónico, un claro ejemplo de coexistencia entre la naturaleza y las urbes modernas. No solo me detuve para descansar, sino porque disfruto estar ahí, ver las palomas volar, buscar algún conocido con el cual poder empezar una conversación, o sencillamente contemplar el tiempo pasar, porque al estar ahí permite a los caminantes hacer una parada y recargarse para continuar.

Me había detenido frente a un árbol de gran inmensidad, con tonalidades apenas perceptibles porque el atardecer de aquel día había cobijado con su rojos y naranjas todo el parque, entremezclándose con el ámbar característico que regalan las bobillas cuando empiezan a encenderse. Pero estar frente a la inmensidad de ese árbol me recordó el paisaje de Santander de Quilichao, y viajé por un instante al árbol que está en la colina de la vereda El Turco, donde suelo

Figura 24

La noche cae en el parque Caldas



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en enero de 2018. Se alumbran los faroles y la noche se anuncia.

subir a descansar, tomar la sombra y contemplar las tonalidades azules, verdes, amarillas, cafés y ocre de las montañas caucanas en esta zona del país.

De paso por el parque estaba Fernando (2016), un paisa que había conocido en las bibliotecas del mundo unos meses atrás reflexionando sobre el acto de andar a pie. Por eso, al verme en la contemplación del árbol, se acercó a saludarme y nos regalábamos unos minutos de reflexión que empezó con sus particulares preguntas existenciales.

Figura 25

El árbol del Turco



Nota. Recuerdo la fotografía tomada por Sofia Blanco en agosto de 2022. Aquel árbol de la vereda El Turco, en Santander de Quilichao, un árbol que resiste al paso del tiempo.

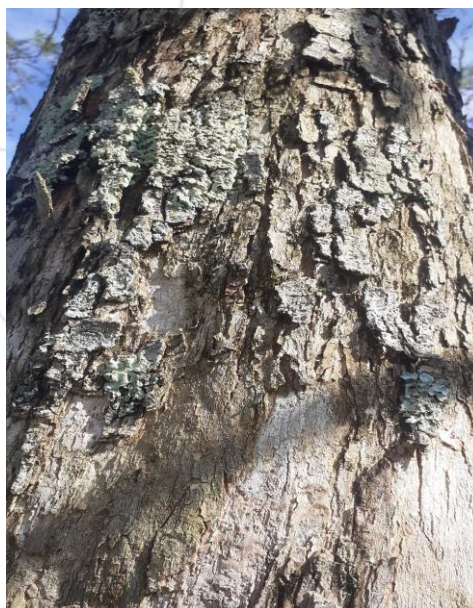
- “¿Sabéis cuál es la verdadera definición de belleza?” – Me dijo Fernando (2016) sentándose a mi lado.
- “*Este árbol*” – le contesté sin dudarlo mucho.
- “Bello es todo lo que nos incita a poseerlo”. – Continuó Fernando (2016) mientras se acomodaba en la banca junto a mí – “¿Cuán lejos de la verdad están las definiciones que hacen consistir la belleza en la contemplación desinteresada! Deseable es lo que emerge, lo activo en potencia que nos invita a fecundarlo” (Fernando, 2016, p.180).

Aquel árbol era bello y se había convertido en mi objeto de contemplación, su forma y sus colores ya no eran los mismos de aquellos árboles que le acompañaban, ahora era mi árbol en el Parque Caldas el que me conectaba con el árbol en la colina de la vereda El Turco. Dos elementos que poseía desde la contemplación, que hacía míos en el derecho que me daba haberme detenido y mirarlos.

A lo largo de mi vida en Popayán, había poseído elementos que despertaban mi ser en el territorio payanés, sus calles eran mías y gozaba caminar por ellas contemplando el sector histórico, los barrios de la periferia, los barrios centrales, sus monumentos, sus edificios, sus parques, sus gentes, sus luces y sobre todo sus atardeceres,

Figura 27

Poseer



Nota. Recuerdo la fotografía tomada por Valentina en agosto de 2022. Frédéric (2014) nos enseñó que poseemos desde la contemplación.

Figura 26

Contemplación



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en enero de 2018. Es imposible estar solos cuando caminamos. Así son mis postales de contemplación en mi ciudad natal.

esta ciudad era mi territorio. Mi retina se había acompañado de una cámara fotográfica que guarda como tesoros las postales de aquellos elementos de contemplación.

Sin embargo, son pocos los elementos que poseo en la vereda El Turco, me pregunto: ¿Por qué mi lugar de trabajo en Santander de Quilichao, a pesar de sus paisajes, no me lleva a la contemplación y poseer el territorio? Aproveché la presencia de Fernando (2016) y le abordé con esa pregunta que él mismo había suscitado.

- “La vida es movimiento causado por los tres grandes factores llamados hambre, amor y miedo”. – me respondió Fernando (2016) con una sonrisa en medio – “Todos los demás están comprendidos allí. Consideremos, pues, al hombre en sus tres aspectos de hambriento, amante y miedoso. Toda la invención y toda la ideología humana caben aquí, en estas tres casillas” (Fernando, 2016, p.116).

Su respuesta propició un frío en mi cuerpo, sentía como si una revelación cubriera las fibras de mi ser y la verdad dicha de frente me dejara perplejo. Fue una respuesta contundente brindada con la elegancia discursiva y la metáfora filosófica que Fernando (2016) escondía en sus reflexiones profundas. Había conmovido mis entrañas y revuelto las mismas, esa sensación que se experimenta cuando la verdad te ha confrontado. Entendí que el hambre me había movido a estar trabajando en Santander de Quilichao y luego el miedo me había mantenido ahí, pero el amor aún no había brotado. Y esa respuesta me llevó a pensar en cada miembro de la comunidad educativa donde trabajo, y empecé a identificar a muchos con hambre, otros con miedo, pero muy pocos con amor.

Éramos hombres y mujeres con hambre, algunos trabajábamos para recibir un salario mensual que llenara nuestras alacenas, otros estudiaban porque sus familias recibían una mesada del programa nacional familias en acción, y otros sencillamente porque el programa de

alimentación escolar (PAE) funcionaba en el colegio. Aunque veníamos de veredas como El Llanito, Caloteño, Nuevo San Antonio, El Turco, Bonanza, Las Vueltas, Nueva Colombia, Canoas, Nacadero, Tres Quebradas; Parnazo, Agua Blanca, Arbolito, Arauca, Buena Vista o Nuevo San Rafael, y de las cabeceras municipales de Santander de Quilichao, Popayán, Puerto Tejada, Suarez y Jamundí, teníamos en común el hambre.

Pero también éramos hombres y mujeres con miedo porque ¡Seguimos ahí!, como aquel árbol que contemplaba con Fernando (2016) en ese momento, que resistía aferrado a sus raíces a pesar del tiempo y los cambios. Sin embargo, era notoria la diferencia que tenía él con nosotros, estaba aferrado a su territorio, el parque Caldas hacia parte de su identidad y se aferraba a él desde sus raíces. Por otro lado, nosotros solo estábamos de pasada la vereda El Turco y su colegio unas horas, pero no echamos raíces, no lo hacemos parte de nuestra identidad.

Figura 28

Estar en el colegio



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en febrero de 2019. ¿Por qué estamos o seguimos ahí?

En ese momento de contemplación y reflexión, pensar en el miedo trajo a mí el recuerdo de tantas voces de colegas, estudiantes y directivos que también han hablado desde el miedo, a perder la comida o el trabajo, a no tener mejores oportunidades, a desestabilizarse o a demostrar su ser en nuestra comunidad educativa. Recuerdo que al preguntarles porque seguir en el colegio me respondían:

– “*Si no vengo nos quitan familia con acción*” – Empezaron a retumbar en mi mente las palabras de Laura.

– “*Si me quedo en la casa, me toca trabajar en la finca, ¡que pereza!*” – Escuché a Widinson.

– “*Prefiero venir así enferma hoy porque necesito que me autoricen un permiso para la otra semana*” – Se unió Ana.

– “*Está complicado encontrar una plaza buena más cerca a Popayán*” – habló Yalila.

– “*Y qué más hago por acá, profe*” – recuerdo a Eyner.

– “*Mi mamá me manda*” – decía Jhon Edison.

– “*Unos añitos más, mientras uno se arregla, paga deudas y listo*” – decía Fercho.

– “*Pues porque tengo dos hijos que alimentar*” – recuerdo a Francisco.

Aturdido por el recuerdo en mi mente de las voces en las que gobernaba el hambre y el miedo para decidir estar en el colegio, me pregunté por el amor. Así que aproveché la presencia de Fernando (2016) para buscar en sus reflexiones una esperanza de amor, que me conectara a la I.E. Policarpa Fernández, a su territorio y a su comunidad.

- “*¿Cómo llegar al amor por aquel que es nuestro lugar de trabajo o lugar de estudio?*”, le pregunté.

– “Es que el amor es el negocio esencial” – Respondió Fernando (2016) luego de tomarse unos minutos para pensar su respuesta – “...el afecto filial, el sentimiento de honor, las ideas, son accesorios lujosos, lo mismo que los pétalos: lo esencial es el pistilo y el estambre. ¡El amor! Todo está en los actos; no se debe hablar” (Fernando, 2016, p.56).

Efectivamente, el amor no estaba en las voces sino en los actos y fue luego de varios minutos de reflexión que entendí que para Fernando (2016) leer al hombre desde el amor, no era más que una referencia a la búsqueda consciente del ser, aquel sentir que te une a la espiritualidad, a una persona, a una comunidad, a un territorio y a ti mismo. Por eso recordé las reflexiones sobre la conciencia del ser en las conversaciones que tenía con Alfonso, Ana María y Diego y otros compañeros más de la maestría en educación popular.

Recordé como Alfonso (2021) me había hablado de la exploración del cuerpo en el territorio como proceso descolonizador; Ana María me invitaba a repensar la comunidad desde la diversidad identitaria y Diego me había enamorado de su propuesta de pedagogía de lo ahumado como una metáfora clara a repensarnos nuestras propias formas territoriales de aprender y enseñar.

Recordar a mis compañeros y sus reflexiones me llevó a comprender que un camino hacia el ser desde amor en la I.E. Policarpa Fernández, estaba en una acción sobre nuestros cuerpos en el territorio desde la diversidad identitaria que nos caracterizaba donde nos invitamos a pensar nuestras propias formas de enseñanza y aprendizaje. Queriendo llegar a una comprensión más detallada, pregunté a Fernando (2016):

–“¿Qué acción nos permitiría adentrarnos a la conciencia del ser en el territorio como comunidad educativa?” – le dije.

Figura 29

Caminando la palabra



Nota. Recuerdo el collage de mi autoría creado en 2022, al que titulé *Sancocho en la leña del saber*, una lectura de los encuentros virtuales entre compañeros de maestría en educación popular desde los que nos pensamos el ser.

– “Cada individuo tiene su ritmo para caminar, para trabajar y para amar”. – Respondió contundentemente Fernando (2016, pp. 35-36).

– “¡Claro!” – grité chocando mis palmas entre sí mientras me levantaba de la banca apresuradamente – “... *cada integrante con su ritmo, hay que caminar también con los estudiantes, Fernando*”.

Mientras las palomas empezaban a guardarse en la Torre del Reloj, los trabajadores informales recogían sus puestos de trabajo, los pensionados empezaban a levantarse de sus sillas y los caminantes cruzaban más a prisa el parque, nosotros parecíamos detenidos en el espacio-tiempo de la reflexión, mi cuerpo tenía la sensación de que cada minuto marchaba con una gran lentitud, ahora el tiempo se marcaba al ritmo de las preguntas y las respuestas. La lucidez que había traído la conversación se había fundido en la contemplación de aquel árbol, que ahora miraba con la esperanza de un posible cambio del ser en el territorio de la I.E. Policarpa Fernández.

Las conversaciones con mis colegas como miembros de la comunidad, los compañeros de la maestría y los maestros teóricos habían llevado esta caminata a pensar el sentido de la educación rural como un espacio donde se convive en función del encuentro con lo altero, rescatando el papel de las comunidades, del territorio y del acercamiento al conocimiento desde lo local.

Cada encuentro me invitaba a pensar la comunidad educativa de la I.E. Policarpa Fernández, desde la reflexión del ser en el territorio y el encuentro con la alteridad, una toma de conciencia pensada desde los cuerpos en el territorio como principio decolonial, preguntándonos ¿Qué reflexiones comunitarias sobre ser en el territorio se propician desde la construcción de cartografías curvas con integrantes de la comunidad educativa sede principal Policarpa Fernández, ubicada en la vereda el Turco del municipio de Santander de Quilichao (Cauca, Colombia)?

3. Diario III: Praxis: Reflexionar para caminar

*Reflexión sobre los ritmos y las velocidades,
la conciencia de las mismas*

3.1. Antes de andar a píe

El despertar del 22 de febrero de 2022 traía consigo las gotas de rocío sobre el Nissan que anunciaban un día frío en Popayán, eran las 5:40 a.m. y debía emprender mi recorrido hacia la vereda El Turco, como ya era habitual desde hace más de 4 años. Una rutina que seguramente había habituado mi cuerpo al ritmo de un docente aventurero, siendo capaz de viajar todos los días de mi ciudad natal, hacia la zona rural que me ofrecía un lugar de trabajo desde el 2018.

–*“No soy docente aventurero”* – replicó mi voz escrita en los diarios de campos unos días después – *“Más bien son 4 años de recorridos inciertos en el que mi cuerpo ha sufrido las consecuencias de tanta viajadera”*.

El recorrido empezó y la neblina se despejaba poco a poco mientras el Nissan recorría las calles payanesas recogiendo a los profesores que trabajarían aquel día en la I.E. Policarpa Fernández o *el “Loquifer”*, como la habíamos apodado algunos de nosotros, debido a las constantes sorpresas tan difíciles de creer en un mundo racional, pero que eran posibles en la lógica Polifer, una abreviatura coloquial que utilizamos estudiantes, padres de familia, profesores, directivos y comunidad en general para referirnos a la I.E. Policarpa Fernández, primeramente, utilizada por la comunidad para diferenciarla de la I.E. Policarpa Salavarieta con la cual era confundida.

En la radio, Julio Sánchez Cristo anunciaba que Putin, presidente de Rusia, reconocía la independencia de las regiones ucranianas de Donetsk y Lugansk, ordenando a sus fuerzas

militares entrar a las regiones separatistas. – “¡Ese presidente está loco!” – replicó la profesora Yalila, abriendo el debate político en el Nissan con quienes estábamos ahí.

Figura 30

Alejandra, rápida y furiosa



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Alejandra en octubre de 2019. Alejandra era la profesora de español con quien viajábamos hasta el 2020. Con ella manejando nos demorábamos en llegar al colegio una hora y diez o menos, por ello tenía la fama entre colegas, de ser rápida y furiosa en las vías. Pero cuando su plaza la escogieron en el concurso docente del 2018, se marchó y, por ende, tuve que aprender a conducir carro para ser ahora quien transportara a mis compañeras.

Sin embargo, en el clímax de nuestra conversación, Julio nos interrumpió – “...son las 6:20 de la mañana y ustedes escuchan la W radio” – ¿las seis y veinte y no salíamos de Popayán aún? Lo que pasara con Ucrania, Rusia o Estados Unidos perdió relevancia, era lo que menos nos importaba en ese momento, nos quedaba una hora y diez para estar en nuestro trabajo y era un recorrido que normalmente sin eventualidades en la vía, nos tomaba una hora y cuarenta. Así que inexperto aún en la técnica de la conducción, cambié el dial de la emisora hasta encontrar una buena salsa, subí el volumen y pretendía armarme de valor para conducir a velocidades que aún no conocía.

Sonaba Aguanilé, pero versionada por Mark Anthony, y aunque nunca me ha gustado esa versión, mi cuerpo se soltó al ritmo de las congas y timbales, mi espíritu salsero había tomado el timón y golpeaba el volante como percusionista en un gran concierto de Lavoe, mientras pisaba el acelerador a fondo sin darme cuenta que estaba perdiendo el miedo a la vía, o quizás despojando el miedo a perder la vida. (Anotación de diario de campo, 22 de febrero de 2022)

Figura 31

Al volante



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Adriana en octubre de 2023. Estar al volante es la responsabilidad de cuidar la vida de quienes transportas, pero también implica tener el poder sobre el futuro inmediato de tus colegas.

Ya en carretera, algunos dormían mientras otros intentaban conversar a pesar de estar atentos de la vía en todo momento, eran copilotos sorprendidos por el ritmo de aquel día. Sin embargo, en aquella situación el Nissan se movió más rápido de lo que habitualmente lo hacía, todo porque debíamos llegar a tiempo al colegio y por primera vez, desde que lo conducía, alcanzó los 110 km/hora. –“*Ahora Jesús cogió confianza, Ana*” – decía la profesora Yalila – “...*menos mal ya con Alejandra estábamos purgados*”. – Comentario que desató una cadena de risas recordando aquellos tiempos en los que viajábamos a las velocidades de Alejandra, pero que me hizo preguntarme por qué estaba conduciendo tan rápido.

Frédéric (2014) a quien también había recogido en el camino, no porque fuera un profesor del colegio sino porque lo había invitado a conocerlo, parecía leer mis pensamientos y con pretensiones claras de reflexión, porque era quien nos apoyaría filosóficamente en la propuesta que teníamos de andar a pie los territorios con los estudiantes, nos dijo,

– “... la ilusión de la velocidad consiste en creer que te hace ganar tiempo. A primera vista el cálculo parece sencillo: hacer las cosas en dos horas en lugar de tres, ganar una hora. Es un cálculo abstracto, sin embargo: se hace como si cada hora del día fuera la de un reloj mecánico, absolutamente igual” (Frédéric, 2014, p.31).

Era claro lo que pretendía Frédéric (2014), una invitación a pensarnos nuestros ritmos, y en consecuencia nuestros tiempos. Para el Nissan la velocidad no era un problema, estaba capacitado con un motor de 1.6 cc para alcanzar velocidades incluso de 175 km/h, pero la ilusión de velocidad a la que se refería no era la del carro, sino la yo llevaba como conductor, pues pretendía recorrer una distancia en una hora y diez minutos, que al ritmo habitual en que conducía, me tomaba una hora y cuarenta minutos.

Por eso, después de ya unos meses de manejar el Nissan era la primera vez que me preguntaba por mi velocidad, pero comparándome con la velocidad de Alejandra, - *¿por qué sería que Aleja manejaba tan rápido no?* – pregunte a todos, y la profesora Ana que ya llevaba mucho

Figura 32

Ilusión de velocidad



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Yalila en febrero de 2022. De camino al trabajo, cuando el conductor, fuera quien fuera, lleva los motores a su máximo, las miradas entre compañeros comunican la angustia por el devenir, pero el silencio otorga la aprobación a estas acciones.

tiempo en las vías atinó a responder algo que hasta hoy me sigue cuestionando – *Se conocía muy bien la vía, entonces le perdió el miedo.*

Ante esta respuesta Frédéric (2014) respiró profundo y mirando por la ventana el paisaje de Pescador, continuó con la reflexión:

– “... la precipitación y la velocidad aceleran el tiempo, que pasa más deprisa, y dos horas de prisas acortan una jornada. Cada instante se rompe a fuerza de segmentarlo, de llenarlo hasta reventar, en una hora se amontonan muchísimas cosas” (Frédéric, 2014, p.31).

En nuestro caso, ya habíamos amontonado solo aquel día, dos grandes sustos intentando adelantar las filas de tractomulas que como es costumbre circulan en la vía panamericana. Eran los dos primeros sustos en casi 4 meses de conducción, porque había cambiado mi ritmo. En el afán de obtener velocidad y reducir el tiempo de desplazamiento me creí capaz de adelantar una, dos o hasta tres tractomulas de “un solo tiro”, la paciencia que me caracterizaba en la marcha, ya no estaba.

- “¿Cómo es posible que aquello a lo que nos acostumbramos y pensamos conocer, nos otorgue el poder de arriesgar la vida de otras personas?”. – Me preguntaba mi yo de los diarios de campo –. “¿Cómo es posible que el miedo al escarnio sea más grande que nuestro miedo a morir?” –.

Y es que, evidentemente, mi ritmo había sido cambiado por el miedo de encontrarme con el coordinador a la entrada del colegio, pues acostumbraba a cerrar el portón muy a las 7:30 a.m. y aquel que llegara después de esta hora, estudiante o profesor, quedaba en evidencia ante la comunidad como quien llega tarde, sin importar las circunstancias o razones que lo provocaran.

A las velocidades que había alcanzado solo pensaba en la cara del coordinador, en ese momento era mi opresor, pero ¿qué diferencia tenía yo en ese momento con el coordinador?

Paulo Freire (2005), quien también viajaba con nosotros, como siempre leía mis pensamientos y en un comentario certero homologó las acciones del coordinador y con las mías en ese momento. – “En vez de buscar la liberación en la lucha y a través de ella, tienden a ser opresores también o subopresores” (Paulo, 2005) – Dijo saliéndose un poco de la silla trasera hacia el puesto del conductor, para estirar un poco luego de varios minutos de viaje en la mitad del sillón, aquel puesto del que muchos huíamos al quedar limitados en nuestros movimientos corporales por lado y lado – “La estructura de su pensamiento se encuentra condicionada por la contradicción vivida en la situación concreta, existencial, en que se forman” (Paulo, 2005, p.26). Exactamente, eso era yo en ese momento, un oprimido con el poder de manejar un vehículo y con ello creerme en la libertad de oprimir, a mis velocidades, las vidas de mis compañeros de viaje.

Y es claro que poco sirvió aumentar la velocidad en carretera, pues al tomar el cruce de Tres Quebradas y empezar a recorrer la zona rural que nos conducía hacia la vereda El Turco, mi inexperiencia de entrada golpeó al Nissan, entonces comprendí que un recorrido en trocha no se puede realizar con el mismo ritmo que en carretera, la trocha exige pausa, pensar detenidamente en las particularidades del vehículo que te conduce hacia tu destino y contrastarla con las condiciones de la vía.

Figura 33

Por el cruce de Tres Quebradas



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Francisco en mayo de 2024. Un amanecer despejado en Popayán, muchas veces auguraba lloviznas y neblinas al tomar el desvío por el cruce de Tres Quebradas.

Al entrar a la trocha entendí las gotas de rocío sobre el Nissan a las 5:40 a.m. en Popayán, no anunciaban una mañana fría en mi ciudad, de hecho, nunca supe si así fue porque mi cuerpo ya se encontraba en otro municipio. Aquellas gotas anunciaban vientos fríos que venían de algún otro lugar, seguramente del norte, porque precisamente en la noche anterior había llovido en las veredas del sur de Santander de Quilichao, y la vía que debíamos recorrer había sufrido los estragos de una fuerte lluvia sobre ella.

Aquella vía que conocía por más de 4 años, era una vía extraña ese día, no recordaba donde estaban los huecos, no recordaba donde estaban las zanjas, no recordaba las zonas lisas o las firmes, la lluvia había cambiado todo el panorama, así que ya no se trataba de ir más rápido, sino de ir descubriendo la vía, que aparentaba ser nueva sobre caminos viejos, donde poco

importaba ya la hora de llegada, debíamos llegar de alguna manera, pero en buenas condiciones.

Luego de unos minutos de trocha y mucha paciencia al conducir, eran las 7:50 a.m. y de nada había servido ir más rápido en carretera, llegamos 20 minutos tarde, y aunque no perdimos nuestro trabajo ni tampoco nuestras vidas, desperdiciamos la posibilidad de apreciar el paisaje. Frédéric (2014) bajándose del carro nos hizo saber su reflexión del viaje – “...en coche, vemos venir hacia nosotros una montaña. El ojo es

Figura 34

La velocidad y una de sus consecuencias



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Ana en febrero de 2022. El golpe de aquel día provocó un desbalance en las llantas del cual solo nos pudimos ocupar una vez estábamos de regreso a casa al terminar nuestra jornada de trabajo.

rápido, vivo, cree haberlo comprendido todo, haberlo captado todo” (Frédéric, 2014, p.31). - y con ello solo nos hacía caer en cuenta que al cambiar nuestro ritmo habitual y aumentar la velocidad de nuestro recorrido, perdimos la oportunidad de disfrutar el viaje como siempre lo hacíamos. Ese día no jugamos a verificar si la gasolina había subido también en rio blanco, no contemplamos el indescifrable clima de Tunía, no vimos si el Colegio Guillermo León Valencia en Pescador había tenido clases, poco detallamos si los “muchachos” habían salido a comer papas en el puente Pescador, no buscamos al señor que caminaba todos los días por el río ovejas, no constatamos si la señora de los chorizos en Mondomo había vendido ya todo, y mucho menos nos percatamos si “las amigas” estaban de turno en la bomba de Mondomo. Todo el tiempo estuvimos en función de nuestra llegada y solo la inclemencia abrupta de lo rural nos obligó de nuevo a contemplar el paisaje, solo la inclemencia venció nuestro miedo a perder nuestros trabajos.

“El ritmo es tan importante para vivir como lo es la idea del infierno para el sostenimiento de la Religión Católica. Cada individuo tiene su ritmo para caminar, para trabajar y para amar. Indudablemente cuando un hombre y una mujer se atraen, eso se verifica por sus ritmos; es porque unidos son importantísimos para la economía del universo. Por el ritmo podrían calificarse los hombres” (Fernando, 2016).

3.2. Cruzando el portón

Aquel 19 de abril de 2022, al bajar del Nissan y mientras sacaba las maletas del Baúl, me percaté que no éramos los únicos que llegábamos tarde, pues a lo lejos divisé una imagen que ya era reconocible en los 4 años que llevaba en la institución. Una Pulsar NS125 de color negro se acercaba a gran velocidad y a su conductor al parecer no le importaba mucho la neblina ni el estado de la vía, surcaba cada trocha como si fuera un piloto del Rally, pero con una motocicleta diseñada para el asfalto, eran Eyner, Anyelí y dos niños más de primaria.

Eyner, que conducía la motocicleta desde los 11 años, sorteaba en la trocha la vida de su novia y compañera de estudio Anyeli, así como la vida de sus dos hermanos menores. Aunque vivieran en la vereda Caloteño, que quedaba a unos 20 minutos en motocicleta del Colegio en la vía que conduce a Mondomo, era costumbre verlos moverse a grandes velocidades para llegar a clase, pues debían alistar a los hermanos de Eyner y encargarse de organizarse a sí mismos ya

Figura 35

Llegar temprano



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en mayo de 2022

Minutos antes de las 7:30 los estudiantes esperan en el parque, algunos docentes en la tienda de doña Janeth y apenas se mueve para cerrarse es cuando empezamos a movernos para entrar.

que decidido irse a vivir juntos en la casa de los familiares de él, una decisión que afectaba la continuidad escolar de Eyner, porque cuando faltaba era porque estaba trabajando o de caza de torcazas y armadillos para la alimentación de su hogar.

- *¿Vienen otra vez tarde no?* – les recalcó el coordinador parado en el portón apuntando con su dedo índice el reloj de pulso dorado que le caracterizaba – “*¡Caloteño siempre queda lejos,*

¿no “mica”?!” – apodo que había dado Luis a Anyeli por la confianza que se tenían.

- “Eh, profe, pero no saluda” – Respondió Anyeli – ““Buenos días”, se dice”. – mientras lo miraba directamente con los ojos afinados pero acompañada de una sonrisa pícaro.
- “¡Entrá rápido, hombre!” – replicó nuevamente Luis aplicándole un coscorrón cuando ella cruzó el portón.

Ella, al igual que los niños y las niñas del grado noveno, tenía la confianza de responder a su coordinador incluso a modo de chanza. Se habían tomado ese derecho porque habían crecido viendo año tras año al profesor Luis parado en la puerta esperándolos en su llegada al colegio. El coordinador, o Peña como le decían todos los estudiantes, en cada encuentro les brindaba una voz de autoridad, pero siempre acompañada de una chanza, juego, risa o apodo.

Figura 36

Peña el histórico



Nota. Recuerdo la fotografía en mayo de 2022. Peña contaba con gran emoción a sus estudiantes noveno la historia de la I.E. Policarpa Fernández. Su amor por la poesía lo había llevado a volver un poema la historia de la I.E. que se complacía en declamar cada vez que podía.

Si alguien era amigo de los estudiantes era Peña, un hombre que conocía hasta las veredas más remotas de la zona, sabía lo que decían los mayores, reconocía con facilidad a los “muchachos” y pasaba sus días entre su casa en la zona urbana de Santander de Quilichao y la finca que tenía a unos kilómetros del camino del colegio.

Pero si alguien era el juez de los profesores, también era Peña, un maestro que conocía de la región, estaba arraigado

a la Institución, había estudiado como normalista y llevaba más de 40 años como profesor en la vereda, primero como docente en 1975 de la escuela Rural Mixta El Turco la cual existía desde 1910, para luego ser el precursor y fundador del Colegio Policarpa Fernández, siendo un director rural, rector y coordinador a lo largo de todo este tiempo.

Cruzar el portón a la hora de llegada parecía ya un ritual que nos purificaba ante el San Pedro de turno, que casi siempre era Luis, portador de la llave plateada que apertura el candado plateado del portón. Habíamos habituado este acto a nuestra cotidianidad, como si fuera una práctica religiosa, un símbolo de transición de nuestras vidas cotidianas a la vida en el Polifer. Ser estudiante y llegar temprano era evitar el coscorrón y la corrección verbal, encontrar cabida para guardar la motocicleta y sobre todo entrar con la comunidad y no ser individualizado. Así mismo, ser el docente que llegaba antes que Luis, algo muy difícil de lograr, tenía el privilegio de ser visto ante la comunidad como un docente comprometido a la par del coordinador, hijo predilecto Santander de Quilichao que había dedicado su vida al servicio del Policarpa Fernández. Tenía que ser un motivo de fuerza mayor para que Luis no abriera las puertas, inclusive cuando murió su padre, al día siguiente fue a abrir el portón y luego ya fue a su entierro.

Pero el portón cerrado era el símbolo de señalamiento y de opresión. Llegar tarde nos negaba la oportunidad de pasar por las puertas del Paraíso, la gran puerta triunfal con sus dos alas extendidas de par en par que daba ingreso a la comunidad. Al contrario, el pecado de llegar tarde nos conducía a una puerta auxiliar e individual que tenía una de las rejas del portón principal, y

aunque en ella no existe ninguna inscripción, siempre pensé que era la puerta del Canto III del Infierno que Dante describe en la Divina Comedia.

*Por mí se va hasta la ciudad doliente,
Por mí se va al eterno sufrimiento,
Por mí se va a la gente condenada.*

*La justicia movió a mi alto arquitecto.
Hízome la divina potestad,
El saber sumo y el amor primero.*

*Antes de mí no fue cosa creada
Sino lo eterno y duro eternamente.
Dejad, los que aquí entráis, toda esperanza
(Dante, 2012 (1472), p. 49)*

Figura 37

La llave roja



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en septiembre de 2022. En ella está la representación simbólica que hacen los estudiantes de noveno del coordinador Luis Peña en el mapa simbólico que construyeron de su I.E. Para ellos, la llave roja era el elemento simbólico que más lo describía.

Se trataba de la puerta de la muerte, aquella que no se apertura con el candado plateado, sino por la que debíamos golpear para que el Caronte con su llave roja nos permitiera cruzar hacia colegio. No sé si fue intencionalmente que Luis escogió este color para el forro de la llave, pero marcaba el destino de esta puerta. Nuestra alma pagaba al Caronte la cuota para cruzar, no una moneda como en la antigua Grecia, sino que nuestro cuerpo le concedía sumisión, cuerpos apresurados, que permitían coscorriones, cabezas agachadas o evasiones de mirada. Al recorrer los espacios del colegio, Anyeli fotografió el portón y explicando su fotografía, decía que encontrar el protón cerrado para ella un símbolo de estar encerrados en una prisión, que las personas de afuera eran libres y que le gustaría estar con ellas.

- *“No recuerdo haber llegado nunca tan temprano desde que manejo yo”* – le dije a quienes por viajar conmigo, también habían llegado tarde aquel día –, *“...pero en algunas ocasiones cuando viajaba con Alejandra y estaba poseída por un espíritu de fórmula 1, lográbamos llegar solo unos minutos antes que Luis, y bajándome del carro, lo lograba ver llegando a gran velocidad, surcando la trocha como lo hizo Eyner, de hecho, como lo hacen muchos de acá”*.

- *“Son raros los casos de campesinos que, al ser “promovidos” a capataces, no se transformen en opresores”* – respondió Paulo (2005) a mi comentario, haciendo una analogía del coordinador que fue profesor con la de un capataz que fue campesino, mientras miraba a Luis con la sonrisa que le caracterizaba antes de abrir una reflexión –*“...más rudos con sus antiguos compañeros que el mismo patrón. Podría decirse —y con razón— que esto se debe al hecho de que la situación concreta, vigente, de opresión, no fue transformada”* (Paulo, 2005, p.27).

Con sus palabras, Paulo nos invitaba a reflexionar nuevamente sobre la acción opresora de alguien que también es oprimido, lo cual, no solo aplicaba a Luis, sino a las prácticas docentes de muchos en el Policarpa Fernández, incluyéndome antes de conocer a Paulo. Prácticas opresoras

Figura 38

El portón cerrado



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Anyeli en mayo de 2022. El símbolo de encierro y limitación de la libertad que expresaban los estudiantes aferrados a sus mallas mirando hacia afuera.

que nacían de docentes que eran oprimidos y que, con miedo a la normativa, la sanción o la estigmatización, se convertían en opresores en su lugar de poder, el aula de clase, aquellas puertas cerradas, de ventanas enrejadas y pupitres individuales.

- *“No somos diferentes al coordinador”* – replicó mi yo de los diarios de campo refiriéndose a los profesores – *“Muchos de nosotros somos oprimidos acomodados que sentimos poder en las aulas y nos adueñamos de las prácticas pedagógicas siendo opresores de los estudiantes al sentirnos dueños del conocimiento”*.
- Ante lo cual, “Los oprimidos, acomodados y adaptados, inmersos en el propio engranaje de la estructura de dominación, temen a la libertad, en cuanto no se sienten capaces de correr el riesgo de asumirla”. – completó la reflexión Paulo (2005) – “La temen también en la medida en que luchar por ella significa una amenaza, no sólo para aquellos que la usan para oprimir, esgrimiéndose como sus “propietarios” exclusivos, sino para los compañeros oprimidos, que se atemorizan ante mayores represiones ” (Paulo, 2005, p.28).
- “En primer lugar, está la libertad suspensiva”. – gritó Frédéric (2014, p.9) luego de oírnos y no dijo nada más, cruzando con prisa el portón para ingresar al colegio.

Había escuchado unos días atrás a Frédéric (2014) hablar de la libertad suspensiva, aquella que nos brinda la acción de dar un simple paseo dejando atrás todas las preocupaciones o problemas, es el acto simple de salir y caminar y pensar en otra cosa. Por eso me pregunté si acaso todo esto era para él un paseo, porque ninguno de nosotros entendió su comentario en ese momento, pero cobraría mucho sentido horas más tarde.

Todos los demás que viajábamos en el Nissan atravesamos el portón, algunos disculpándose con el profesor Luis por la tardanza y otros solo saludando. Era evidente que nuestros cuerpos cambiaban cruzando la puerta cuando Luis estaba en ella, veía cuerpos tensionados, cabezas cabizbajas, pasos apresurados e incluso manos temblorosas. Al entrar, lo saludé, asumiendo la responsabilidad de la tardanza, pues yo era el conductor, pero al parecer él estaba más inquietado por Frédéric y su comentario, por ello me preguntó quién era y por qué estaba en el colegio. Por eso le dije que él nos ayudaría con las caminatas para comprender las lecturas del “ser” en el territorio desde su reescritura. Buscábamos un diálogo de saberes en la construcción de cartografías curvas con integrantes de la comunidad educativa y que por eso me acompañaban también muchos otros amigos de la vida académica.

Figura 39

Una fuente fiel



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en junio de 2022. Luis, se convirtió en una de las fuentes más consultadas por los estudiantes para conocer sobre su colegio y las veredas que lo rodean, por eso en varias oportunidades acudieron a él para entrevistarlo.

– “*Bacano, profe*” – comentó Luis luego de escucharme – “...*en lo que pueda ayudarle con gusto. ¡Ya le comentó al rector!*”.

- “*¿A cuál’, ¿ya tenemos?*” – pregunté un poco confundido
- “*Está hablando con él*” – respondió Luis con orgullo.

Llevábamos ya varios meses sin rector debido a las diferentes problemáticas administrativas surgidas durante la pandemia, el rector titular había contraído COVID-19 y estaba de licencia. Por lo que la secretaría de educación departamental solicitó al coordinador Luis Peña

ser rector encargado hasta que se definiera este cargo para el colegio, algo que no sucedió sino unos años después. En cierta medida era una decisión que traía un poco de alivio porque Luis era uno de los docentes que mejor conocía el territorio, así que contar con su aprobación era también contar con su participación activa en el proceso, por ello lo felicité y salimos camino a sala de profesores.

Figura 40*Alejado del portón*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomo Esneider en abril de 2022. Retrató a Luis un tiempo después de terminar su labor en la portería, ahora dirigiéndose a sala de profesores. Acompañado siempre de algún canino, porque era quien se preocupaba incluso por la alimentación de ellos

3.3. Esmeralditis

Frédéric y yo, entramos a la sala de profesores, aquel lugar que se había convertido en un símbolo de encuentro entre colegas, un espacio para el diálogo con quién estaba dispuesto a ello o para seguir con las miradas a quien prefería ignorar tu presencia ahí. Ahí nos encontramos como docentes, nos vemos, nos sentimos y nuestros cuerpos comunican nuestras afinidades como compañeros. Sin embargo, solo tomé conciencia de la importancia de una sala de profesores para fuerza profesoral, cuando años más tarde nos fue arrebatada para ser convertirla en salón de clase, y con ello llegó el individualismo y el aislamiento de muchos colegas.

Pero ese 02 de mayo de 2022, aún teníamos sala de profesores y al ingresar en ella nos encontramos con la grata sorpresa que Alfonso y Mario nos estaban esperando ahí, y descansando en mi escritorio habían estado conversando con mi compañera Esmeralda, que también conocía de la educación popular y a quien le llamó la atención ojear los libros que estaban en mi escritorio sobre mapeo curvo.

- *“Interesante trabajo, compa”* – me dijo Esmeralda al verme llegar – *“...en mi tesis también caminé con los indígenas Nasa, pero los de López Adentro”*.

Figura 41

La sala de profesores



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Luis en octubre de 2021. En aquel espacio se vivían diálogos íntimos, académicos y pedagógicos entre colegas en la coincidencia de horas libres. Era el mejor espacio para acercarse y vivir el colegaje.

- *“Esa es la idea, compa” – le contesté – “...queremos hacer cartografía curva, por eso están aquí Mario y Alfonso, que seguro ya se presentaron. Y él es Frédéric a quien le encanta reflexionar sobre el andar a pie”.* – le señalé a Frédéric.
- *“Un gusto” – saludó Frédéric estrechando su mano.*

Figura 42

Mapear curvamente



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Francisco en septiembre de 2023. La práctica de mapeo curvo de las veredas quedó como parte de nuestra cotidianidad pedagógica.

- *“Me hiciste acordar del trabajo que hicimos en López”– continuó Esmeralda.*
- *“¿Cómo así?” – le pregunté*
- *“Se logró hacer un ejercicio de tratar de entender su manera de ver el mundo, e iniciar los primeros pasos, entre cruzar los hilos para aprender a tejer y destejer” – dijo*

Esmeralda (2018), hablando de su trabajo a todos los que estábamos en sala – *“...fue andar los caminos de los espíritus guiado por el The´Wala”* (Esmeralda, 2018, p.41).

- *“Exacto, andar los caminos es mapear curvamente” – le respondí – “...permite una relectura en la comprensión cartográfica plana de los territorios, permitiendo la inclusión de aspectos políticos, sociales, raciales, culturales, emocionales o de género, por ejemplo”.*

- “El mapa curvo” – continuó explicando Alfonso (2019) – “...es un elemento epistémico en tanto imagen para la aprehensión de las relaciones que estructuran la realidad tanto simbólica, cognitiva, visible-invisible, psicológica, emocional y cultural en genera” (Alfonso, 2019, p.39).

- “Curvas” – irrumpió animosamente Mario (2015a) en la conversación – “...curvas que dotan los mapas de elementos ‘micromoleculares’ y de otras dimensiones capaces de dar cuenta de una manera no logo-centrada del lugar de enunciación y del pensamiento crítico propio” (Mario, 2015, p. 194).

Figura 43

Caminar como práctica pedagógica



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Anyeli en agosto de 2022. Caminar los territorios nos pone en una relación horizontal a todos los partícipes de un proceso de enseñanza y aprendizaje.

La conversación del tema, se extendió por lo que restaba de la primera hora de clase, dialogamos sobre cómo la construcción de mapas curvos invita a la lectura crítica de los territorios, y en nuestro caso una relectura que presenta una visión más completa de nuestras realidades localizadas. Le explicábamos a Esmeralda que la elaboración de cartografías curvas tiene como base el viaje y el caminar como práctica estética, en ese sentido se da fuerza a la sensibilidad desde diferentes sentidos corpóreos y por ello buscábamos propiciar

el diálogo de saberes en el levantamiento y elaboración de cartografías curvas de los territorios habitados con integrantes de la comunidad educativa.

-“Pensar caminando, caminar pensando”, – dijo Frédéric (2014) – “...y que la escritura no sea sino la pausa ligera, como descansa el cuerpo que camina mediante la contemplación de los grandes espacios” (Frédéric, 2014, p.21).

Esa era nuestra apuesta, caminar los territorios también como práctica pedagógica, una propuesta de liberación de las prácticas que hasta ahora veníamos realizando en nuestra institución, por eso es fundamental analizar la reescritura del territorio y las lecturas del ser que emergen frente a las construcciones cartográficas, para posteriormente caracterizar las lecturas de “ser” en el territorio que realizamos integrantes de la comunidad educativa desde las cartografías curvas.

- “La investigación temática se hace, así, un esfuerzo común de toma de conciencia de la realidad y de autoconciencia” – dijo Paulo (2005) entrando a la sala de profesores con un café en su mano – “...que la inscribe como punto de partida del proceso educativo o de la acción cultural de carácter liberador” (Paulo, 2005, p.91).

- “*¡El viejo Paulo!*” – se emocionó Esmeralda al reencontrarse con aquel que había dialogado tanto unos años atrás en su trabajo con el pueblo Nasa. – “*¡Qué bueno encontrarte también por acá!*”.

Paulo, se había tomado unos minutos para entrar a sala de profesores, porque cada vez que tenía la oportunidad de visitar nuestro colegio, primero se acercaba por un café donde doña Janeth, era una práctica aprendida de casi todos nosotros los profesores que viajábamos de Popayán, nuestro primer encuentro con la comunidad en El Turco era a través del café de doña Janeth, aquel que nos quitaba el frío de la madrugada, con el que desayunábamos y buscábamos recárganos para empezar nuestra jornada.

Así entonces, luego de tomar un sorbo de café, Paulo siguió conversando sobre la importancia del diálogo de saberes en nuestro trabajo, un principio base en la relectura de los territorios, y sacando el libro de bolsillo que lo acompañaba a todos lados, recordó las palabras de su amigo Fiori, invitándonos a pensar en los territorios como espacios que se construyen en el encuentro con lo altero y, por lo tanto, espacios que necesariamente invitan al diálogo.

Figura 44

Esmeralda en diálogo



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en junio de 2022. Esmeralda siempre estaba abierta al diálogo, “*vacano, ¿sabes?*”, recuerdo que decía cuando una interlocución llamaba su atención. En aquella ocasión, dialogaba con los estudiantes de noveno sobre la historia del colegio y la identidad institucional.

constituían la base para la propuesta que estábamos caminando. Ya no era un concepto romántico y académico que escuchaba cada tanto en mis clases de Educación Popular, ahora lo estaba caminando con nuestra comunidad, esa toma de conciencia crítica que se sustenta en el reconocimiento de la diversidad y lo diferente, dando validez a los mundos posibles que coexistimos en un territorio.

- “El diálogo auténtico – reconocimiento del otro y reconocimiento de si en el otro” – leía a Paulo (2005) – “...es decisión y compromiso de colaborar en la construcción del mundo común” (Paulo, 2005, p.26).

Al escuchar sobre diálogos de saberes me elevé y me desconecté de la conversación, pues empecé a entender que eran los constantes diálogos, como este que estábamos viviendo en ese instante, los que

- “*Compa, ¿lo has leído?*” – escuché que me llamaba de nuevo a conversa Esmeralda.
- “*Disculpa*” – le respondí – “... *me elevé por un momento*”.

- *“Usted si no, compañero. Se supone que acá la despistada soy yo”* – me respondió Esmeralda mientras lanzaba una de sus particulares carcajadas.
- Si algo caracteriza Esmeralda, es su forma de ser tan espontánea y directa, pero también era conocida por varios colegas como una mujer despistada, por eso había hecho el comentario. Era conocida por sus distracciones, no tocaba la campana a tiempo, olvidaba que tenía que cuidar el restaurante escolar, se extendía en una hora de clase, o no estaba atenta a los horarios especiales para salir temprano. Pero luego de conocerla ya por unos años, comprendí que era una mujer más bien resistente ante las lógicas del Polifer, vivía su vida en el disfrute del día a día y no llevaba a ninguna parte las preocupaciones laborales.

Esmeralda, era el ejemplo de aquel maestro que resiste, sin hacer de ello un martirio, ante el empeño de las instituciones educativas colombianas, de sacarnos de nuestro rol docente para llenarnos de funciones administrativas, logísticas e incluso hasta contrarias a nuestra naturaleza pedagógica, como hacer vigilancia en baños durante el descanso escolar. Con el tiempo, esta resistencia disfrazada de despiste la bauticé como “esmeralditis”, y gracias a ella me empezó a dar mucha “esmeralditis” desde entonces.

- *“¿Qué me decías?”* – le pregunté a Esmeralda para entrar de nuevo a la conversa.

- *“Que si has leído a Lorena”* – Me respondió: – *“... ella estudió conmigo la maestría. Hizo un trabajo sobre identidad territorial que de pronto sirva”*.

- *“Si, claro”* – le respondí – *“...es un buen referente”*.

Efectivamente, había leído el trabajo de Lorena Gaviria (2019), el cual había realizado en sus estudios de maestría para Educación Popular en la Universidad del Cauca y que tituló *“Hacia*

el significado que, sobre la identidad territorial como estrategia de la educación popular, asumen los estudiantes del grado noveno, en el contexto rural campesino de la I.E: Andino de San Lorenzo (Bolívar-Cauca) entre 2016-2018”.

Su trabajo plantea una reflexión desde la exploración en los territorios dentro y fuera de la escuela, buscando las relaciones identitarias territoriales para la comprensión de las formas de vida particulares. Sobre todo, había disfrutado mucho la lectura que hacen los sujetos de sus territorios habitados, llevando a la reflexión del rol que cada uno tiene en la construcción de una sociedad.

Su experiencia se parece mucho al trabajo de la Universidad Surcolombiana, que se conoce como “Expedición Educativa” y que fue desarrollada en Neiva entre los años 2016-2019, por Aldemar Macías, Yamile Peña y David Bernal, quienes proponen pensarse los currículos en la escuela desde los propios actores de la educación, pero interactuando con los territorios. Por eso plantean proyectos educativos comunitarios que articulan prácticas locales y se enmarcan en los lineamientos de la política pública de educación de Neiva durante el 2018, pues su base tiene varias estrategias de la investigación en educación popular y se destaca la construcción de cartografías sociales en la comprensión relacional escuela y territorios.

Al escucharme, a Esmeralda le llamó la atención que otros maestros a nivel nacional se pensarán también los contextos locales, por eso trajo a conversación las palabras del Mayor Nasa Adelmo, con quien había trabajado y quien le había permitido entender que el territorio trasciende una delimitación de tierra.

- “Es entendido no como un pedazo de tierra” - nos decía Esmeralda (2018) refiriéndose al territorio, recordando las palabras del mayor Adelmo – “...sino los espíritus de la naturaleza, los sitios sagrados, los animales, las plantas, la comunidad y todos los seres que hacen parte de la naturaleza” (Esmeralda, 2018, p.3).

Escuchar lo que pensaba el mayor a través de la voz de esmeralda, me trajo a memoria un escrito que estaba leyendo de Arturo Escobar (2014), así que mientras ella seguía planteando su reflexión sobre la importancia del territorio en un trabajo comunitario, empecé a leer entre líneas lo que planteaba.

- “El territorio se concibe como algo más que una base material para la reproducción de la comunidad humana y sus prácticas. Para poder captar ese algo más, el atender a las diferencias ontológicas es crucial. Cuando se está hablando de la montaña como ancestro o como entidad sintiente, se está referenciando una relación social, no una relación de sujeto a objeto” (Arturo, 2014, p.102).

Me parecía increíble que el mayor Adelmo y Arturo Escobar tuvieran una postura tan parecida, y al escuchar la intervención de Paulo conversando con Esmeralda, empezaba a

Figura 45

El parque como alguien



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé del dibujo de Maicol en agosto de 2022. Al representar el territorio, Maicol nos contaba la cotidianidad de ir a la tienda mientras en los cielos se escucha el sobre vuelo de helicópteros. El territorio para él eran las prácticas y relaciones con los espacios que se tenían a diario.

entender que para nosotros el territorio es una entidad viva, que siente que coexiste y se hace existencia misma en las relaciones que tenemos entre humanos y con la naturaleza.

- “Mi tierra es dolor, hambre, miseria y esperanza de millones, igualmente hambrientos de justicia”. – apuntaba Paulo (1997, p.30) ante las reflexiones de Esmeralda – “La Tierra de la gente es su geografía, su ecología, su topografía y biología. Ella es tal como organizamos su producción, hacemos su historia, su educación, su cultura, su comida y su gusto al cual nos acostumbramos” (Paulo, 1997, p.32).

- “*Nosotros pensamos que el territorio*” – les dije a todos –“...*nos invita a pensar nuestras identidades*

territoriales y el reconocimiento de los

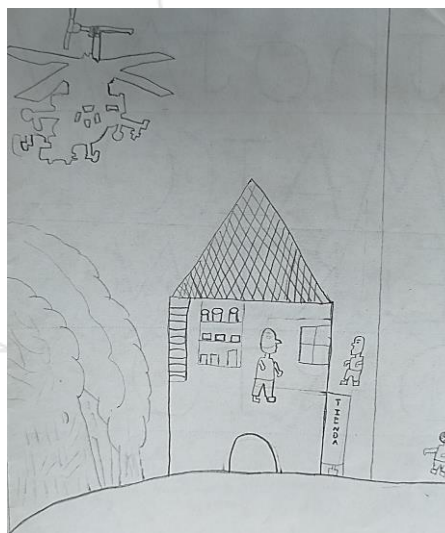
territorios recorridos a pie se constituye en un ejercicio de identificación de ser en los

territorios. Caminar los territorios habitados con la comunidad educativa, es una

invitación a la reflexión sobre la coexistencia territorial”.

Figura 46

Sus realidades representadas



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Sofia en agosto de 2022. Sofia, pensaba muy parecido al mayor. Al hablar de su fotografía decía que el parque era alguien que recibe a otros, arboles, animales, estudiantes, profesores y a todo mundo. Es importante porque permite compartir.

- “Se camina la montaña, el páramo, el nevado”, – complementó Mario (2015b) ante mi intervención –:
- “...pero también se consume el agua de panela con queso, se duerme al calor de una fogata, en un rancho campesino, se despierta con el canto del gallo de la madrugada y el ladrido de los perros criollos, se ordeña la vaca, se acompaña a los niños en el recorrido hacia la escuela, se corretea la gallina criolla para el sancocho, se baila al calor de un aguardiente o un vaso de chicha. La práctica está caracterizada por un ser y un color local, un olor propio, un sonido concreto y una forma modesta de felicidad: la alegría” (Mario, 2015b, p. 96).
- “*Es un recorrido a la conciencia del encuentro de identidades*” – continúe tras la intervención de Mario (2015b) – “... y a partir de ello, caminar los territorios buscando una relectura de los mismos que lleve a la reflexión del ser en el territorio”.

Cuando pretendíamos continuar nuestro diálogo, fuimos interrumpidos por el sonido de la campana, se anunciaba el inicio de la segunda hora y Esmeralda tuvo que abandonarnos, porque debía dar clases de Cálculo al grado 11. Con su despedida nosotros también partimos de la sala, aunque tenía libre la segunda hora, habíamos acordado construir con los estudiantes de noveno la ruta que tomaría nuestro trabajo, así que salimos rumbo a su salón.

3.4.El salón de noveno

Eran las 8:30 a.m. de aquel 10 de mayo de 2022, y caminábamos hacia el salón del grado noveno dos, a lo lejos mirábamos aquel espacio con paredes de ladrillo a la vista con una que otra

Figura 47

El salón de noveno en 2022



Nota: Recuerdo la fotografía que tomó Luis en octubre de 2021. En ella se retrata el salón de noveno para el 2022, el cual al igual que dos más, era considerado de los salones nuevos por su construcción reciente de paredes en ladrillo farol que no portaban los colores institucionales, a diferencia de los salones que se conocían como *viejos* pero que se pintaban de blanco y azul, colores de la identidad del Policarpa Fernández.

declaración de amor, paz o guerra de quienes pasaron por ahí en algún otro tiempo, sus ventanas metalizadas enrejadas a la altura casi los dos metros permitiendo que entre la luz solar a aula pero que no permite visibilidad de adentro hacia afuera buscando garantizar que no se distraigan quienes están en él, su cubierta con barandales metálicos pintados de azul institucional que sostienen tejas grises de asbesto.

Esas tejas – empecé a contarles a Mario (2015), Frédéric (2014), Paulo (2005) y Alfonso (2019)– recogen todo el calor del medio día y que después de las 12 despliegan en el salón un

bochorno casi tortuoso cuando el clima pasa los 30°C, que hacen de la quinta y sexta hora de clase, el calvario final antes de terminar la jornada escolar, a menos que se cuente con la fortuna casi milagrosa de unir dos eventos, primero que el docente permita desarrollar su clase en las mesas del restaurante escolar ubicadas en el patio, y segundo que a otro docente no se le hubiera ocurrido librar del calvario a todos y estuviesen las mesas desocupadas.

Figura 48*El muro de los lamentos*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en febrero de 2019. Cómo en la cárcel, los muros en ladrillo terminan siendo un soporte de los mensajes que no se pueden comunicar abiertamente o el lugar perfecto para marcar la territorialidad de un grupo específico.

Claramente, entramos al diseño de aulas pensada para el control y la disciplina, esas mismas que llevaron a Michel (2002) a comparar la educación escolar con el sistema carcelario. La estructura de construcción del salón de clase hacía que este lugar tenga sus propios hábitos, siendo estos los que dan sentido a los lugares, al ser esa huella dejada en el espacio y que se construyen desde las prácticas corporales y espaciales de quienes los habitan, pero que siguen existiendo desde su concepción espacial.

Al llegar al salón en él estaban los 25 estudiantes que caminarían con nosotros ese día, algunos de los docentes que se unirían por tramos a nuestra caminata como Zully, las dos Dianas, Magda, Fercho, Katherine, Carmenza y Esmeralda, e incluso nos esperaba Fernando Gonzales quien había invitado a Arturo Escobar, un manizalita del que nos había hablado Alfonso y que

nos acompañaría a caminar por su pasión por el territorio y, en especial, por su propuesta de sentipensar la tierra.

Pero no solo nos encontramos con quienes caminarían con nosotros, sino que también estaba el hábito del salón de clase, el otorgado por su concepción y diseño como aula escolar. Ahí estaban ubicadas frente al tablero unas 30 mesas individuales con sus respectivos asientos para estudiantes distribuidos a lo largo de 5 filas y al lado del tablero una mesa de mayor tamaño que aquellas destinadas para los estudiantes se acompaña de un asiento destinado para el docente que oriente clases.

Figura 49

Habitando el salón



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en julio de 2022. En ella están los estudiantes del grado noveno mapeando en grupo las rutas a recorrer, deshabitando el espacio a las filas para habitarlo a mesas agrupadas que propicien el encuentro grupal y el trabajo cooperativo.

Este salón cambiaba de hábitos dependiendo de quienes lo habitaran a lo largo de la jornada escolar, en matemáticas y biología se habituaba a mantener las filas y que la atención se dirigiera al tablero. En español, ética, religión e inglés el hábito del espacio pasaba a ser una distribución de mesas a lo largo del salón conformando grupos de trabajos de tal manera que los estudiantes se mirasen los rostros y no sus espaldas. En artística el hábito del tablero era una referencia más y las mesas se organizaban una al lado de otra por todo el espacio formando

una U. Y en las otras materias como estadística, informática y educación física, el hábito de este espacio era permanecer vacío con mesas esparcidas por el espacio, sin ningún orden específico,

porque los estudiantes tomaban estas clases en salas para informática o espacios específicos para deporte.

Y durante el descanso el hábito del salón estaba marcado por aquellos que preferían permanecer en él y juntaban algunas mesas para conversar entre pares o reubicar varias sillas para ser usadas por una sola persona y estar más cómodos en esa media hora. Sin embargo, al finalizar la jornada escolar, los mismos estudiantes y docentes regresan el hábito del salón haciendo aseo y organizando de nuevo las 30 mesas frente al tablero en 5 filas con sus asientos encima.

Curiosamente, el escritorio del docente es aquel que durante toda la jornada se niega a cambiar del hábito espacial otorgado desde su concepción, lo que me hace reflexionar sobre la resistencia de muchos de nosotros los docentes por deshabituarse la educación escolar y mirar a nuevos hábitos que la potencien y resignifiquen.

-“Nosotros somos olfativos”; – comentó Fernando (2016) apenas nos vio, sin antes saludarnos siquiera, arrugando su nariz como buscando una respuesta – “...la membrana pituitaria allá, extendida entre las fosas nasales, mucosa y con infinitas ramificaciones sutiles del nervio olfatorio... ¡qué cosa tan deliciosa es la membrana pituitaria!”
(Fernando, 2016, p.158).

Fernando (2016) se había percatado de una particularidad de este salón, no solo éramos nosotros y el hábito del espacio los que estábamos ahí, también estaba el marcado olor de los salones contiguos a la de la casa de doña Janeth, un olor a gallinaza mezclado con orina de conejo con el que debíamos convivir quienes desarrollábamos clase ahí. Así que le expliqué de donde provenía el olor.

Doña Janeth es la esposa de don Celio y juntos habían construido una de las tiendas más grandes que hay en la vereda El Turco, precisamente era la que ofrecía este servicio al colegio, habilitando una puerta en el patio de su casa para que tanto estudiantes como profesores y administrativos nos alimentáramos ahí. Don Celio se había ganado el respeto y apoyo de la comunidad

educativa gracias a su trabajo político y a su cercanía de amistad con el coordinador, inclusive participando en acciones comunitarias que permitieron la consecución de la formación en básica media otorgada a la I.E. Policarpa Fernández. Todas estas relaciones permitían que el olor de su criadero de conejos y pollos, se impregnara a los salones cercanos porque no existía ningún muro divisorio entre el terreno del colegio y los límites de su casa. Incluso su patio adecuado con un mesón y una larga banca se consideran por muchos estudiantes como parte territorial del colegio, lo que hace que los límites de estos dos lugares sean muy ambiguos.

- “Aquí nos tienes”, – dijo Fernando (2016) con un tono sarcástico luego de escuchar mi explicación a su comentario – “... sentados sobre la dura piedra, oliendo la grama olorosa a inocencia, llena de vitalidad, esperando tus dones” (Fernando, 2016, p.78).

Su comentario desató la risa de quienes estábamos ahí, recordándonos porque nos habíamos reunido, eran los motivos de la espera más importantes que los olores inocentes de la

Figura 50

El patio de la casa de doña Janeth y don Celio



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en junio de 2022. Algunos estudiantes del grado noveno dialogando sobre este espacio, problematizándose si hacía parte o no del colegio, porque en su cotidianidad lo integraban a sus prácticas dentro de la I.E.

conexión histórica y política que les unía a las aulas de clase. Así que empezamos a desarrollar los dones de nuestra propuesta de mapeo curvo, el primero de ellos, liberarnos por un tiempo de aquel olor.

Pensar caminar los territorios nos llevó a hilar 4 ejes metodológicos, primero enfocarnos en la construcción de recorridos desde el encuentro dialógico. Por ello definimos y trazamos los recorridos territoriales para el levantamiento cartográfico, por lo que luego de un diálogo extendido delimitamos los espacios físicos a recorrer, teniendo los insumos para la comprensión comunitaria de nuestras lógicas espaciales.

Figura 51

Trazando recorridos



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en septiembre de 2022. Uno de los ejes fundamentales era el trazo de rutas antes de cada caminata, lo que nos permitía proyectar los recorridos en espacios y tiempos.

Para esta delimitación fue importante la relación entre los tiempos de desplazamientos y la duración de la jornada escolar, porque disponíamos de seis horas que ajustadas serían 5 horas en cada recorrido máximo. Por eso establecimos acuerdos de recorridos como la identificación institucional de los grupos que realizamos los recorridos, cronograma de los mismos, y las distancias que podríamos procurar guardar entre caminantes.

Figura 52*Documentando la caminata*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en agosto de 2022. En cada caminata era fundamental un equipo que documentara lo vivido, en este caso con el uso de dispositivos celulares.

En diálogo, construimos un segundo eje y nos propusimos realizar el levantamiento cartográfico curvo desde el recorrido de los espacios físicos por grupos, invitando en el recorrido a la memoria emotiva, territorial, sensible y espacial. Proponiendo que se hace fundamental en cada recorrido, contar con las condiciones logísticas que permitan conservar al máximo la

fidelidad en las experiencias vividas, creando un equipo de grabación en audio de las conversaciones y estableciendo parámetros para la captura de registro audiovisual y fotográfico.

Este segundo eje se constituye en la esencia del trabajo, porque en el andar y recorrer los territorios es donde más se despiertan las sensibilidades y relecturas territoriales que nos invitan a repensar nuestra identidad institucional, nuestro ser en los territorios y sobre todo a comprender nuestras alteridades en la convivencia diaria en el colegio.

Figura 53*Las notas también valen*

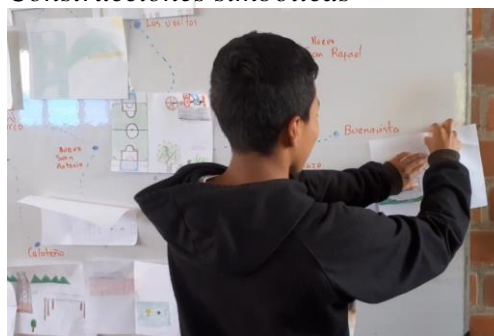
Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en agosto de 2022. Cuando la práctica de mapear curvamente se extendió a otros grados, se ajustaron las formas de documentación según las edades de los caminantes. Por ejemplo, con los estudiantes de sexto, la documentación se sensibilidades se realizaba en un diario escrito personal que cada uno de ellos llevaba en su caminata.

Figura 54*Encuentros de diálogo*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Magda en octubre de 2022. Abrir espacio para compartir la palabra es un pilar fundamental en el mapeo curvo, siendo el espacio en el cual se reflexiona desde las experiencias vividas y las sensibilidades despertadas.

Durante nuestros encuentros reflexivos posteriores a las caminatas, el diálogo de saberes se propiciaba desde las sensibilidades de quienes habían recorrido el territorio. Era fundamental realizar un mapeo de los lugares de los cuales cada uno de nosotros provenimos, de los lugares visitados e incluso de los espacios de la I.E. Policarpa Fernández, porque cada hoja del mapa, presenta una representación simbólica de los territorios que ocupamos en nuestra cotidianidad.

Un tercer eje emergió en la conversación cuando resaltamos la importancia de encuentros de diálogo y reflexión comunitaria posteriores a cada caminata, entendiendo qué al recorrer los territorios, paralelamente se deben realizar encuentros por grupos para la elaboración física de mapas, con el ánimo de condensar en un medio físico lo vivenciado, como emociones, sentires y pensares que despierta el ejercicio. El mapa curvo constituye en este punto, una unidad de análisis que posteriormente es puesta en diálogo con saberes y sentires de otros grupos.

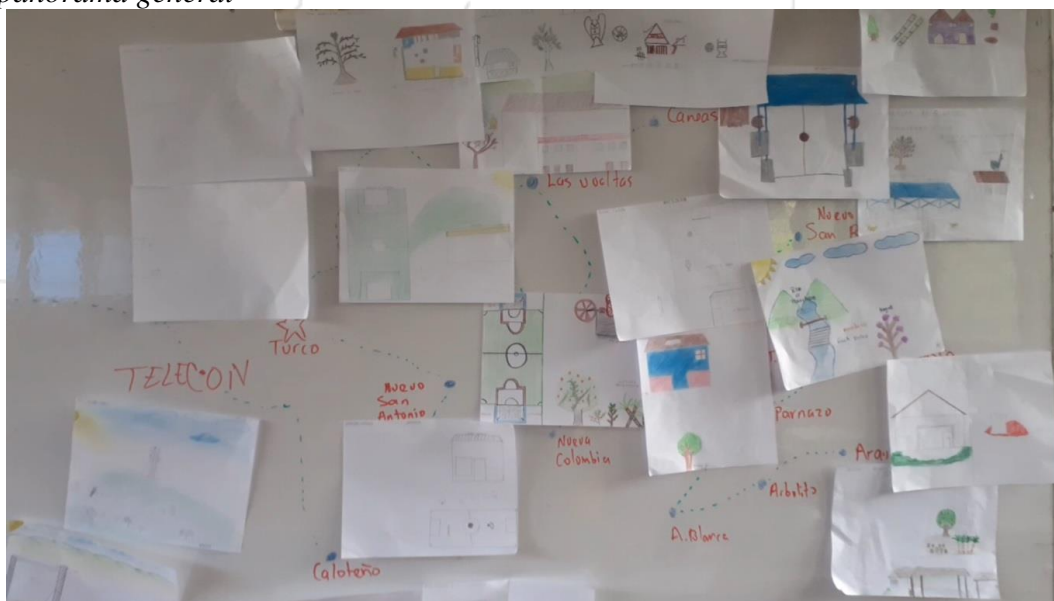
Figura 55*Construcciones simbólicas*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en julio de 2022. Los diálogos se convertían también en construcciones cartográficas desde representaciones simbólicas de los lugares recorridos, donde las veredas tomaban forma en los dibujos de los caminantes.

Finalmente, para nosotros el proceso metodológico se cierra con las reflexiones comunitarias que emergen de los levantamientos cartográficos. Para ello se hace necesario convocar al encuentro de todos los grupos que mapean, primeramente, para la elaboración de cartografías conjuntas, que pongan en diálogo las cartografías que se han construido por grupos, para establecer una sola cartografía comunitaria. En dicha construcción es necesario ir encontrando puntos de reflexión y conclusiones que permitan discutir alternativas de solución frente a la problemática abordada, que posteriormente se anclen a la aplicación de dichas soluciones en el contexto.

Figura 56

El panorama general



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en julio de 2022. Un mapa sensible se llena también de recuerdos, experiencias, gráficos, puntos de encuentro y puntos de discusión. Recorrer los caminos y luego pensar las pisadas lleva a una construcción cartográfica que propicia el diálogo hacia nuevos caminos y lecturas de los territorios más allá de un punto de ubicación en el mapa. Los mapeos curvos validan entonces las dinámicas sociales, las practicas humanas y no humanas, los paisajes, las culturas y sobre todo los encuentros con lo altero en la construcción de una idea de identidad territorial. Y quizás lo más importante, evidencia la importancia de resignificar la idea de salón de clase, hacia una idea de espacio de clase.

Fueron unas buenas horas de concreción metodológica, que realmente son el resultado de meses enteros dialogando y reflexionando sobre el mapeo curvo en las dinámicas de la educación escolar rural. Al terminar de concretar los 4 ejes metodológicos, Anyeli no se quedó con las ganas de preguntar y dijo: “*Profe, ¿hoy vamos a salir?*” – me preguntó – “*Sí, profe*” – dijo Maicol entrando en la conversación – “*...acá dentro hace mucho calor*”. Y sin que fuera necesario una indicación para salir, todos empezamos a levantarnos de nuestros puestos, cargamos nuestras maletas y nos dispusimos a salir del salón de clase hacia el portón.

3.5.Lula

El 17 de mayo de 2022, mientras cruzábamos el patio antes de salir a la caminata, Lula nos saludó. Ella era una perra criolla de quien sabíamos vivía en una finca cercana, pero pasaba toda la jornada escolar en el colegio. Es quien recibe a profesores, estudiantes o cualquiera que visite el colegio, muy animosamente al iniciar la mañana. Pero también da rondas en los salones y otros lugares de la institución siempre buscando compartir con quien tuviese cerca y a la vez pedir algún bocado de comida. Ese día se acercó a Arturo, quien pensó que Lula lo iba a morder porque se lanzó hacia él, le dije que estuviera tranquilo que solo quería saludarlo, y luego de inclinarse hacia Lula nos dijo:

- “Los territorios son espacios-tiempos vitales de toda comunidad de hombres y mujeres”.

– decía Arturo (2014) mientras acariciaba a Lula – “Pero no solo es eso, también son los espacios-tiempos de interrelación con el mundo natural que circundan y es parte constitutivo de este. (Arturo, 2014, p.103).

- “Lula, es como parte del colegio”. –

Le contesté –“... todo mundo la cuida, así mismo llegan varios perros acá, Zully y el coordinador son quienes más comida les dan”.

Arturo (2014), nos invitaba a reflexionar la coexistencia con el mundo natural, siempre relacionando los lugares y los hábitos de quienes los ocupan, incluyendo humanos y no-humanos. Y es esta coexistencia la que nos

Figura 57

En clase



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Zully en mayo de 2023. Lula en sus habituales ingresos a espacios escolarizados.

permite comprender el territorio como un elemento relacional entre lo humano y lo no-humano, haciendo de los territorios lugares que se interrelacionan.

- *“Profe, ¿podemos llevar a la Mona?”* – me preguntó Sofia a quien su perra la había seguido hasta el colegio ese día.
- *“¿Y no se pierde en el camino?”* – le pregunté antes de darle una respuesta
- *“No sé ni cómo llegó acá”* – me respondió soltando una sonrisa ante una pregunta cuya respuesta parecía obvia – *“...los animales de acá saben cómo volver a su casa profe, si se pierde ella vuelve”* (Comunicación personal, 17 de mayo del 2022).

Para entender que los territorios de nuestra comunidad también son lugares de interrelación con lo no-humano, en primera instancia son los lugares naturales como los cuerpos de Lula, Bruno y los otros perros que a diario visitan la I.E., los cuerpos de árboles frutales que crecieron en las tierras de la I.E., y la maleza que rodea los espacios menos frecuentados.

- *“¿Crees conocer la vida porque separas animales, vegetales y minerales?”* – cuestionó Fernando (2016) al observar la enseñanza que pretendía darnos Sofia – *“¿No será la tierra más viva, más orgánica que tú?”* (Fernando, 2016, p.218).
- *“Lula también ve clases con nosotros, profe”* – continuo Sofia – *“Ella se mete con Bruno cuando vamos para el laboratorio”*. (Comunicación personal, 17 de mayo del 2022)
- *“Se va graduar antes que yo”* – interrumpió Alexis con sus particulares apuntes cada vez que podía hacer un chiste frente a lo que decían sus compañeros, un comentario que precisamente era gracioso porque Alexis llevaba repitiendo varios años escolares ya que se retiraba por largas temporadas para ir a trabajar y esto afectaba su rendimiento escolar.

- Arturo (2014) riéndose por el comentario de Alexis continuo su invitación a la reflexión – “El territorio se concibe como algo más que una base material para la reproducción de la comunidad humana y sus prácticas” – Es ese momento dejo de acariciar a Lula y levantó su mano derecha, apuñando sus dedos, con ese gesto que lo caracteriza, continuó hablando a la vez que movía su mano, un gesto que la academia le ha dejado para hacer énfasis en su discurso y explicitarlo con su movimiento corporal, puesto que:

- “Para poder captar ese algo más, el atender a las diferencias ontológicas es crucial. La forma en que los humanos y los no-humanos manejan sus relaciones sociales y su comunicación en un determinado territorio varía; pero, en cada caso, la participación de no-humanos es un aspecto (relativamente) “normal” de la política relacional” (Arturo, 2014, p.103)

Figura 58

Coexistencia



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Zully en septiembre de 2023.

Una imagen habitual en las clases, mostrando la coexistencia con aquellos espacios naturales en nuestra cotidianidad.

Es evidente que nuestra comunidad vive en constante relación con aquellos seres vivos, no-humanos, y que hacen parte del territorio como entidades que los habitan pero que también son con nosotros. Por eso, es importante entender que coexistimos como comunidad con los árboles del lote anexo a la institución, con los perros que siguen a los estudiantes hasta el colegio, con los pájaros que hacen nido en los tejados del polideportivo y con todas aquellas especies no-humanas que rodean nuestro colegio.

Nuestra lectura de ser en el territorio también debe propender por una reflexión de nuestra relación con los seres vivos no-humanos, que poseen unos hábitos también, como el de Lula por ejemplo, que habita nuestros salones de clase, especialmente el laboratorio donde se encuentra Zully, haciendo de la I.E. su lugar de habitación durante la jornada escolar, siendo fundamental en la conciencia corporal de quienes estamos compartiendo un espacio con ella, porque es quien anuncia con su cola nuestros movimientos o el de otros. Marcando incluso con sus ladridos, la presencia de otros no-humanos que pudieran llegar a la I.E.

Así entonces, entendimos que es importante reflexionar como los territorios se conciben desde los hábitos de nuestra relación con la alteridad incluyendo la no-humana. Nuestro territorio no es solo el espacio en el que como humanos podemos vivir, sino también es el lugar donde somos sujetos con hábitos que se interrelacionan con otros seres que están cargados de hábitos, es nuestro lugar de relación social con los animales, con las plantas, con humanos, con la casa, con la huerta, con el aula, con el camino.

Figura 59

Conciencia de las huertas



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Juan Esteban en octubre de 2022.

Aunque tener huertas caseras fuera una práctica habitual en las comunidades que circundan nuestra I.E., solo recorrer los caminos permitió a Juan Esteban de grado 6, resaltar la importancia de las huertas en su vida cotidiana y proponer que está práctica se realizara en el colegio.

Figura 60

Las abejas



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Sofía en octubre de 2022.

Con el recorrer de caminos se llegaba a la comprensión de nuestra convivencia con lo no-humano. Al visitar una finca de recolección de miel, cercana al colegio, Sofía de grado sexto, reflexionaba sobre la importancia de la existencia de las abejas para nuestra existencia como raza humana.

Figura 62*También otros espacios*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en septiembre de 2022. Desde la perspectiva colectiva de los estudiantes de noveno, la I.E. también es con los espacios que le circundan.

propios de la vereda El Turco como las canchas de fútbol, el parque principal, la tienda de don Celio y doña Janeth, el centro de Salud, los campos de árboles frutales, los desechos, la caseta comunal, la iglesia católica, las fincas y las viviendas aledañas.

Por lo tanto, caminar nuestros territorios es en principio una necesidad de la práctica que busca la identidad presente en los lugares, un rastreo de los espacios concebidos desde la idea comunitaria, la conciencia de los hábitos de los lugares y lectura de las resignificaciones espaciales e invitación a ser en los territorios desde su reescritura. Así, es importante partir de la idea de la escuela como un lugar donde conviven hábitos, el lugar de la educación y el territorio que se construye desde las prácticas que como comunidad realizamos.

En esta reflexión atender a las diferencias ontológicas como lo decía Arturo (2014), es crucial porque hablar de ser en los territorios de la comunidad educativa Policarpa Fernández, es entender que el concepto de comunidad se expande para incluir a no-humanos. Por ello comprendemos que nuestra comunidad es una interrelación entre lugares, humanos y no-humanos, extendiendo incluso nuestra relacionalidad a otros espacios

Figura 61*¿Basura somos?*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Eyner abril de 2022. Reflexionar sobre nuestra coexistencia con lo no-humano, como los espacios naturales, llevó a Eyner a cuestionar desde su registro fotográfico nuestras prácticas de afectación en contra de lo no humano.

3.6.La bandera del colegio

Maicol estaba recostado en aquella columna de la que pocos sabían porque estaba ahí. El paso del tiempo y el silencio habían borrado su recuerdo y hoy solo era un cuerpo de concreto en el cual reposar, la calle divisar, limpiar los zapatos o captar mejor la señal de celular. Siempre estaban ahí, ella en su condición de columna se había aferrado a los suelos del patio del colegio muy cerca al muro que da a la carretera principal y no podía ir a otro lugar. Incluso después de la muerte de su función principal y sin la cabeza que solía tener, su cuerpo se mantenía ahí. Pero él ¿Por qué solía estar ahí?

Figura 63

Sin asta



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Anyeli en octubre de 2022.

- “¿Sabes cuál es la bandera del colegio?” - Le pregunté acercándome a él.
- “Nunca la he visto” - me respondió levantando la cabeza.
- “La bandera se colocaba ahí donde estás recostado” – le comenté.
- “No sabía, acá nunca la usan” – respondió y miró hacia afuera a través de la malla.
- “Pensé que sabías, te he visto varias veces aquí” – Insistí – “¿Por qué te haces tanto aquí?”.
- “Y donde más se hace uno, profe” – me respondió sin dejar de ver hacia la carretera mientras sus ojos empezaron a seguir el paso de 3 personas que cruzaban a pie – “Acá jugamos Free, hay buena señal”. – Refiriéndose al juego *Free Fire* para celular que acostumbraba jugar en línea.

- “¿Y te gusta estar aquí?” – le pregunté.
- “No le digo que yo veo a los demás pasar por aquí y quisiera estar afuera” – me respondió aferrándose a la malla que lo separaba del afuera – “Ellos no están encerrados, profe”.

Su respuesta me dejó sin replica, el sentimiento reflexivo me había llamado a la contemplación del afuera, y empezamos a ver la carretera de tierras amarillentas, marrones y rojizas que el intenso sol resaltaba y que la temporada de calor había secado, las tres personas que cruzaban desaparecieron en el horizonte, mientras a lo lejos se veía una nube de polvo propiciada por una chiva que bajaba de la montaña porque era día de mercado.

Todo lo seguíamos contemplando a través de las ventanas romboides que generaba la malla que nos tenía atrapados. La toqué con mis dedos, los que se entrelazaron con el alambre y entonces empecé a sentir ansias de libertad, entonces comprendí que su sentir era el mío también, y de los estudiantes, e incluso de muchos profesores, ¡estábamos encerrados!, no podíamos o no queríamos movernos de ahí. Éramos esa columna sin cabeza, que seguía erguida con el paso del tiempo, aferrada a los suelos de la escolaridad pero que ya no sostenía nada.

El sentir era silencio con nudos en la garganta hasta que llegaron a razón a visitarnos Magda y Paulo (2005) quienes se acercaron a nosotros, ella con su particular sonrisa tierna y él limpiando sus lentes como preparando su mirada para mirarnos el alma. Con la diplomacia que le caracteriza, Magda fue quien rompió el silencio que se había generado.

- “Me dijo alguien por ahí” – empezó diciendo Magda – “Aquí puedo visualizar hacia afuera. Entonces como esas ganas de querer estar afuera, de salir y de sentir esto como una prisión pareciera, ¿no?” – sonrió nuevamente mientras tomó la malla y

miró hacia afuera – “*Como un sentido más de libertad*”. (Comunicación personal, 04 de octubre del 2022)

Figura 64

Concurso de cometas



Nota. Recuerdo la fotografía de Alejandra en agosto de 2018. El disfrute del sentido de libertad al que se refería Magda, era muy evidente en las actividades escolares que implicaban salir a recorrer las veredas, como en esta fotografía el día del concurso de cometas, una actividad con gran participación estudiantil por el simple hecho de ser pensada en espacios abiertos, una actividad pensada desde el territorio.

- “La tendencia, entonces, tanto del educador-educando como de los educandos-educadores es la de establecer una forma auténtica de pensamiento y acción”. – Dijo Paulo (2005) aferrándose a la malla y sacudiéndola con fuerza – “Pensarse a sí mismos y al mundo, simultáneamente, sin dicotomizar este pensar de la acción” (Paulo, 2005, p.64).
- “*Uno relaciona esos conceptos y se da cuenta de que acá se sienten como bastante oprimidos*”, – continuó Magda, cual si fuera una reflexión coreografía con Paulo – “*...como que no pueden sacar su identidad y sus cosas que, de hecho, propias de la región, porque acá también debe haber muchas cosas que aprender*”. (Comunicación personal, 04 de octubre del 2022)

- “La educación problematizadora se hace, así, un esfuerzo permanente a través del cual los hombres van percibiendo, críticamente, cómo están siendo en el mundo, en el que y con el que están”. – Terminó la reflexión Paulo (2005, p. 65), apoyando su mano derecha en mi hombro me sacudió por un momento, luego tomó la mano de Magda y le invitó a seguir su camino sobre el corredor del patio.

Magda y Paulo, habían logrado su objetivo, nos habían sacudido con su reflexión, cual prisionero sacude la malla con ansias de libertad. Su invitación era clara, la conciencia estaba en el mundo, en nuestro ser en el camino, en el lugar donde y con quien estamos. La búsqueda de la libertad estaba al cruzar el portón.

*“Andar es estar fuera. Fuera, al
«aire libre» como se suele decir.
Andar provoca la inversión de las
lógicas del urbanita, e incluso la de
nuestra condición más extendida.
(Frédéric, 2014, p.28)*

3.7. Andar a pie

Aquel 12 de julio de 2022, nos pensamos el mayor hábito que compartimos como comunidad y llegamos a la conclusión que era recorrer los caminos que conducen a la I.E. Esas conexiones físicas entre nuestras casas y la escuela que a diario transitamos, entendiendo que son espacios en donde nuestros cuerpos se interrelacionan y confluyen espacio-temporalmente. Sin embargo, pensar en recorrer los caminos ya recorridos, es pensar en caminar sobre la cotidianidad, pero como acto consciente sobre lugares vividos.

Ese día no teníamos un destino fijo, y acordamos que iría adelante y nadie podía rebasarme en la marcha, precisamente porque no sabíamos bien cuando y donde parar. Solo habíamos trazado una caminata que buscaba la habituación, recorrer a pie los caminos como acto consciente sobre la cotidianidad, precisamente porque un hábito sobre los lugares muchas veces decanta en cuerpos que actúan por costumbre o por inercia, como resultado de la habituación a una práctica espacial. Es ahí donde se hace un giro epistémico en el acto de caminar, pasando de

Figura 65

Caminar para habituarse a la caminata



Nota. Recuerdo la fotografía de Sofia en agosto de 2022. En las reflexiones escritas de Sofia, Frank y Valentina decían que lo positivo de caminar es que relaja el cuerpo y circula la sangre, por eso es bueno para la salud. Un claro reconocimiento de una primera habituación a la caminata, el reconocimiento físico de la misma.

ser un ejercicio habitual sobre los caminos a la I.E. para ser una práctica de la sensibilidad en el territorio, como bien nos explicaba Mario (2015b) aquel día en la caminata.

- “Voy a hablar del viaje y del caminar como práctica estética” – dijo Mario (2015b) inhalando el aire del bosque por el que cruzábamos – “Por estésico refiero aquí la totalidad de las vivencias de la sensibilidad no solo visual sino sonora, táctil, gustativa, olfativa, corporal e imaginativa en general, experimentadas y sin elaboración teórica” (Mario, 2015b, p. 80).

En ello se había convertido nuestra práctica de caminar, un acto sensible sobre nuestros recorridos diarios y sobre nuestros territorios. Por ello aquel día buscábamos una mayor conciencia, con la intención de sentir las trochas, los bosques, los caminos pedregosos, el aire pegando en nuestro rostro cuando íbamos en chiva, el cuerpo saltando en moto sobre las vías a medio terminar, la postal que guardaban nuestros ojos al culminar el ascenso a la montaña y poder el paisaje divisar.

En nuestro caso, no había un punto de llegada claro, sino más bien un ejercicio de sensibilización sobre los caminos recorridos, un repensar corporal, sensible y territorial sobre esas pisadas que a diario dábamos para llegar a la I.E y luego recogíamos al volver a casa, fue entonces una conciencia sobre el acto mismo de pisar. Luego de varias caminatas, Yuliana, Franklin y Laura nos manifestaban que caminar les permitía disfrutar el aire, ver la naturaleza, salir del colegio, conocer nuevas especies de aves, conocer más los desechos, interactuar con los compañeros, recochar con los amigos, conocer otras personas y poder hacer ejercicio. Pero también decían que habían reconocidos aspectos negativos como la cantidad de barro, el mal estado de las vías y tiempos solidos refiriéndose a sequias.

El caminar nos entregó la conciencia de poner el pie sobre la tierra, porque muchos de nosotros ni siquiera nos habíamos permitido pisar nuestros caminos recorridos, esta acción sensible había sido reemplazada por la huella de un neumático sobre la tierra, huella que incluso borraba nuestra alteridad ante nuestro objetivo de llegar a tiempo a la I.E. o volver a casa lo más temprano posible.

Aquel día mi grupo de marcha estaba conformado por la Helen, Frédéric (2014) y Mario (2015a, 2015b), con quienes recordábamos nuestras pisadas anteriores sobre caminos cotidianos que conducen a San Antonio, Tres quebradas, Calotoño, Nueva Colombia, Buena Vista, Popayán, y Santander de Quilichao (cabecera municipal), por lo que terminamos realizando una cartografía curva donde como caminantes encontrábamos en el sendero de la montaña o su trocha el trazo de nuestro mapeo. Un trazo que como planteaba Mario (2105b) era una práctica de apropiación, reescritura y biografía del territorio, pero en todas sus dimensiones.

Sin embargo, trazamos un mapa desde las pisadas en el pasado, partiendo de la institución hacia algún punto en la montaña, quizá Agua Blanca sería nuestro punto de llegada, o tal vez solo

Figura 66

Pies en la tierra Pies en la tierra



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Hamerson en agosto de 2022. Hamerson nos contaba que con la fotografía quería hacernos pensar poner los pies sobre la tierra, es decir una reflexión sobre el acto mismo de pisar como acción consciente. Esta fotografía fue seleccionada por él para socializar su experiencia reflexiva de la salida a la vereda Nueva Colombia.

llegaríamos hasta el cruce de Nueva Colombia y regresaríamos. No lo sabíamos, estábamos en la búsqueda de habituar el cuerpo a la práctica de caminar y entendíamos que nuestro cuerpo era la plataforma de conocimiento en aquel momento, por ello, buscábamos conciencia en los ritmos que llevábamos. La habituación del cuerpo en nuestro ejercicio de mapeo curvo nos estaba tomando trabajo y se enfrentaba a tres factores fundamentales: los afanes, las deshabituaciones y las velocidades. Por ello, habituarnos a caminar nos permitió entender primeramente que cada uno de nosotros debía encontrar su ritmo y responder a él.

Figura 67

El cuerpo plataforma de viaje



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Darío en agosto de 2022. Darío, escogió esta fotografía en sus reflexiones y nos explicaba que era importante caminar como si fueras uno con la naturaleza, “...*así se conoce mejor*”, decía. Un claro ejemplo de la importancia del cuerpo en caminata para acercarnos a nuestros territorios.

- “El paso del caminante no debe ser ni demasiado lento ni demasiado veloz, debe ser medido y constante: contenido”. – Nos enseñaba Mario (2015b, p.91) aquel día mientras recorríamos el camino. Para Mario (2015b) como caminantes nuestra plataforma de viaje era el cuerpo, que se movía por el ánimo, nuestro clima interior mental que se integra a los territorios recorridos. En anteriores caminatas algunos buscaban llegar al punto acordado lo más pronto posible para volver a tiempo al colegio, otros en el asombro de la novedad que presentaba recorrer los caminos no conocidos, íbamos demasiado lento y nunca llegábamos al punto acordado, pero quienes tenían el cuerpo habituado a caminar, llevaban la marcha con un ritmo determinado, enseñando a otros como recorrer los caminos de nuestras propias

veredas. Por eso íbamos con Helen liderando el grupo, quien era un ejemplo de saber caminar los territorios.

En este ejercicio de conciencia del ritmo del caminante recordábamos en nuestras conversaciones la marcha de Elkin, quien cada vez que salía de las puertas del colegio y empezaba su caminar a unas velocidades propias de quien conduce una motocicleta, ya que a sus 14 años ya tenía una amplia experiencia como conductor, siendo el reflejo de muchos de sus compañeros que desde niños y niñas conducían este vehículo como medio de transporte entre veredas, precisamente por las grandes distancias y los caminos desolados entre unas y otras.

Pero más allá de la habituación de Elkin a las velocidades, su cuerpo y su manera de asumir las primeras caminatas no es más que un reflejo de una comunidad que necesita repensar sus velocidades. Llegar lo más pronto posible al punto acordado no era más que una respuesta del cuerpo a cumplir con el objetivo propuesto para ganar tiempo, tiempo que al final era utilizado para descansar de la inclemencia del sol sobre los cuerpos mientras los otros llegaban. El mismo Elkin en una de sus intervenciones pasadas decía:

- *“Lo que no me gustó es el cansancio por el sol, da mucha sed”*. – recuerdo que decía mientras mostraba su dentadura con una risa por la pena que le causaba hablar en público.
- *“El mal caminante puede ir deprisa a veces, acelerar y luego aminorar el ritmo”*. – dijo Frédéric (2014) cuando recordamos el caminar de Elkin – *“Sus movimientos serán sincopados, las piernas dibujarán ángulos quebrados. Su rapidez estará hecha de aceleraciones repentinas seguidas de largas pausas; de amplios movimientos*

Figura 68*El descanso*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Jader en agosto de 2022. Jader quería retratar la cancha de fútbol como un espacio para disfrutar el descanso, pero recuerda que ese día de tanto caminar varios de su grupo no pudieron jugar fútbol. Y decía que Helen y Laura tenían mucha gasolina, porque podían llegar a jugar. Luego Helen les enseñaría a caminar y tener fuerzas para llegar a jugar.

voluntarios, de decisiones en las que, cada vez, el mal caminante empujará o tirará del cuerpo. Rostros colorados y sudorosos” (Frédéric, 2014, pp.30-31).

Así entendíamos que el cuerpo termina pagando las circunstancias a las que ha sido sometido, precisamente por pensar que a mayor velocidad de marcha más tiempo se gana, erróneamente se hace un cálculo abstracto, como nos recordaba Frédéric (2014), la precipitación y la velocidad hacen que como caminantes aceleremos el tiempo y hagamos que pase de prisa.

Claramente esta reflexión de Frédéric (2014), toma fuerza cuando vemos que varios de nosotros llevábamos pasos a grandes velocidades porque “queremos llegar rápido”, sin embargo, caminar para llegar al punto objetivo es tener tiempo para no hacer más, porque sencillamente nuestro cuerpo debe descansar. Al terminar nuestras primeras caminatas y volver al colegio, muchos que caminamos a grandes velocidades debíamos tomarnos de 10 a 15 minutos para acondicionar nuestro cuerpo de nuevo al espacio escolar y prácticamente perdíamos nuestro descanso, sentados en una mesa tomando agua o algún refresco,

mientras que quienes ya se habituaron a caminar, podían reposar unos 5 minutos y disfrutar de su descanso.

Pero nuestras primeras pisadas a grandes velocidades también son reflejo de nuestros hábitos como comunidad, aquella que ha sido influenciada por la sociedad de los afanes. A diario vemos como profesores llegamos corriendo en nuestros vehículos porque tenemos el tiempo justo para arrancar clase a las 7:30 a.m., unos días más justos que otros porque el tiempo para empezar clase se acorta con las constantes eventualidades de nuestros desplazamientos por la vía panamericana, pero así mismo corren los estudiantes llegando rápido en sus motocicletas para no encontrar el portón cerrado.

Ese mismo afán se refleja en nuestras actividades escolares, al acabar rápido para poder descansar de la clase y tomar nuestros celulares, cuando salimos pronto al cambio de clase para alcanzar a ir al baño, al tomarnos 5 minutos de la clase antes de salir al descanso para no quedarnos sin que comprar en la tienda, cuando caminamos en ronda por el colegio durante el descanso y las horas libres para que el tiempo también se mueva, al terminar 15 minutos antes la jornada escolar y estar esperando en la puerta volver a casa pronto.

Nuestra comunidad se acostumbró a la sensación de ganar tiempo, queriendo tener de sobra para otras cosas, y así, como lo pensaba Frédéric (2014) fragmentar cada instante para llenarlo de actividades hasta reventar y amontonar muchísimas cosas. Pero pensar movernos más rápido por el camino para ganar tiempo, lleva a nuestros cuerpos a ignorar el camino y este termina siendo solo un conector de un lugar a otro, donde ni siquiera nuestros cuerpos se movilizan con conciencia, sino que son transportados por vehículos que van a grandes velocidades por las vías destapadas, y agitadas a veces, que nos conectan. Llegar rápido a nuestro colegio es ganar tiempo, pero paradójicamente tener mucho tiempo en el colegio solo nos

impulsa a querer salir de él lo más pronto posible, celebrando cada ocasión en que logramos anticipar nuestra partida.

Figura 69

Paso a paso



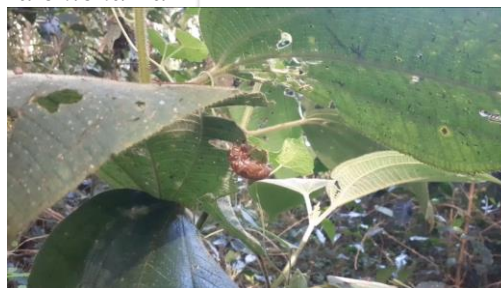
Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Yuliana en agosto de 2022. Yuliana, había escogido esta fotografía para resaltar los terrenos agrestes que a veces debían recorrer para llegar temprano al colegio. Los desechos eran caminos que los caminantes de la comunidad se abrían sobre la montaña y el monte para acortar caminos de un lugar a otro, pero muchos de ellos implicaban caminar con mucho cuidado, porque sus terrenos eran agrestes y solo se iban formando con el continuo pasar de personas por ahí. Pasar por el desecho no daba lugar a marchar con afanes.

Pero Helen también recordó mi forma de caminar, recalcando que mi costumbre de recorrer grandes distancias en un automóvil había deshabituado mi cuerpo a andar a pie, me costaba mantener un ritmo continuo y mi grupo debía esperarme en diferentes puntos del recorrido al quedarme atrás completamente solo. Yo era el reflejo de muchos de nosotros que en la cotidianidad y afán que implica la vida en una urbe, difícilmente dedicábamos espacios para caminar porque sencillamente no tenemos o no sacamos tiempo para ello.

Los territorios urbanos y sus prácticas cotidianas, han generado cuerpos de marcha acelerada carentes de contemplación y sin ritmo en sus pisadas. La idea de ahorrar tiempo en desplazamientos ha ido eliminando la práctica de andar a pie por marchas a velocidades sin conciencia o desplazamientos en vehículos que distorsionan la percepción del paisaje convirtiéndolo en líneas que se acercan a nosotros. Esta forma de desplazar nuestro cuerpo en el territorio no es más que la corporeidad de nuestra salud mental y física.

Figura 70

La chicharra



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Sebastián en julio de 2022. Sebastián escogió esta fotografía para sus reflexiones diciendo que gracias a la caminata había conocido por fin las chicharras que hacen los ruidos en el monte. Su reflexión tomaba fuerza porque Sebastián era un estudiante que venía de Cali y siempre se movía con el ritmo propio de un ciudadano, todo el tiempo parecía tener afán, pero las caminatas lo estaban llevando a reconocer el territorio que ahora habitaba.

- “El que camina con ritmo, construye su vida con ritmo”. – nos continuaba enseñando Mario (2015b) mientras marcaba el ritmo con una vara que había recogido en el camino. –
- “El ritmo es una medida interna de autocontrol sobre el movimiento, control ejercido con el objetivo de regular fuerza y garantizar el recorrido” (Mario, 2015b, pp.91-92).

Entonces, un cuerpo deshabitado a andar a pie, es un ejemplo de una vida sin ritmo, sin autocontrol interno, donde nos sumergimos en una constante frase mental: “debo organizarme” para poder ganar tiempo y “...tener tiempo para descansar”, aquella misma ilusión que persigue culminar lo más pronto posible la caminata. Unos caminan rápido y otros desplazamos nuestros cuerpos en vehículos a grandes velocidades buscando tener tiempo de sobra para descansar.

Aquel día la marcha de Helen nos enseñaba, aquellas pisadas que proyectaban nuestra caminata, porque cotidianamente al igual que muchos de sus compañeros, ella caminaba de una

Figura 71

Las pisadas



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en agosto de 2022. El camino en trocha se construye en la cotidianidad, la constancia y por acumulación grupal.

vereda a otra en diferentes momentos del día, y esta repetición le había dotado de la posibilidad de jugar con los diferentes espacios y tiempos de su territorio, entrando en la conciencia de su ritmo propio en función de los desplazamientos previstos. Su caminar reflejaba uniformidad y regularidad en sus pasos.

- “La señal auténtica de la seguridad en uno mismo es la lentitud”. – Decía Frédéric (2014) sobre la marcha de Helen – “Pero con ello me refiero a una lentitud del caminante que no es exactamente lo contrario de la velocidad” (Frédéric, 2014, p.30).

- “El viaje a pie, necesita de un vehículo de movilización, de una plataforma versátil y potente”, – complementaba Mario (2015b) la reflexión sobre las pisadas de Helen recordando también las de Fernando Vallejo – “...y esa plataforma es el cuerpo, un

cuerpo habitado por un clima interior y equipado de un mapa mental parcial: conceptual, emocional, social, cultural, político” (Mario, 2015b, p. 88).

En ocasiones Helen podía adelantar el paso cuando su cuerpo leía el territorio o las condiciones climáticas hostiles, pero retornaba a la calma y a la lentitud propia de su ritmo sin presentar síntomas de cansancio diferentes a una leve agitación producto del cambio de velocidad. Y en otras ocasiones detenía su marcha para entrar en la contemplación del paisaje, recordar sus pisadas pasadas y proyectar sus pisadas futuras. Y ahí estaba la clave de la enseñanza de Helen a nuestros cuerpos, donde caminar es ser en el territorio que se camina.

Por lo que habituar el cuerpo para andar a pie, es resultado de horas y horas de caminatas, de recorridos largos o cortos, con largo aliento y contemplaciones del paisaje descifrando sus caminos, pero sobre todo de encuentros con nuestra corporalidad física formada de huesos, carne y piel, para que el cuerpo se haga masa de la tierra que pisa, como lo explicaba Frédéric (2014), pidiéndonos que ya no habitáramos el paisaje, sino que fuéramos con él.

Luego de unos minutos de recorrido, Helen nos invitó a descansar a la altura del cruce de nueva Colombia, teníamos que tomar la decisión de regresar o continuar nuestro recorrido, así que esperamos a que todos los caminantes de aquel día nos alcanzaran. Cuando el grupo estaba completo, empezamos a plantear las diferentes rutas posibles en el camino, incluyendo aquellas por las que podríamos regresar al Colegio, pero el ánimo estaba apoderado de nosotros y queríamos seguir avanzando. Por ello trazamos ruta y seguimos avanzando.

3.8. Caminando

Seguíamos la caminata, y ese 16 de agosto de 2022, la ruta era hacia Tres Quebradas, y caminar ya era una práctica donde nos encontramos como miembros de una comunidad, fuera en la compañía de los cuerpos de quienes pudieran acompañar la caminata o desde el recuerdo de quienes la memoria traía a nuestras mentes cuando pisamos un espacio.

Figura 72

Nuestra alteridad



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en septiembre de 2022. El camino se construye con nuestra alteridad, el cercano con el cuál puedo dialogar, y no solo dialogamos con personas, sino con todo nuestro paisaje.

- *“Mira profe que he comprendido que caminar es estar con la alteridad”* – mencioné a Alfonso mientras miraba como los grupos reían entre ellos al avanzar en el camino.
- *“Claro, teacher”* – me respondió Alfonso.
- *“¿Cómo así alteridad?”* – preguntó Alexis quien iba en nuestro grupo de caminata.
- *“Es ese otro cercano con el cual puedo dialogar y sentirme respaldado, se puede construir ese eco de lo interno conectado con todo”*–

Respondió Alfonso (2016, p. 97), mientras recogía su largo cabello como ya era habitual en él. Todo porque el calor de la mañana y el ritmo de la caminata ya estaban empezando a cobrar las primeras gotas de sudor en su cuerpo.

- *“Y ese otro cercano no es solo un humano”* – seguí explicando a Alexis – *“... sino también lo no-humano, con quien también somos. Nadie camina solo, caminar es un acto comunitario en sí mismo, una acción de compañía donde siempre estarán nuestras alteridades presentes, árboles, animales, humanos, recuerdos e incluso los espíritus”*.

Aquel día habíamos acordado caminar a Tres quebradas, y como ya era habitual se formaron subgrupos para recorrer la carretera. Íbamos con Alexis, quien era estudiante de grado 9 y se había animado a llevar el ritmo de Alfonso (2016), Frédéric (2014), Arturo (2014) y yo, contándonos anécdotas sucedidas en algún lugar específico o explicándonos de quienes eran las fincas o terrenos por los que pasábamos.

- *“Es que usted camina muy despacio, profe”* – me dijo al ver que sus compañeros ya nos tenían ventaja en el recorrido. – *“... acá uno camino más rápido o coge los atajos, pero yo es por esperarlos a ustedes”* (Comunicación personal, 16 de agosto del 2022).

- *“Vos no estás acá por esperarme, sino que a vos te gusta es conversar con nosotros”*. – le dije intento bromear con él.

- *“La conversación lleva a hablar de uno mismo y de sus diferencias”*. – Participó Frédéric (2014) interesado en la conversación – *“Y, poco a poco, el otro nos remite a nosotros mismos en nuestra historia y nuestra identidad”* (Frédéric, 2014, p.45).

- *“Es que conversan bueno”* – dijo Alexis – *“... usted no conoce por acá, y sale con unas muy chistosas, toca enseñarle, profe”*. (Comunicación personal, 16 de agosto del 2022)-

Figura 73

La iglesia de la vereda El Turco



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Sofia en octubre de 2022. Como ciudadano pensaba que la iglesia de la vereda era un lugar abría sus puertas todos los días, pero en nuestros diálogos de caminata comprendí que solo se apertura los domingos, ya que ni siquiera el cura vivía ahí en semana. Un claro ejemplo de mis lecturas descontextualizadas.

Alexis, me había devuelto la broma, realmente él disfrutaba escuchar nuestras interpretaciones sobre el territorio desde el desconocimiento, porque en muchas de las caminatas quienes no vivíamos en las veredas cercanas, sino que veníamos de la ciudad, intentábamos imaginar un espacio específico por el cual cruzábamos, pero desde una descontextualización tan abismal que terminaba siendo una broma para quienes a diario recorrían estos caminos.

Pero las bromas en la conversación, como bien lo decía Frédéric (2014), terminaban siendo un acercamiento hacia nuestra identidad, hacia nuestra historia. Alexis, aquel día era quien asumió hablarnos del territorio, de su región, de los espacios que estábamos reconociendo. Digo reconociendo porque conocíamos Tres Quebradas, ya que no era la primera vez que pasábamos por ahí, pero cada nuevo recorrido era un reconocer de maneras diferentes estos territorios donde los espacios se releían desde la mirada de quien estuviera acompañando nuestra marcha, del ánimo que lleváramos, de la intención que nos tenía en aquel lugar o simplemente del recuerdo de experiencias que se habían acumulado en el caminar por ahí.

Justamente pasábamos por una casa muy grande, y sus paredes estaban pintadas con un mural alusivo a un club de fútbol del Valle del Cauca, el América de Cali. Si bien habíamos visto la casa varias veces al pasar por ahí en algunas salidas hacia la sede del colegio que queda en Tres Quebradas, por lo general íbamos en un carro y no nos deteníamos a ver los detalles de ella. Sus paredes se llenaban de estrellas ganadas por el equipo, símbolos alusivos a la barra brava “Barón rojo sur”, y en toda la mitad de las paredes el escudo en grandes proporciones.

- “¿*Acá hay barristas del América?*” – le pregunté a Alexis

- “¿*Qué es eso, profe?*” – Respondió Alexis riéndose

- *“Son personas que son hinchas del América, van a los partidos y tienen eso símbolos que tiene pintada la casa”* – le expliqué a Alexis.

- *“No, profe”* – me respondió Alexis – *“Ahí vive un señor que corta madera y también le gusta pintar, por eso tiene la casa así”*. (Comunicación personal, 16 de agosto del 2022)

Me llenaba de curiosidad ver como una práctica tan urbana como el muralismo de equipos de futbol, se hacía presente en una vivienda rural y era mucho más curioso que se realizara por una persona no barrista. La lectura que hacía de dicha casa estaba condicionada por mi experiencia en la ciudad, pero Alexis la leía como una forma de expresión de aquel trabajador de la madera.

-*“Hay muchas ontologías o mundos que, aunque ineluctablemente interrelacionados, mantienen su diferencia como mundos”*. – Me dijo Arturo (2014) al percatarse de nuestras diferentes lecturas – *“Las ontologías relacionales con frecuencia involucran perspectivas territoriales y comunales”* (Arturo, 2014, p.59).

Con la reflexión de Arturo (2014), empezamos a comprender por qué nuestra comunidad educativa es una interrelación entre los diferentes mundos de quienes convivimos ahí. Si bien hay prácticas, conocimientos o saberes que se comparten, fuese porque han sido adquiridas por una comunidad a otra o porque hacen parte de nuestra esencia como seres humanos, se ven desde una perspectiva propia siempre diferente entre sujetos. Arturo (2014) nos hablaba de ello como ontologías relacionales, esas formas diferentes de ver y organizar la vida.

Figura 74*Limpieza*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en agosto de 2022. Un tapabocas mojado y tirado en el tanque, para mí era basura contaminante y no me atrevería a tocar. Para mi estudiante era una herramienta más limpiar sus zapatos. Un claro ejemplo de nuestras maneras tan diferentes de comprender el mundo.

Y, por supuesto, nuestra comunidad educativa posee diferentes formas de ver la vida, el encuentro de nasas, mestizos y afrocolombianos que a su vez también somos habitantes de la urbe o habitantes rurales, hace que nuestra visión de educación y la forma de realizarla este influenciada por nuestras propias ontologías y el ejercicio de caminar los territorios nos estaba llevando a comprender otras formas de entender y ver la educación. Estábamos

entrando en la comprensión de lo pluriversal de la I.E. Policarpa Fernández, entendiendo que, como nos enseñaba Arturo (2014) aquel día, somos diferentes mundos que coexistimos en la educación rural que pretendemos desarrollar.

-“Este reconocimiento llega acompañado del reconocimiento de que el mundo es un incesante y siempre cambiante flujo de formas y de prácticas” – Nos decía Arturo (2014) aquel día – “... una multiplicidad de mundos; en otras palabras, un pluriverso, dentro del cual cada mundo alcanza coherencias históricas contingentes” (Arturo, 2014, p. 61).

Nuestra caminata continuaba y recorríamos la vía con los desniveles que le acostumbraba, marchábamos en grupo y la conversación había cesado un poco porque nuestro grupo estaba marchando desde la contemplación del paisaje. Llegamos a un punto donde la vía es bastante pareja, y a menudo nos pasaban motocicletas o carros que se desplazaban velozmente. Hasta que

logré identificar el sonido de una chiva que venía atrás de nosotros, y nuestros cuerpos empezaron a moverse hacia a las orillas o lo que en las veredas se conoce como sequias, que son caminos para el recorrido del agua en temporadas invernales. Ninguno tuvo que voltear a mirar atrás, el sonido nos ayudaba a medir la distancia del vehículo y nos permitía calcular con que velocidad debíamos mover el cuerpo hacia la orilla.

La chiva nos rebasó y recordé la primera vez que nos había rebasado una en nuestras caminatas, aquel día me asusté en varias ocasiones y cambiaba mi ritmo para acercarme a la orilla, casi corriendo, incluso recuerdo a Widinson diciendo: “*el profe sí es gallina*”, pero esta vez era diferente, me di cuenta que mi cuerpo se iba adaptando al ritmo de los estudiantes, aquellos caminantes de años, de los habitantes de aquel territorio y empezaba a asimilar el sonido de los vehículos como un aviso de moverme a las orillas sin necesidad de cambiar el ritmo. Estaba empezando a comprender el ritmo de quienes habitaban estos territorios.

- “*En otro tiempo habríamos salido corriendo*” – comenté a nuestro grupo al paso de la chiva, con algo de orgullo hacia nuestro aprendizaje – “... *pero ya estamos comprendiendo como caminar los territorios*”.

- “*En la marcha se entra en contacto con las personas en el día a día de su vida*” – dijo Frédéric (2014) con su particular movimiento de manos cual director de orquesta, aquel que la academia había dejado en su cuerpo tras largos discursos de sus postulados – “... se bordean los campos en donde trabajan, se pasa delante de sus casas. Se detiene uno y se entabla conversación. Andar es el mejor ritmo para comprender al otro y sentirse cercano (Frédéric, 2014, p.144).

Figura 75

Sentirse cercano



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en septiembre de 2022. En una de nuestras últimas salidas tuvimos que utilizar la chiva para llegar a Buena Vista, la vereda más lejana que visitamos donde vivía uno de nuestros estudiantes. Este recorrido de casi 9 kilómetros desde nuestra institución, nos llevó a paredes de barro, techos de zinc, ropas extendidas a borde de carretera y casas comunitarias de varias familias.

- *“¿Les parece que llegamos a comprender al otro al caminar?”* – pregunté a quienes iban conmigo. – *“¿Será que nos sentiremos cercanos?”*

- *“Caminar nos permite tener más experiencia, nos permite conocer más cosas en la vereda, conocer nuevos lugares, nos permite conocer el camino”*. – dijo Alexis señalando el paisaje a su alrededor – *“Pero lo que más disfruto es tener espacio para conversar con los compañeros, contar historias, recochar y conocer otras personas. Nos permite imaginar sobre el mundo”* (Comunicación personal, 16 de agosto del 2022).

- *“Yo decía pues, o sea, es que era desgastador para los muchachos”* – dijo Diana Mina que se nos unió en el camino – *“... o sea se conmueve uno de ver esa situación, y también pensé que la carretera igual no está tan en malas condiciones, pero cuando llueve ¿cómo será?”* – en ese momento guardó silencio, tomo aire y miró a su alrededor – *“¿Cómo será”*

cuando llueve? Por eso es que muchas veces ellos se caen, llegan lastimados, que se cayeron, que no pudieron venir, que la moto se varó, que la moto, volvió a tomar aire – “Bueno, mejor dicho, cantidad de cosas”. (Comunicación personal, 28 de septiembre del 2022)

- *“Y en contraste un poco con la dinámica que tomemos nosotros los profes que nos vivimos acá en la zona”, – pregunté a Diana con la curiosidad que me despertó su intervención – “¿Crees que hay algún punto de comparación en ese desgaste también que nosotros hacemos viajando todos los días, transportándonos a veces una hora, una hora y media, hasta dos horas? ¿hay algún punto de comparación?”.*

- *“Pues realmente yo creo que el ser humano es de costumbres” – Dijo Diana mientras continuaba la marcha – “y así como nosotros nos acostumbramos, los docentes a venir desde nuestras casas para llegar aquí a la institución, pues lo mismo pasa con los estudiantes, pienso yo. Ellos también se acostumbran como a vivir acá en su territorio y a tener que hacer ese desplazamiento pues a diario, así como nosotros”. (Comunicación personal, 28 de septiembre del 2022)*

En ese momento cruzó una motocicleta que llevaba 4 personas, su piloto nos pitó saludándonos, era un egresado del colegio de hace unos años atrás que viajaba con su familia que ya la conformaban dos niñas y su pareja.

- *“Pero pues, en otra situación mirándolo de otro punto de vista” – Diana volvió a intervenir contemplando cómo la motocicleta se perdía en el horizonte –“... pues las carreteras de nosotros son pavimentadas, ¡acá no! Entonces... tenemos vehículos o gracias a Dios pues tenemos como llegar en un vehículo, sea propio, o sea ajeno, tenemos como esa manera de llegar en un vehículo... Entonces pues no sea allí... no se compara*

igual, no se compara, no se puede comparar". (Comunicación personal, 28 de septiembre del 2022)

- *"Profe, disculpa que te pregunte"*. – Le dije a Diana luego de observar cómo había cambiado de parecer en su respuesta – *"¿Crees que conocer estos contextos en algo transforma tu práctica?"*.

- *"Sí, es como de tener un poquito más de consideración con los estudiantes, ¿no?, cuando no vienen, como ser más flexible"* – Me respondió Diana – *"...cuando no pueden llegar al colegio, sea por equis o por ye motivo, pues volverse uno como más flexible en cuanto a eso"* (Comunicación personal, 28 de septiembre del 2022).

Las respuestas de Diana eran una lectura de lo que estaba pasando conmigo y con varios colegas que habíamos participado en los recorridos a lo largo del año. Era evidente como nuestras prácticas pedagógicas se estaban transformando, estábamos comprendiendo la relación que teníamos con nuestros estudiantes, con sus realidades, con sus territorios. Como nos había enseñado Paulo (1997) estar en el mundo implica estar con el mundo y con los otros.

Nuestra marcha continuó y ya casi llegábamos a Tres Quebradas, a lejos miramos como varios grupos ya nos estaban esperando porque se habían desviado atravesando fincas para llegar más rápido al punto de encuentro. Lo supe porque cada vez que ladraban perros a lo lejos, Alexis nos decía que por allá iban sus compañeros, ya que era una práctica común entre los estudiantes atravesarse las fincas, corriendo el riesgo de ser mordidos por perros cuidadores con el fin de reducir las distancias.

Al llegar al puente que da inicio a Tres Quebradas, ya habíamos recorrido aproximadamente 50 minutos y algunos estudiantes se detuvieron en una casa con un letrero

escrito en la pared que decía “hay chirrincho”, al preguntarles porque se detenían ahí, manifestaron que estaban pidiendo limones, que la señora que vivía ahí regalaba. Pero este hecho dio para que empezaran a hacerse bromas entre ellos, se escuchaban comentarios como “ese está pidiendo chirrincho”, “¿ya va empezar tan temprano?” o “Chai. Yo solo tomo ron”.

Pregunté a algunos porque conocían a la señora y me contaban que era un lugar muy frecuentado por varias personas de las veredas vecinas porque ahí se fabricaba chirrincho y vendían otros licores. Algunos contaban que ellos compraban ahí cuando venían a las fiestas de Tres Quebradas, señalando la caseta de la vereda indicando que ahí se realizaban las fiestas.

Recuerdo que Sofia había bosquejado en su diario personal una idea de licor que fusionaba chirrincho con guamas. Cuando le pregunté por ello me dijo que su idea era la fusión de dos cosas que le llamaron la atención en la caminata, por una parte, sus amigos robando guamas y por otra la tienda donde se vendía chirrincho.

Figura 76

Chirringuan



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé del dibujo de Sofia en agosto de 2022.

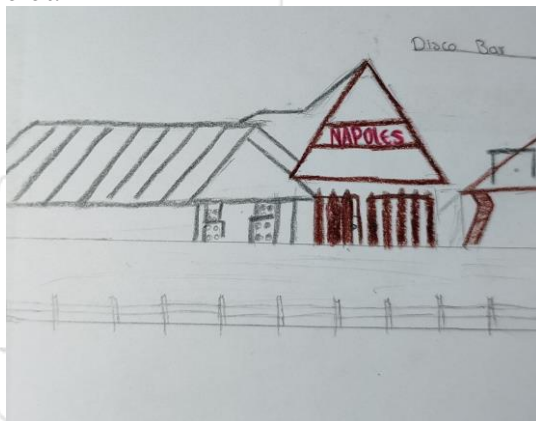
Esta no era la primera vez que durante las caminatas se hacían bromas sobre el consumo de alcohol, la cuál era una práctica común en muchos pobladores de las veredas, y que se había ido incorporando a menores de edad, algunos que eran estudiantes de nuestro colegio. La asistencia a fiestas o bingos en las casetas promovía el consumo de alcohol y no existen restricciones con menores de edad adolescentes, como los estudiantes de noveno, precisamente

porque muchos de ellos trabajan y reciben pagos en efectivo, brindándoles cierto grado de potestad sobre el gasto de su dinero.

- “En su forma dominante, esta modernidad —capitalista, liberal y secular— ha extendido su campo de influencia a la mayoría de rincones del mundo desde el colonialismo”. – Mencionó Arturo (2014, p.75) al ver la naturalidad con la que se asumía la práctica de consumir alcohol.
- “¿Entonces el alcohol es el opio de este pueblo?” – Le dije sarcásticamente a Arturo (2014).

Figura 77

Disco bar



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé del dibujo de Darwin en julio de 2022. Al preguntarnos cuales eran los sitios significativos de las veredas de donde proveníamos, muchos representaron discotecas, casetas y disco-bares, como por ejemplo el dibujo de Darwin. Este es un ejemplo claro de como la cultura del consumo de alcohol es una constante realidad que impacta a nuestros estudiantes.

No solo era el alcohol, eran las casetas que vimos construidas en cada vereda, las noches de baile, alcohol y bandas de regional mexicano, pero también las tardes cerveceras, de tecnocumbia y de bingo. Si Marx había comparado la religión como el “opio del pueblo”, en estos territorios mi analogía pretendía evidenciar como se adormecen o distraen estos territorios de las luchas y desigualdades sociales. El alcohol en este caso puede servir

como una forma de evasión o consuelo en situaciones difíciles.

Sin embargo, algo estaba cambiando en los estudiantes desde las caminatas, y era la lectura sobre estas prácticas. Si bien seguían haciendo burlas sobre el consumo del alcohol,

empezaron a analizar esta práctica como una problemática social, y resaltaban la importancia de sus autoridades indígenas para enfrentarla. En la conversación de aquel día empezaron a aparecer relatos de cómo personas habían sido castigadas por el cabildo por el consumo desmedido de alcohol y resaltaban la importancia de regular su consumo en el territorio. Al continuar nuestra marcha, Alexis recriminaba a los que se gastaban el dinero en licor.

- *“Hay algunos que se hacen su buena plata en dos semanas de raspar”* – Decía Alexis mientras jugaba con una rama de pasto que había arrancado – *“... pero en un fin de semana se la gastan tomando Old Parr, ¡para qué eso!”* (Comunicación personal, 16 de agosto del 2022).
- *“¿Pero por qué trabajan?”* – Le pregunté.
- *“La necesidad profe”* – dijo Alexis – *“... usted es de buenas, así todo joven y ya tiene carro. Pero a uno le toca duro”* (Comunicación personal, 16 de agosto del 2022).

Yo era de buenas para Alexis por contar con la suerte de nacer en la ciudad, en una familia que pudo brindarme sustento para educarme, de estudiar como una posibilidad de realización, de ganar el concurso docente, tener un salario mensual y abrirme la posibilidad de adquirir una deuda para tener un vehículo en el cual desplazarme. Para él, ser de buenas empezaba en no tener que trabajar para sobrevivir, por eso decía que le tocaba duro, buscando adquirir una calidad de vida estable a corta edad, pero luchando por ir a la escuela bajo la idea de salir adelante y superarse, sin dejar de lado la posibilidad de sustentarse a sí mismo para quitar esta carga a su madre.

En la compañía de la caminata, Alexis nos contó que le faltaba mucho a clases porque tenía que ir a trabajar para comprar sus cosas y poder apoyar económicamente en su casa. Pero al preguntarle en que trabajaba, me dijo que en vacaciones visitó el Tambo con los elenos raspando

coca. Él se refería a la acción de recolectar hojas de coca para el grupo armado insurgente de Colombia ELN.

- *“Allá hay que portarse serio, si uno quiere trabajar lo dejan estar allá, pero si se pone de desjuiciado lo van matando, profe”* – Nos contaba Alexis (Comunicación personal, 16 de agosto del 2022).

Le pregunté que, si era la única opción que tenía y me decía que no, pero era la que más le servía, porque podía trabajar en vacaciones, ahorrar y estudiar. Nos contaba que cogiendo café pagan poco y no se da todo el tiempo, incluso algunas fincas no pagan lo que es. El jornal diario que en la región suele ser de 30.000 pesos y a los adolescentes se los pagan a 10.000 o 12.000 pesos. En cambio, raspando coca podía hacerse hasta 100.000 pesos en lo que decía era un buen día de trabajo.

Este es el ejemplo de cómo los cultivos ilícitos terminan siendo una opción para muchos jóvenes en la región, que en ocasiones ni siquiera vislumbran el accionar violento en la práctica del narcotráfico y que bajo la idea de necesidad por sobrevivir mientras se sale adelante o se tiene tiempo para estudiar, encuentran en estos caminos una opción de vida que puede ser transitoria o que no puede encontrar regreso. Alexis trabajaba por dinero, en su discurso intentaba aislarse mucho del conflicto armado, más bien hacia énfasis en ahorrar, comprarse buena ropa y comer bien. Nos decía que las zapatillas que llevaba puestas, una imitación de las Nike Air Jordan, habían sido lo que se había comprado con lo que le sobró del trabajo en estas vacaciones, y entendimos por qué precisamente durante el camino, cuidaba mucho donde pisaba, para no ensuciar tanto sus zapatos.

Figura 78*No armas*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Aider en septiembre de 2022. Este letrero en la vereda Buena Vista nos hizo comprender el conflicto armado aún más cerca de lo que lo percibíamos. Aunque siempre estuvo ahí, la imagen nos recordó que estamos en constante riesgo en nuestro territorio.

Ahí empecé a comprender esos mundos posibles a partir de las coherencias que cada uno asume de sus realidades y de las relaciones que establecemos con las formas y las prácticas. Mi lectura de la necesidad no era la misma que hacía Alexis, nuestras coherencias eran diferentes, pensarme como un raspador de coca era una contribución al conflicto armado de nuestro país, era llenar de sangre más mi territorio. Pero yo era “de buenas”, como decía Alexis, en cambio él no contaba con esa suerte, él debía trabajar como obligación y el estudio había sido su opción, poco pensaba en su contribución al conflicto armado, no podía pensar más allá de su necesidad.

Esta comprensión nos estaba llevando a la conciencia del pluriverso y de las ontologías relacionales de nuestra comunidad educativa, recordando con más fuerza las palabras de Zully, aquellas que habían animado este camino “...*nosotros en realidad no les estamos inculcando esa fuerza y ese empoderamiento para que ellos lo hagan*”

Una invitación a reflexionar sobre nuestras prácticas pedagógicas en aquella conversación que teníamos como colegas en el patio del colegio meses atrás. En aquella ocasión hablábamos de realizar prácticas que invitaran a pensarnos el trabajo en la tierra, los territorios, las prácticas de la región. Entonces continuamos la marcha, pero el ánimo de la caminata se llenó de esperanza por el cambio, porque en ese momento comprendimos que lo estábamos haciendo, estábamos empezando el camino hacia la transformación de las prácticas pedagógicas en nuestra comunidad educativa desde el acto mismo de caminar los territorios, ser con el mundo y con los otros como nos enseñaba Paulo (1997).

3.9. La contemplación en la cruz de Oscar

Seguimos avanzando, esta vez desde el silencio y la contemplación. Aquel 23 de agosto, cruzábamos el bosque camino hacia Tres Quebradas y luego de 40 minutos de caminata llegamos a un lugar que era bastante recto, entonces notamos que los grupos de estudiantes que iban adelante empezaron a disminuir el ritmo y caminar con contemplación. Le pregunté a Derly porqué se detenían y ella nos contó que en ese lugar había fallecido su primo, quien fue compañero de estudio de muchos ahí y que perdió su vida en un accidente a la madrugada. Cuando seguimos avanzando, al llegar a la mitad de la recta, nos encontramos una cruz que marcaba el lugar donde había acontecido el suceso.

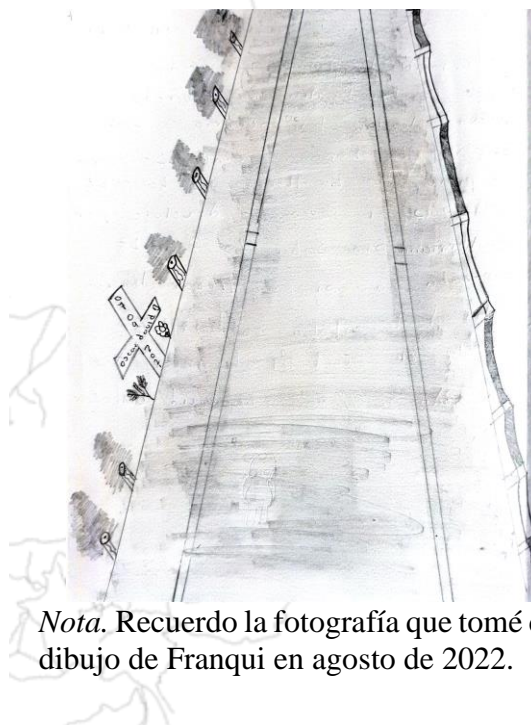
- “Profe, ¿nos deja a saludar al finado?” – me preguntó Laura, con mucho respeto.

Solo moví mi cabeza en aprobación y nos detuvimos unos minutos. Los estudiantes que hace unos minutos atrás eran grupos de risas, juegos y travesuras, ahora no jugaban en este espacio, quienes lo conocieron respetaban este lugar y quienes no, asumían también respeto por sus compañeros. Varios se acercaron a tocar la cruz y algunos secaban las lágrimas que producía el recuerdo.

- “El finado se aparece por aquí a veces” - Me dijo Derly acercándose a mí luego de haber tocado la cruz – “...lo cuida a uno cuando pasa muy tarde por esta carretera”.

Figura 79

La cruz en el camino



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé del dibujo de Franqui en agosto de 2022.

Entendí que el territorio también es un grumo de construcciones colectivas que hacían del paisaje un espacio simbólico, aquel donde hemos sido, seguimos siendo, y otros han sido.

Estábamos viviendo la contemplación simbólica que más me había marcado desde que empezamos a caminar. La cruz de Oscar con los pinos de fondo era la postal de aquel amigo con el cual muchos habían estudiado, lo recuerdo como ese niño de sexto que sabía dibujar muy bien, pero nunca aprendió a leer.

La cruz que marcaba el lugar donde falleció Oscar, nos llevó a la contemplación del paisaje de otra manera, era un lugar con la presencia de la nostalgia, era un lugar donde recurrimos a la quietud de nuestros cuerpos para hablar con Oscar, y nuestra soledad se marcó por el recuerdo, conversamos con la cruz, con el viento que soplaba en ese momento y con el espíritu de Oscar.

Luego de un tiempo retomamos la marcha, pero en silencio. Sin embargo, estaba comprendiendo como el ejercicio cartográfico toma importancia por cuanto la caminata con la alteridad nos eleva a un plano comunitario.

Figura 80

Narrativa sensible

La historia del finado que se fue a un bingo con su familia en la vereda Nueva Colombia todo ocurrió a las 3:00 de la mañana cuando se mam le pidió que la llevara a la casa y después el joven se devolvió por su hermana sin saber lo que le esperaba ya casi para llegar hacia el sitio donde estaba su hermana ocurrió el accidente del joven que en vida se llamó Oscar David Baltazar

Nota. Recuerdo la fotografía que tomé del escrito de Yuliana en agosto de 2022. “La historia del finado que se fue a un bingo con su familia en la vereda Nueva Colombia, todo ocurrió a las 3:00 de la mañana cuando su mamá le pidió que la llevara a la casa y después el joven se devolvió por su hermana sin saber lo que le esperaba ya casi para llegar hacia el sitio donde estaba su hermana ocurrió el accidente del joven que en vida se llamó Oscar David Baltazar”.

- “En el fondo, a menudo es el encuentro con el otro lo que nos devuelve a la soledad”. –
empezó la conversación Frédéric (2014) rompiendo el silencio que acompañaba nuestra

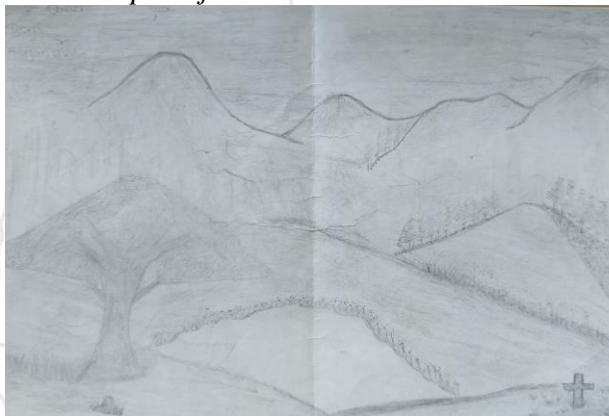
marcha. – “... la marcha permite esos momentos de soledad compartida. Porque la soledad también se comparte, como el pan y la jornada” (Frédéric, 2014, p.45).

- “Aunque circunstancialmente sin compañía percibo la substantividad de “estar con”. Es interesante pensar ahora en qué medida fue importante, indispensable incluso estar con”. – continuó Paulo (1997, p.17) – “Estar en el mundo implica necesariamente estar con el mundo y con los otros” (Paulo, 1997, p.22).

- “Es imposible estar solos cuando caminamos” - continuó reflexionando Frédéric (2014) sobre el momento que acabábamos de vivir como grupo – “... de tantas cosas como poseemos con la mirada, tantas cosas que se nos dan, que se hacen nuestras a través de esa toma de posesión inalienable de la contemplación (Frédéric, 2014, p.45).

Figura 81

Parte del paisaje



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé del dibujo de Derly en agosto de 2022. En su dibujo Derly plasmó el paisaje que contemplo aquel día en la caminata. En él es claro que la memoria de Oscar es parte del paisaje que contemplamos. Este es un ejemplo claro de cómo empezamos a resignificar los espacios recorridos para hacerlos vividos.

Esta conciencia de interacción en la soledad de la contemplación que habíamos vivido, reforzaba la idea de la importancia de nuestra alteridad, humana o no humana, en la cartografía curva de los territorios, al brindarnos la posibilidad de acercarnos a la conciencia identitaria de los espacios que recorremos.

Estábamos siendo en los territorios desde las ontologías relacionales de las que tanto nos hablaba Arturo (2014), nuestra lectura también era de esos mundos biofísicos, humanos y supernaturales, que

no están separados, sino que siempre se presentan vinculados. Es gracias a este encuentro con nuestras alteridades que se agudiza la lectura de los territorios haciendo conciencia de los paisajes contemplados como espacios de identidad, en los cuales coexistimos y donde nuestras pisadas no son las únicas que están en la tierra.

3.10. Compartiendo helado

De camino a la vereda Caloteño, el 06 de septiembre de 2022, empezábamos a pensarnos los ritmos individuales de cada uno de nosotros, observando a nuestros acompañantes de marcha y encontrando un ritmo grupal a partir de nuestras singularidades. Precisamente esta conciencia nos estaba llevando a repensar las palabras de Mario (2015b), para quien mapear tridimensionalmente es una praxis de liberación mental.

La idea de andar a pie como praxis de liberación era una premisa que al principio no comprendíamos, sin embargo, el cúmulo de horas recorridas por las veredas había permitido que hiciéramos conciencia cómo nuestra carne se despojaba de prácticas y cargas para habituarse a caminar, pero también cómo nuestra mente se elevaba a un nivel de despojo donde dejábamos poco a poco atrás el concepto de aprendizaje como un elemento escolar y lo incorporábamos como principio de vida. Llegar antes del timbre a la hora del descanso ya no era tan importante porque estábamos descansando mientras caminábamos.

Figura 82

Liberación mental



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé del dibujo de Breiner en septiembre de 2022. En su diario personal quiso representar el paisaje recorrido acompañado de una frase que deja entrever la praxis de liberación que estábamos alcanzando como caminantes.

- *“Uno se despeja profe”* – Decía Eyner mientras llevaba a su boca un pasto largo ya molido de tanto morderlo en el camino – *“... todas las clases deberían ser con caminatas”*.
- *“Hace poco fuimos con noveno, con ellos también, hasta... ¿qué lugar era eso? cerca de las vueltas”*– intervino Magda ante el comentario de Eyner – *“... fue una experiencia chévere, porque entonces... íbamos como haciendo el reconocimiento, pues de este espacio, desde el colegio hasta allá, pero más lo hacíamos como en esa liberación de salir del colegio y de respirar otro aire, ¿sí? de que ellos pudieran como desconectarse de lo académico”* (Comunicación personal, 29 de septiembre del 2022)
- *“Andando, uno no va en busca de sí mismo, como si se tratara de reencontrarse, de liberarse de las viejas alienaciones para reconquistar un yo auténtico, una identidad perdida”*. – Reflexionó Frédéric (2014, p.11) al escuchar a Magda.

Nuestras cargas y preocupaciones escolares, familiares o personales de la cotidianidad, encontraron en la práctica de andar a pie un espacio de despojo, donde gracias a la contemplación del paisaje desaparecían los afanes impuestos por las instituciones o por nosotros mismos, para darle lugar a la conciencia de nuestros pies sobre la tierra. Estábamos encontrando nuestro ser en los territorios, esa identidad perdida de la que hablaba Frédéric (2014), esa parte de nosotros que nos une a lo territorial.

- *“Chévere, porque ellos le van diciendo a uno cosas que ellos conocen de su entorno que uno desconoce”* – continuó Magda cargando su discurso de la emoción sonriente que le caracteriza cada vez que quiere expresar sus reflexiones internas – *“Yo iba hablando con una chica y bueno, ¿qué es lo que acá siembran? o sea, aproximándome a ese contexto y que ellos manejan... De hecho, les hablaba, y bueno como es ese tema que escucho en el colegio*

que se van a raspar y esas cosas”. – Empezando a sonreír, pero esta vez con algo de pena, queriendo conectar la idea de un tema un poco complejo de tratar en nuestras caminatas – “... *no es por acá por acá... no sé... acá en las tierras no dan para eso, se van lejos y me nombraba los lugares que eran. Entonces cómo en ese sentido acercarnos más a lo que ellos conocen de su contexto ¿sabes?*”.

- “*O sea que lo significativo para ti*” – Le dije Magda – “... *en ese caso es cómo te retroalimentan del lugar donde estás trabajando*”.

- “*Exacto*” – respondió. (Comunicación personal, 29 de septiembre del 2022)

Nuestra conversación se detuvo cuando llegamos a una tienda de Caloteño donde varios grupos que iban adelante se habían detenido a comprar helado, así que también nos detuvimos, porque en cada caminata era significativo hacer una parada en la cual

Figura 83

La tienda de helados



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé del dibujo de Widinson en septiembre de 2022

compartíamos nuestras bebidas o comidas, siendo el espacio dónde nuestra reflexión interna producto de la caminata encontraba eco en las experiencias de otros grupos.

Esta tienda, era una gran sala en la que solo quedaban helados para la venta, por lo que pedimos para todo el grupo. Sin embargo, me impactaba el hecho de encontrar en esa misma sala camas para dormir, la nevera de los helados, unos estantes de aluminio vacíos una cocineta pequeña y sillas improvisadas armadas con

canastas de productos. En una zona de la sala jugaban 4 niños de diferentes edades, que no superaban los 5 años. Y luego comprendí que todos estaban al cuidado de su madre quien, al reconocermme como profesor del Policarpa Fernández, me contó que tenía dos hijos más en la sede primaria de Caloteño.

Luego de recibir nuestros helados, le dije a todo el grupo que los consumiéramos mientras seguíamos la caminata, porque no me parecía apropiado quedarnos en lo que para mí era la habitación y la intimidad de aquella familia. Así que seguimos la marcha y Derly quien vivía en la vereda que recorríamos, nos empezó a contar que aquella era una familia evangélica que acababa de llegar hace unos meses a la vereda, y venían desplazados de algún lugar que ella desconocía pero que vivían ahí porque la iglesia en la que se congregaban les prestaba el espacio mientras el padre de familia encontraba un buen trabajo. Con su historia nos acababa de “erizar” nuestra piel.

- *“Uno deduce e infiere pues que los estudiantes tienen unos contextos de vida y digamos que incluso situaciones familiares complejas”* – empezó a reflexionar Diana Banguera tras ver el lugar donde compramos los helados y luego de escuchar a Derly. – *“¡Si!, uno le infiere, pero una cosa es inferir y ya yo acercarme un poquito más a ese contexto, porque realmente el acercamiento que tuvimos fue poco, pero es a veces mucho más complejo de lo que uno se imagina acá en la institución”* (Comunicación personal, 28 de septiembre del 2022).
- “Cuando pienso en mi tierra, me acuerdo tanto de la soberbia del rico, de su indignación con los pobres”, – dijo Paulo (1997) echando su cabeza hacia arriba con las manos en la cabeza luego de soltar un suspiro – “...como de la falta de esperanza de éstos, forjada en la larga vivencia de la explotación o en la esperanza que se gesta en la lucha por la justicia” (Paulo, 1997, p.33).

- *“Yo sé que ellos son de bajos recursos, que muchos viven solos, que tienen situaciones complejas, familiares”* – replicó Diana con la insistencia que le caracteriza para dejar clara su postura – *“¡Sí!, pero una cosa, es decir, yo sé que son de bajos recursos y otra cosa, es ya acercarme a la vereda y ver esas condiciones en que muchos de ellos están, ver las condiciones de vivienda, digamos que eso afecta más como la percepción”*. (Comunicación personal, 28 de septiembre del 2022)

Pero al preguntarle sobre la heladería a Sofia, quien se había unido a nuestro grupo luego de la parada, nos dimos cuenta que su lectura de la tienda de helados era muy diferente a la de nosotros los adultos.

- *“Estábamos cansados y no me gusta el calor”* – dijo Sofia con sus mejillas coloradas y limpiándose el sudor que corría por su cara por el calor que hacía aquel día – *“... pero fue chévere que usted nos gastó helado para quitarnos la sed, esa señora que nos vendió es muy chistosa”* (Comunicación escrita, 09 de septiembre del 2022).
- *“¿Por qué chistosa?”* – le pregunté inquieto por su percepción.
- *“Cuando llegamos y ustedes no habían llegado, ella nos dejó tomar agua de la llave porque no teníamos plata para los helados”* – Recordó Sofia – *“... pero cuando me tocaba a mí le pedí en vaso y me dijo que si es que también quería pitillo y servilleta”* – Y soltó una risa que contagió a muchos de los que marchaban a nuestro lado. (Comunicación escrita, 09 de septiembre del 2022)
- *“Somos viejos o jóvenes mucho más en función de cómo entendemos el mundo”* – dijo Paulo (1995) al escuchar la particular forma de ver el mundo de Sofia. – *“Somos jóvenes en la medida que luchando vamos superando nuestros prejuicios”*.

En ese momento la claridad de la liberación mental que traía la caminata llegó a mí. Esa mujer cuya situación de pobreza había erizado mi piel, luego de escuchar a Sofía había pasado a ser merecedora de mi admiración y de muchos de los estamos en la marcha. ¿Es pobre aquel que da de beber al sediento?, ¿Es pobre quien tiene para regalar una sonrisa a los niños? Claramente la lectura que hacíamos como adultos estaba sesgada por las cargas de la modernidad, del capitalismo salvaje que mide la posesión con la riqueza, y en ese sentido como recordaba Frédéric (2014) la miseria no es lo contrario de la riqueza, para él eran exactamente un complemento.

Figura 84

Lo disfrutado

lo que más disfrutamos es caminar y mirar los paisajes y también estábamos cansados cuando el profesor Jesús nos gastó un helado

Nota. Recuerdo la fotografía que tomé del diario de Widinson en septiembre de 2022. Al preguntarle qué era lo que más habían disfrutado, Widinson recordó la parada a comer helado como un hecho significativo en su recorrido.

conversación sin ningún requisito previo más que ir en la caminata, llevaba a que también fuéramos escuchas y que las reflexiones de las conversaciones nos fueran afectando a todos en un determinado grado.

Al superar nuestro prejuicios, estábamos re-leyendo los territorios, y en ese sentido, aunque pudiese pensarse que la praxis de liberación que otorga el andar a pie es un ejercicio individual de reflexiones personales e internas, la cartografía curva nos estaba llevando a un reflexionar compartido, el diálogo propiciado por la oportunidad de hacer parte de la

3.11. Más lejos

Eran casi las 11:00 a.m. del 26 de septiembre y el ánimo nos había llevado a rutas antes no pensadas, y cada una traía consigo un mayor tiempo de caminata y recorridos más largos, pasando de 10 metros a casi tres kilómetros de distancias recorridas. El mapeo curvo ya era parte de nuestra práctica habitual en clase y el cuerpo como lo había enseñado Mario (2015b), era dispositivo de conocimiento, siendo el elemento desde el cual re-conocemos el territorio, entendiendo el re-conocer como una reescritura sobre lo conocido, es decir conocer nuevamente los caminos recorridos desde la experiencia sensible, siendo esta última aquella que dota al cuerpo de ánimo, ese clima mental que motiva a seguir recorriendo espacio físico.

Aquel día, nos trasladábamos en la chiva, no porque no quisiéramos caminar, sino porque implicaba 3 horas a pie hacia el punto que nos habíamos trazado, la vereda Buena Vista, quizás el más alejado de nuestra institución al que llegamos. Lamentablemente, el motivo no era el ánimo por conocer nuevos lugares, sino el fallecimiento de nuestra compañera y estudiante Floralba, a raíz de un accidente automovilístico regresando de Bogotá.

A pesar del ánimo que llevábamos, yo reflexionaba sobre los cambios que se estaban gestando en nuestra institución, pues era la primera vez, después de más de 4 años que llevaba en

Figura 85

Moras y Frambuesas



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en agosto de 2022. En una de las exploraciones al lote que fue entregado a la I.E. en 2021, con el fin de reconocer nuestros propios espacios, Sofia me regaló una mora, había encontrado varias de ellas y nos invitó a compartirlas, “eran nuestras”. Aunque varias veces lo habíamos recorrido, fue solo desde la constante exploración que encontramos rutas que nos llevaron a plantas de mora y frambuesa, frutos poco comunes en la vereda El Turco.

el colegio, que miraba como un grupo de la comunidad se movilizaba para acompañar la partida de uno de los nuestros. Aunque ya se habían presentado varios fallecimientos de estudiantes y otros miembros de la comunidad, nunca habíamos acompañado sus familiares en estos difíciles momentos. Pero esta vez, encabezados por los caminantes del grado noveno y coordinados con las profesoras Zully y Carmenza, se recolectaron recursos para alquilar una chiva y llevar un grupo de la comunidad al velorio de Floralba.

Esta vez, el transcurso en chiva había silenciado la música que nos acompañaba en otros desplazamientos pasados, la tecno cumbia ya no se escuchaba, sino los susurros entre compañeros que se perdían en medio del sonido del motor, los escapes de aire de los pistones y los eventuales pitidos para anunciar el paso en curvas muy cerradas. Así avanzamos por casi una hora, acompañados por un grupo de estudiantes que había decidido emprender camino en sus motocicletas.

Figura 86

Bandera en territorio



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en septiembre de 2022. La bandera de la I.E. Policarpa Fernández por primera vez se ondeaba en Buena Vista, una vereda que quedaba a más de 9 kilómetros de distancia de nuestro colegio. Por primera vez la institucionalidad visitaba este lugar.

A falta de unos metros para llegar, la chiva se detuvo y nos organizamos en caminata hacia el lugar del velorio, los globos blancos nos acompañaban con mensajes de agradecimiento a Floralba y el grupo era liderado por 4 estudiantes que mostraban la bandera del colegio. Éramos un solo cuerpo comunitario que caminaba hacia el último encuentro con Floralba.

Recuerdo a muchos estudiantes preguntar por la bandera que llevábamos a la

cabeza de la caminata, porque era la primera vez que la bandera de la I.E. se portaba en un recorrido ya que esta solo se utilizaba en la entrega de símbolos de once a decimo, por lo que estudiantes de noveno a sexto incluso ni la conocían. Le estábamos dando lugar a la bandera, un signo de identidad institucional que marcaba un precedente, la I.E. estaba llegando a veredas antes no recorridas. E incluso, la bandera encabezando la chiva, también se pensaba como escudo ante la presencia de grupos armados en la zona y las dificultades de desplazamientos que se estaban presentando por ese entonces.

La bandera recorriendo las veredas que conducen a Buena Vista, acompañada de docentes y estudiantes, empezaba a mostrar el fruto de reflexiones comunitarias sobre ser en nuestros territorios, entendiendo que nuestro territorio comunitario no es solamente el espacio físico otorgado por el gobierno para la construcción de aulas escolares, sino que trasciende a cada lugar en el que habite algún integrante de nuestra comunidad. Caminar los territorios nos estaba

llevando a entender la importancia de movernos comunitariamente a los espacios vividos para apropiar nuestros territorios. Ese día a nuestra llegada, los globos empezaron a sacudirse y al fondo empezamos a escuchar Luis, quien se había adelantado en su motocicleta.

- “¿Cómo afrontar dentro del aula las emociones que despiertan cuando un alumno se va?” – decía Luis Peña con su voz bastante quebrantada – “Cuando un alumno ya no está. ¿Cómo pasar por el silencio de los compañeros, esas lágrimas, esas preguntas?”

Figura 87

En la cima de la montaña



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en septiembre de 2022. Estábamos en la cima, aquella montaña que en nuestras primeras caminatas veíamos tan lejana, ahora era el lugar desde donde contemplábamos nuestra I.E.

¿Por qué ha pasado esto? Cuando nosotros vivimos como adultos, nos cuesta encajar todo esto. Presentamos un abrazo a su Señor Padre Cricentino Ramos. A su madre, Rosa Alvina Ulcué, a sus hermanos, a los familiares, amigos y compañeros, y nos declaramos el duelo solidario, cuando un alumno muere”. – su voz no pudo continuar y un suspiro recargó sus fuerzas para declamar, aunque con voz pausada y quebrantada un poema que había escrito para Floralba.

Durante las palabras de Luis, los estudiantes y algunos colegas empezaron a ingresar a la iglesia donde se realizaba el sepelio, pero mi forma de respetar la intimidad del duelo de los familiares fue acompañar mientras divisaba el paisaje. Entonces empecé a meditar y recordaba a Floralba, preguntándome que la motivaba para recorrer el trayecto de más de hora en motocicleta para ir a estudiar, pues prácticamente recorría un tiempo y distancias muy parecidas a las mías a diario. Pero no pasó mucho tiempo para encontrar esta respuesta, al ver como 4 estudiantes del colegio se habían vestido con un uniforme de futbol, entre ellas Laura quien caminaba con nosotros, así que me acerque para preguntarle porque se vestían así.

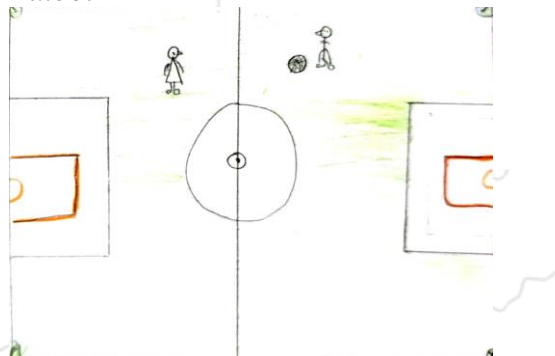
- *“Floralba, era nuestra goleadora, profe” – Respondió Laura con lágrimas en sus ojos– “... y hoy es nuestro último partido”. – tomando aire, ingresó con sus compañeras de fútbol.*

Con las palabras de Laura, recordé las enseñanzas de Paulo (1997), estaba tomando conciencia de los no- yos desde los cuales se construye la identidad del Yo. Entonces reflexionaba que Laura y sus amigas *“eran con”* Floralba, y se construyeron en su encuentro con ella en esta vida. Mi reflexión tomaba más peso cuando observé como las cuatro niñas cargaban el ataúd blanco y se dirigían hacia una cancha de fútbol cercana a la iglesia.

Un grupo de estudiantes y otros niños de la vereda también acompañaban el camino del ataúd y al llegar a la cancha formaron un rectángulo simulando sus límites mientras uno de ellos colocaba un balón en el punto de penalti. Ahí entendí las palabras de Sofia, buscaban el último gol de Floralba, así que las cuatro niñas dejaron el ataúd unos minutos al lado del balón y todos empezaron a aplaudir, sonó un pitido y las 4

Figura 88

Fútbol



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé del dibujo de Sebastián en septiembre de 2022.

tomaron lo cargaron empezando a mover el balón con él, las bombas se sacudían de un lado a otro, los gritos alentando ¡Floralba, Floralba! se escuchaban con fuerza y el balón se acercaba poco a poco a la línea del arco. Un grito de gol sonó al unisonó, el balón había cruzado la portería. Nadie lloraba, todos estaban celebrando el último gol de Floralba.

Fue difícil reponerme tras esta imagen, mi ser se había estremecido, pero a la vez pensaba en el pluriverso en el que me encontraba, mi lectura de los mundos posibles acababa de desbordarse, comprendí que solo en el encuentro con mis alteridades humanas o no-humanas, encontraría sentido a ser en los territorios, a ser con la comunidad de la I.E. Policarpa Fernández.

La interrelación permite comprender que necesitamos de quienes habitan nuestro lugar de trabajo y dialogar con sus mundos, para así ser en aquel lugar. Caminar con el habitante del lugar que visito, decanta en una caminata llena de ánimo, sorpresa, cotidianidad y precaución. Suprimir las ontologías o cosmovisiones de nuestra alteridad en la I.E., bajo la idea de único mundo o única educación escolar a nivel nacional, termina siendo una desterritorialización que aniquila las posibilidades de enseñar y aprender en la vereda El Turco.

3.12. La casa de ventanas pintadas

De regreso en la chiva, ese 18 de octubre de 2022, decidí ir arriba de ella. Esta práctica era común en quienes utilizaban este transporte y solo hasta ese entonces había tomado el valor de hacerlo. Al subirme recordaba las palabras de Eyner – “*Hágale, profe que, si se cae, del suelo no pasa*”. – una frase que me invitaba a vivir despojado de los miedos. Mientras arrancamos el viento empezó a rozar mi cara con gran fuerza, pero no me impedía contemplar el paisaje al descender por la montaña. Empecé a contemplar y el horizonte se veía diferente, aunque había recorrido estos caminos casi a diario, desde arriba de la chiva los miraba con otros ojos y por primera vez, me sentía como quien vive en el lugar donde trabaja.

Figura 89

Con otros ojos



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en octubre de 2022. Ser con el territorio implica vivir sus prácticas.

Figura 90

Diálogo cotidiano



Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en octubre de 2022. Volver una práctica cotidiana trae consigo la confianza de sentirla como parte de la propia vida.

Los profesores Francisco, Fernando y Javier habían tomado la misma decisión que yo, y se aferraban a la chiva como si fueran parte de ella y en su cuerpo no se sentía la rigidez que trae el miedo a soltarse, sino que en la naturalidad de personas que han aprendido a ser en lo rural, apreciaban el paisaje o dialogaban como si tomaran un café en la tienda de doña Janeth. Pero

también estaban Eyner, Anyeli, Laura, Franklin, Darío y Maicol, quienes fueron los primeros en acomodarse, acostados sobre las llantas o agarrados a los costados de la chiva, rompían el viento con sus rostros y reían sin parar haciendo chistes sobre la marcha o coreando las canciones que sonaban en la radio.

Estábamos maravillados con la vista que teníamos desde afuera de la chiva y de repente apareció ella, la casa blanca con ventanas rojas que siempre estuvo en la montaña casi llegando a nuestra I.E., esa que nunca habíamos detallado de la forma en que lo hicimos ese día. La podíamos ver como si nuestros ojos hubieran quitado un velo de encima y descubrimos que la casa nunca tuvo ventanas se trataba de una representación pintada que vista desde lejos nos hacía percibir la existencia de ventanas. Entonces grite emocionado a Paulo (1997) quien estaba en las bancas de la chiva, que sacara su cabeza para contemplar nuestro descubrimiento, pero como quien ya ha vivido esa sensación de la relectura nos gritó desde adentro.

- “Ver de nuevo lo antes visto casi siempre implica ver ángulos no percibidos”. – Paulo (1997) se detuvo un momento, tomó aire y volvió a alzar su voz – “La lectura posterior del mundo puede realizarse de forma más crítica, menos ingenua, más rigurosa”. (Paulo, 1997, p.28)

Figura 91

La casa de ventanas pintadas



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Zully en octubre de 2022. Ver de nuevo lo antes visto.

Figura 93*La chiva*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en octubre de 2022. La chiva se convirtió en un espacio de encuentro y diálogo, por ende, de enseñanza-aprendizaje.

Sus palabras terminaron de quitar el velo de nuestros ojos, estábamos leyendo nuestro territorio desde la sorpresa en la cotidianidad, estábamos siendo en nuestras veredas. Entonces comprendimos que, a lo largo de tantas caminatas, habíamos dispuesto nuestro cuerpo al conocimiento territorial esta práctica nos estaba conduciendo a la emancipación que propende hacia la búsqueda

de liberación del espíritu de la opresión mental, despertando el autoreconocimiento, en primera instancia del cuerpo y el poder vital que está en él, como decía Mario (2015b). El cuerpo así, se resignifica en la práctica pedagógica misma, y toma fuerza como dispositivo de conocimiento, un conocimiento que empieza sobre sí mismo.

Descubrir las ventanas pintadas en aquella casa se convirtió en nuestro motivo de praxis, entonces entramos en un diálogo desde nuestras experiencias vividas, un encuentro dialógico que, como nos había enseñado Paulo (2005), no puede agotarse en la relación yo-tú. Sino que ahora estábamos en el diálogo que era reflexión-acción solidaria y comunitaria, donde desde el encuentro que como sujetos teníamos desde

Figura 92*Encuentro con el territorio*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomé en octubre de 2022. Recorrer las veredas lejanas nos acercaba más a la apropiación de nuestros territorios.

nuestros mundos posibles buscamos la conciencia de la transformación. Dicha transformación y humanización no solo es un simple cambio de ideas, sino que debe concebirse como un encuentro con la alteridad para pronunciarse en el mundo.

Anyeli tomó voz por los estudiantes de noveno y dijo que: recorrer las veredas les permitía aprender más sobre la naturaleza, conocer personas en el camino y observar aves, animales silvestres, entre otros animales, pero también les ayuda a despejar la mente (Comunicación escrita, 18 de octubre del 2022).

En su voz, estaba la conciencia de la contemplación como punto de partida para ser en los territorios al entender que como cuerpos naturales necesitamos aprender más de nuestra alteridad

natural como lo son los humanos y los no-humanos que coexisten en nuestros contextos. A su voz se sumaron Yuliana, Franklin y Laura que dijeron:

- "...es salir y aprender con los compañeros, conocer más los espacios, despejar la mente, no solo viendo 4 paredes, tener más conocimiento de lo que nos rodea para hacer implementar esto en nuestra educación y a nivel colegial e intercolegial" (Comunicación escrita, 18 de octubre del 2022).

Figura 94

Con la naturaleza



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Zully en septiembre de 2022. Se camina entre humanos y no-humanos todo el tiempo, nunca se camina solo.

Figura 95*Somos con las plantas*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Laura en septiembre de 2022. La contemplación lleva al reconocimiento.

arraigo institucional como muestra de su reflexión sobre “ser” en su territorio como comunidad educativa.

Para ellos, la cantidad de basura que se genera en la I.E. empezó a ser una problemática que se debía afrontar, resignificando los espacios de depósitos de residuos e incluso trabajando en la adecuación de zonas para mejorar el ambiente escolar. Su gran aliada siempre fue la profesora Zully quien pensaba adecuar un jardín afuera del laboratorio de química, les permitía – “... *experimentar que por sus manos las cosas se ven más bonitas, que es lo que pasa acá ellos quieren cuidar y quieren estar ahí porque ellos trajeron su*

Era claro que estaban asumiendo su cuerpo como dispositivo de conocimiento, desligando la idea de aprendizaje que ubica el conocimiento en 4 paredes del aula escolar y encontrando sentido de apropiación en sus caminatas y visitas a las veredas. Por eso, al escucharlos empecé a recordar cómo sus prácticas dentro de la institución también estaban empezando a movilizarse a estados de

Figura 96*Es un problema*

Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Eyner en agosto de 2022. El uso de soluciones “basura” para problemas estructurales empezó a cuestionarse.

matica o trajeron su piedrita o trajeron su bolsa de tierra” – (Comunicación personal, 27 de septiembre del 2022).

Figura 98

Con la tierra



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Zully en marzo de 2024. Las practicas locales y rurales como parte de los procesos educativos más de un año después.

como quien meses atrás no entablaba un diálogo fluido, respondiera que:

“... fue la compañía de todos, ver los árboles, los animales y escuchar los pájaros, ver las casas y ver lotes de frutas, pero también conocer lentamente todo lo que vemos, pero a detalle con todos mis compañeros del grupo y también observamos de qué manera están las vías públicas en las cuales el estado departamental no hace presencia”.

(Comunicación escrita, 18 de octubre del 2022)

Eso mismo pensaban los estudiantes de noveno, porque empezaban a sentir la necesidad de dejar su aporte al colegio con cambios significativos, ese mismo sentir que los llevo a proponer meses después, cuando estaban en decimo, la promoción del uso del escudo del colegio en las camisas blancas del uniforme, utopía que hasta hoy siguen acercando a la realidad. Pero al preguntar a Franklin que fue lo más disfrutado en su experiencia, me sorprendía

Figura 97

Un acto político



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Zully en marzo de 2023. Camino a la movilización que permitiría el nombramiento un nuevo rector.

Su intervención me permitió hacer conciencia de los diferentes estados que vivimos como caminantes de nuestros territorios, en primer lugar, un encuentro sensible con nuestros contextos, para luego adentrarnos a las dinámicas culturales de nuestro territorio y finalmente empezar a ver con ojos críticos nuestras realidades, como un ejercicio ético y político que tenemos como comunidad. Ese mismo compromiso político que meses después los llevaría a tomarse las vías con sus compañeros de once, exigiendo el nombramiento de un rector que dirigiera la I.E.

Pero la transformación y relectura de nuestros territorios también se está gestando en nosotros como docentes, cuando nuestras aulas rompieron paredes y ahora desarrollamos clase en el parque de la vereda, en la cancha de fútbol, en las fincas cercanas, en el lote entregado a la I.E., en fin, resignificando nuestras prácticas como alguna vez lo soñó Zully en nuestros diálogos antes de empezar a marchar.

Figura 99

En la finca



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Katherine en octubre de 2022. Las prácticas pedagógicas se propusieron desde la articulación de docentes, estudiantes y fincas aledañas.

- ...si nosotros, todos, lo hiciéramos desde las matemáticas trazando áreas de eras o trazando áreas de jardines, o desde las naturales hablando de las plantas, o desde las sociales hablando de cómo quizás empezó no sé, el aprovechamiento de los suelos de las tierras para volver a los cultivos. Si todos hiciéramos esto, pues yo creo que quizá más prácticas en contexto, pero aquí en el colegio porque eso va a dar ellos sentido de pertenencia. (Comunicación personal, 27 de septiembre del 2022)

Recordando las utopías de Zully nuestro recorrido había terminado, la chiva llegó de nuevo a nuestro colegio y era hora de volver a casa. Mientras bajaba mi maleta de la chiva y la llevaba a mi carro para volver a Popayán, pensaba que nos había hecho bien caminar. Si bien otros factores externos estaban contribuyendo a nuestro cambio como lo fueron el nombramiento de un rector de la zona, el sentir compartido de otros colegas por contextualizar la educación, el apoyo gubernamental más visible y la articulación con otras entidades; mapear curvamente los territorios es la semilla que nos invitó a varios de nosotros a resistir al academicismo, soñar una educación contextualizada en nuestros territorios y sembrar el querer para que paso a paso se vuelva un hacer.

Éramos esa casa de ventanas pintadas, una comunidad que parecía tener una educación escolar rural, pero sin contexto rural. Así, como si se tratara de una historia macondiana de Gabo, la comunidad permitió poner sus pies en la tierra y siguiendo la lógica que dio origen al bachillerato Polifer, empezó caminar entre sus veredas para encontrar sentido a su quehacer en el contexto, una idea que poco a poco se convierte en el escenario tópico de la utopía y la alteridad.

Figura 100

Caminar para luego guiar



Nota. Recuerdo la fotografía que tomó Katherine en octubre de 2022. La práctica de mapeo curvo en la educación escolar, se constituye en una praxis de libración pedagógica. Al caminar no se es docente ni estudiante, sino un aprendiz con posibilidades de enseñar a la alteridad.

4. Referencias

- Alighieri, Dante. (2012 (1472)). Justicia Infierno, parte III. En D. Alighieri, *La divina comedia* (pág. 60). Madrid: Editorial Edaf, S.L.
- Blades, Rubén., & Colón, W. (1977). Plantación adentro . Compositor: Tite Curet Alonso.
- Caracol Radio . (01 de septiembre de 2021). *Comunidades protestan y se oponen a la reinstalación del peaje de Tunía.* Obtenido de https://caracol.com.co/emisora/2021/09/01/popayan/1630505493_350210.html
- El Tiempo . (1 de Septiembre de 2021). *Nuevas protestas y bloqueos en la vía Panamericana, en Cauca.* Obtenido de <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/disturbios-en-via-panamericana-indigenas-de-cauca-protestan-por-peaje-614835>
- Escobar, Arturo. (2014). *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia.* Medellín: Ediciones UNAULA. https://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/escpos-unaula/20170802050253/pdf_460.pdf
- Fajardo, Esmeralda. (2018). *El sentido y simbología de los tejidos Nasa: Un aporte para la enseñanza y aprendizaje de la etnomatemática, una mirada desde la educación popular.* [Tesis de Maestría, Universidad del Cauca]. Repositorio Institucional – Universidad del Cauca.
Popayán: Universidad del Cauca.
- Foucault, Michel. (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Freire, Paulo. (1997). *A la sombra de este árbol.* Barcelona : El Roure Editorial S.A.
- Freire, Paulo. (2005). *Pedagogía del oprimido.* México D.F.: Siglo XXI Editores S.A.
- Gaviria, Lorena. (2019). *Hacia el significado que, sobre la identidad territorial como estrategia de la educación popular, asumen los estudiantes del grado noveno, en el contexto rural campesino de la I.E Andino de San Lorenzo (Bolívar-Cauca) entre 2016-2018.* [Tesis de Maestría, Universidad del Cauca]. Repositorio Institucional – Universidad del Cauca.
Popayán: Universidad del Cauca.
- González, Fernando. (2016). *Viaje a pie.* Bogotá: Fondos Editorial Universidad EAFIT.
- Gros, Frédéric. (2014). *Andar, una filosofía.* Bogotá: Taurus.
- Guzmán, Alfonso. (2019). *Corporeografías de la migración : Huellas y mapas corporeográficos de viajes migratorios.* [Tesis de Maestría, Universidad del Cauca]. Repositorio Institucional – Universidad del Cauca. Popayán: Universidad del Cauca.

- Guzmán, Alfonso. (2021). En el camino cuidado de sí con la danza del susurro: Caminos como planimetrías, el caminar como coreografía y la danza del susurro como cuidado de sí. En F. d.-A. (Ed.), *Cuidar* (págs. 95-111). Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Laborda, Xavier. (13 de mayo de 2006). Hermenéutica de los lugares: Nueve principios y un epílogo. *Revista Urbano*, 9(13), 70-77. Recuperado el 12 de mayo de 2024, de <https://www.redalyc.org/pdf/198/19813912.pdf>
- Maldonado, Nelson. (2007). Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto. En S. C.-G. (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. (págs. 127-167). Bogotá: Iesco-Pensar-Siglo del Hombre Editores.
- Valencia, Mario. (2015a). *Ojo de jíbaro conocimiento desde el tercer espacio visual: Prácticas estéticas contemporáneas en el Eje Cafetero colombiano*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Valencia, Mario. (28 de junio de 2015b). Fernando González: geo-poiética andina como cuidado de sí y prácticas escriturales del cuerpo sobre el territorio. *Revista Escribania*, 13(18), 79-98. Recuperado el 12 de febrero de 2024, de <https://revistasum.umanizales.edu.co/ojs/index.php/escribania/article/view/1420>